



Graciela Ramos

MALÓN
DE AMOR *y* MUERTE

SUMA

GRACIELA RAMOS

Malón de amor y muerte

El Emporio Libros

Sinopsis

Rosalía sueña con irse a Europa. Alfonso regresa a su tierra en busca de su identidad el destino los cruzará para unirlos, pero las tensiones de un país en guerra los separará. Malón de amor y muerte es una novela atrapante que invita a un recorrido histórico por el interior de Córdoba, Villa de Tulumba en el año 1830, cuando los unitarios y federales eran los protagonistas de una guerra civil sangrienta y los ataques de los malones indios pugnaban por ganar un espacio ancestral que se estaba desvaneciendo. Rosalía Ramírez luchará por sobrevivir los ataques de la guerra y del destino, incluso al enterarse que su gran amor es un imposible.

Autor: Ramos, Graciela

©2013, El Emporio Libros

ISBN: 9789870436522

Generado con: QualityEbook v0.75

ÍNDICE



Portada	
Dedicatoria	
Prefacio	
Capítulo 1: La aparición	
Capítulo 2: El amor lo cambia todo	
Capítulo 3: La voz del cuerpo	
Capítulo 4: Rezar y luego amar	
Capítulo 5: Un viaje puede cambiar la historia	
Capítulo 6: La muerte llega de visita	
Capítulo 7: La culpa del amor	
Capítulo 8: El viejo mundo	
Capítulo 9: La incertidumbre es el camino	
Capítulo 10: El nuevo mundo	
Capítulo 11: Comienza la búsqueda	
Capítulo 12: Malos presagios	
Capítulo 13: La cautiva	
Capítulo 14: ¿Aceptar o luchar?	
Capítulo 15: La huida	
Capítulo 16: El regreso a casa	
Capítulo 17: Un viaje inesperado	
Capítulo 18: La maldición	
Capítulo 19: Las apariencias engañan	
Capítulo 20: La boda	
Capítulo 21: Malas elecciones	
Capítulo 22: La vida después de la muerte	
Capítulo 23: Ese maldito día	
Capítulo 24: Un lugar en el mundo	
Capítulo 25: ¿La patria o el amor?	
Capítulo 26: La familia unida	

Capítulo 27: Los milagros existen

Capítulo 28: Una nueva aventura

Biografía

Créditos

Al Sagrado Corazón de Jesús

PREFACIO



Invierno de 1829. El país estaba despiadado, ignorante y salvaje, así lo definía don Julio Ramírez con sus amigos.

Había logrado liberarse de los colonizadores españoles hacía trece años, pero ahora la guerra civil era dueña de las calles y los malones de indios dominaban los campos. La polvareda y la sangre embarraban los días de los inocentes.

José María Paz tomaba la gobernación de la provincia. Juan Bautista Bustos pedía ayuda a Facundo Quiroga, pero ambos eran derrotados por Paz en la batalla de La Tablada el 23 de junio de 1829.

En Villa de Tulumba, provincia de Córdoba, se establecía la hegemonía de la familia Reinafé, cuyos cuatro hijos eran federalistas.

El interior del país claudicaba ante los ataques de los malones que desgraciaban a las familias, los fusilamientos por diferencias políticas y las batallas que estaban a la orden del descuido...

CAPÍTULO 1

LA APARICIÓN



Villa de Tulumba, estancia La Esperanza

Rosalía suspiró y mientras miraba a sus hermanas se aletargó aburrida en el sillón.

—¡Tanta jarana por un vestido nuevo! —decía, harta de ver cómo perdían sus preciadas horas repitiendo la misma situación, mirando una tela, luego otra, luego la misma.

—¡Rosalía!, acércate, mañana viene Celia por las medidas y los modelos. Ven, amor, elige telas —decía cariñosamente doña Ana Álvarez, madre de tres hermosas hijas y esposa de don Julio Ramírez. Una carismática mujercita española, curvilínea, de gestos claros y mirada honda.

—Sí, claro, las vamos a usar para conquistar a los indios... —agregó Rosalía desafiante.

—Hermanita, con estas telas vamos a ser la envidia de todas las muchachas, si Celia llega a tiempo con los vestidos para la tertulia de doña Mercedes y podemos viajar —decía Juana, la menor de la familia.

—Sí, y somos las primeras en elegir. Imagínate, las Cabrera se deben estar comiendo las uñas —agregaba Teresa, la hermana mayor.

La vida en el campo no era fácil. Don Julio, viendo crecer a sus hijas, se preguntaba muchas veces si no debían mudarse a la ciudad. Allí tendrían más posibilidades de ir al convento a estudiar, de viajar y hasta de poder conseguir un marido importante. Tal vez tendrían que pasar más tiempo en la casa de la ciudad. Tal vez, tal vez... Las dudas mandaban en la mente de don Julio que veía cómo sus pequeñas mujercitas se convertían en bellas e interesantes mujeres. Cada una de ellas se definía en su carácter, sus gustos. Eran totalmente diferentes entre sí.

Las hermanas Ramírez seguían eligiendo telas bajo la mirada de doña Ana, quien se detuvo en Rosalía. Tenía que hablar con su esposo sobre su segunda hija, ya debería tener un pretendiente, sus inclinaciones por estudiar la habían alejado de la vida social que llevaban sus hermanas. Siempre estaba con un libro en la mano, o enseñando a leer a los criados.

Rosalía, más que un marido, pretendía un viaje a Francia o a España. Conocer el viejo mundo

era una de sus ambiciones.

Odiaba ese tipo de tertulias, un vestido y listo... para ella estaba bien.

Teresa, la mayor, miraba minuciosamente las telas, se detenía en las puntillas... seguro estaba pensando en Francisco. El Reinafé la volvía loca, ¿tendría un amorío a escondidas? La había visto varias veces conversando con él; si don Julio se enteraba, la enclaustraba en las Carmelitas, no estaba en sus planes entregar a su hija a un coronel involucrado en la guerra civil que afectaba al país en ese momento.

Don Julio era un hombre de negocios muy respetado en la zona, recto y de pocas palabras, no compartía credo con los Reinafé, “esos caudillos criados por la hermana”. Pensaba que no estaban bien asesorados, que eran buena gente con malas compañías.

No confraternizaba con las ideas del federalismo. Era más amigo de algunos proyectos del unitario Paz, aunque sostenía que había que sacar lo mejor de ambos partidos. Don Julio, al igual que había hecho su padre, comerciaba sus productos sin considerar colores ni partidos. Esa conducta le había infundido respeto a su imagen.

Las horas pasaban y Rosalía se sentía empalagada por la situación. Las telas empezaban a lucir todas iguales, el té posaba frío junto a la tortilla. Observaba a sus hermanas que simulaban diferentes modelos sobre sus cuerpos con los delicados géneros. Las risas mostraban alegría y diversión. Agobiada, se levantó, buscó su abrigo y salió a caminar un poco para despejarse. Esquivó la guardia que custodiaba la estancia ante los posibles ataques de indios, y anduvo sin rumbo durante un rato hasta que terminó sentada sobre una piedra al costado del arroyo que se había tragado su propia agua. Había hecho caso omiso a sus pensamientos de prevención; hacía apenas unos días los indios habían atacado una estancia vecina dejando solo penuria y dolor.

Don Julio había prohibido la salida a sus hijas sin previa autorización. Rosalía decía que su padre era exagerado, pero él sabía muy bien de lo que hablaba.

El frío gélido y seco enrojecía las mejillas de la muchacha. Le gustaba llenar sus pulmones de aire fresco, tomando revancha de los extremos calores del verano. Abrazó su chal de lana y cruzó el arroyo seco y hambriento de lluvias. Se lanzó al camino, las huellas le facilitaban el paseo. Sabía que no debía pasear sola por allí, nunca. Pero una de las características de Rosalía era justamente su rebeldía. Caminaba inmersa en sus pensamientos y ese fue el motivo por el cual no sintió el taconeo del caballo que venía soplado por el viento. Cuando lo vio, ya estaba allí.

Parecía que iba a atropellarla, sintió que su corazón se detenía. ¿En qué momento apareció ese hombre? Se paró, tomó su faldón con ambas manos para salir corriendo, pero no pudo dar un solo paso. Había quedado paralizada por el gran susto.

—¡Cuidado! —alcanzó a gritar al ver al caballo casi sobre su cuerpo y temiendo que el extraño quisiera cargarla en ancas y llevársela.

El corcel cayó de rodillas confundido ante las órdenes y tirones de las riendas del jinete asustado.

—¿Pero qué hace en el medio del camino, mujer?! Casi la aplasto con mi caballo —dijo el joven muy enojado, pero aliviado de no haber lastimado a esa muchacha que había quedado impávida mirándolo.

Saltó del potro quedando al lado de Rosalía. En cuanto la vio se sintió conmovido y cambió enseguida su actitud:

—Perdón, señorita, si la asusté, en realidad no la había visto —dijo el muchacho.

Rosalía había perdido la voz, por más esfuerzo que hacía, las palabras encallaban en su boca; de imaginarse sobre el caballo, tomada por un indio, ahora estaba frente a este caballero desconocido. Su voz salía acompañada de un dejo español, le recordaba a su madre.

—¿Está usted bien? —insistió.

—Sí, sí, claro, y usted casi me atropella —le contestó levantando su mentón y estirando las cejas hacia arriba.

—Tiene razón, lo que pasa es que no imaginé que una hermosa mujercita sola estuviera en esta espesura.

El joven estaba maravillado ante la aparición en el medio del camino. No tenía ganas de seguir, pero...

—Me dirijo a la estancia Santa Clara, ¿sabe usted si estoy bien encaminado?

—Caballero, no tengo idea, pero le sugiero que siga hacia el camino principal, seguro que allí sabrán indicarle —dijo algo aturdida. Ese mocito había logrado cortarle la respiración, pero ella jamás perdería la compostura.

—Mucho gusto. Me llamo Alfonso Cornejo. Y usted, ¿cuál es su gracia?

—¿Qué? ¡Ah! Rosalía... —contestó ruborizada.

—¿Rosalía...?

—Sí, Rosalía Ramírez —dijo sin saber cómo continuar. Había quedado cautivada por el atractivo del muchacho. Era alto y fortachón. Su cabello suave y rubio brillaba resaltado por su rostro bronceado. Sus rasgos duros contrastaban con su mirada suave; la boca grande y sus labios intensos.

Quería irse de allí, pero no podía moverse.

—Sigo mi trayecto, seguro nos volveremos a ver —dijo Alfonso mientras comenzaba a caminar al costado de su caballo. Luego de varios pasos regresó la mirada sobre su hombro y la vio, atontada, observándolo. Le guiñó un ojo y siguió. Con una sonrisa victoriosa, ahora sí, saltó sobre su potro y se perdió entre los espinillos. Le gustaba esa sensación, siempre ganaba con las mujeres.

Rosalía había quedado embelesada con ese hombre. ¿De dónde había salido? No era de por allí, conocía bien a todos los vecinos. Bueno, tal vez estaba de paso; por ese lugar transitaba mucha gente que venía de lejos. Pero estaba solo y nadie viajaba sin compañía en esas épocas tan turbulentas.

Automáticamente sus pensamientos cambiaron por el recuerdo del encantador rostro del mocito desconocido. Luego del altercado, y mirando hacia todos lados, regresó a la estancia con paso rápido y una sonrisa soñadora. ¿Pero qué había pasado? La dura Rosalía, la intelectual... ¿había quedado prendada de la estampa de un desconocido?

En la casa la reunión ya estaba llegando a su fin, se embrolló con disimulo entre sus hermanas, pero a doña Ana no se le escapaba nada y la miraba por el rabillo del ojo. Siempre excluida de todas las reuniones, solo lograba que asistiera bajo presión, y al menor descuido, desaparecía. ¿De dónde había salido esta niña?, pensaba, ella era tan sociable, siempre pendiente de todos los detalles, los vestidos, las reuniones, los viajes... igual que sus otras dos hijas que siempre reclamaban vestidos nuevos y querían permanecer más tiempo en la casa de Córdoba. A Rosalía solo le interesaba contradecir todas las opiniones y reclamar espacios libres para su lectura.

—Rosalía, vení, tenemos noticias —dijo Juana—. Y sacate los abrojos del vestido... —agregó

con una mirada cómplice a su hermana que tenía todo el borde inferior de la prenda lleno de espinas y yuyos secos.

Rosalía limpió su vestido mientras miraba con pereza a sus hermanas con una sonrisa que parecía dibujada en su rostro... “¿Cómo podían solo esperar cobijo en un matrimonio seguro? ¿Y sus ambiciones personales?, ¿es que nadie las tenía?”, se preguntaba siempre.

—Parece que mañana llega a la estancia Santa Clara, Carlos Hidalgo, el hijo del general. Y aún no está comprometido con nadie. Así que... a prepararse —comentó Juana.

—¿Y cómo es él? —preguntó Rosalía distraídamente.

—Es muy buen mozo —contestó Juana emocionada.

Rosalía pensó que podría ser Alfonso. De todas maneras, sus hermanas se encargarían de averiguar, nadie llegaba al paraje sin que ellas rápidamente supieran todo sobre su vida. Siguieron conversando durante un rato. Las telas ya estaban separadas. Doña Ana había elegido para Rosalía un género de colores suaves y poco brillo.

Las criadas empezaban a enrollar y acomodar los lienzos mientras las jóvenes seguían conversando con ánimo sobre la próxima tertulia en Córdoba. Tenían que hablar con don Julio para que les organizara el viaje. Ahora restaba esperar que Celia transformara los lienzos en bellísimos vestidos, y a preparar el viaje.

Don Julio había heredado la estancia junto con otras propiedades de sus abuelos colonizadores españoles. Era un estanciero dedicado al campo y al comercio, lo cual le demandaba mucho tiempo y viajes a distintos lugares.

Su esposa, doña Ana, cuidadosa compañera y excelente madre, peregrinaba entre Villa de Tulumba y Córdoba. Añoraba la ciudad donde se había criado, pero el deber de una mujer era acompañar a su esposo, y ella lo hacía con todo su amor. Aunque se notaba la felicidad en su rostro cuando decidían pasar tiempo en la casa de Córdoba.

Cuando estaban en el campo, doña Ana se mantenía alejada de los asuntos de su esposo, ella se encargaba de las sirvientas, de las reuniones y de sus tres hijas; pero cuando viajaban a Córdoba se sentía plenamente feliz, visitaba a sus parientes y amigas, organizaba paseos, hacía compras para luego llevar al campo y estaba siempre atenta a su marido.

La cena se servía temprano, el frío mandaba los horarios en el campo. Juana no había dejado espacio para nadie más en la conversación alrededor de la mesa. La tertulia en Córdoba y qué vestido usaría ese día, mantenían ocupado cada segundo de su vida. Mientras tanto, Teresa observaba callada y con una sonrisa en el rostro. El suculento guiso mantuvo el silencio por un momento. Luego la torta de almendras y un buen té bajativo. Más tarde, felices las niñas, pasaron a recoger sus calentadores para las camas. Rosalía siempre le agregaba al suyo alguna planta aromática. Salieron las tres en fila hacia la galería que las llevaba a los dormitorios. Con sus braseros de mano, abrazadas a sus chales, dispuestas a pelear con el frío en la larga noche.

Doña Ana esperó a su esposo que tenía la costumbre de fumar un cigarro acompañado con un licorcito antes de dormir. Asentada bajo el quicio de la puerta, lo vio caminar hacia ella con paso firme al igual que su mirada. Amaba a ese hombre. Al verlo, su sonrisa acudía a su rostro sin previo aviso.

—Ana, aquí estás...

—Te estaba esperando, quería conversar un momento contigo. ¿Puede ser ahora, querido?

—Ven, amor —dijo don Julio abrazando a su esposa por la espalda para ingresar a la sala

donde el brasero trinaba a la luz de los candiles.

Ingresaron. Don Julio, a paso lento, tomó su cigarro, lo encendió y luego giró la cabeza para mirar a su esposa que estaba sentada en un sillón individual, su vestido rozaba el suelo, la espalda derecha y su cabeza erguida. Lo observaba con su mejor sonrisa.

—¿Qué te preocupa, querida? Cada vez que te sientas en ese sillón... —preguntó don Julio a su esposa.

—Querido, Rosalía me preocupa. Siempre fue diferente a sus hermanas, pero ahora, está más dispersa que nunca. Me preocupa que no le interese ninguna de las cosas por las que las niñas de su edad desvanecen.

—Siempre fue distinta a las demás —agregó don Julio—. Yo me preocuparía más por Teresa. Me dijo la peonada que anda husmeando por el campo de los Reinafé. Esos caudillos están siempre comprometidos con la muerte. No me gusta nada. Deberíamos mudarnos a Córdoba por un tiempo. Allí podríamos conseguir mejores maridos para nuestras hijas.

Doña Ana se paró y comenzó a caminar.

—No me gusta que hables así de nuestros vecinos, sabes bien que Lorenza es mi amiga, ha tomado las riendas de la casa desde el fallecimiento de su madre, siendo tan pequeña, apenas si tenía quince años... Me conmueve la valentía de esa mujer que abandonó sus estudios en el convento de Las Huérfanas en Córdoba y regresó aquí para estar al lado de su familia en la que todos son hombres.

Doña Ana estimaba y admiraba mucho a Lorenza Reinafé, su coraje de enfrentarse a todos, de salir a pelear al lado de sus hermanos, acompañarlos. Había dejado de lado todas sus aspiraciones, había regresado para unirse a ellos. Vivía una vida diferente a la que tal vez había planeado su padre cuando dejó su tierra natal en Irlanda y llegó hasta la Villa.

—Querida, conozco la historia, son nuestros vecinos, y es por eso justamente que los quiero lejos de aquí —sentenció don Julio dando por terminada la conversación. Se levantó y acompañó a su esposa hasta la puerta. A doña Ana no le gustaba cuando su marido se cerraba de esa forma, aunque fuese por defender a sus hijas.

Don Julio no estaba tan preocupado por Rosalía, seguro que con el tiempo y unos viajes más a Córdoba, la muchacha encontraría alguien que le endulzara el corazón. Se quedó sentado en su escritorio pensando en sus tres hijas y en qué destino le tocaría a cada una de ellas. El humo del cigarro impregnaba la habitación y su mirada se perdía a través de la ventana oscura. Pensaba en Teresa que se involucraba con los vecinos federales que mandaban en la zona, liderada por la oposición. Su hija, su hermosa hija, había entregado su corazón al caudillo más comprometido con las armas de los hermanos Reinafé. Metido en el medio de la disputa entre federales y unitarios. Era un castigo para don Julio. Si bien Francisco era un buen hombre, sus ideales lo llevaban a exponer su vida y la de su familia. Eran federales, y estaban en terreno ocupado por unitarios.

CAPÍTULO 2

EL AMOR LO CAMBIA TODO



Otra vez se había quedado dormida con el libro en la mano, sentada en el piso, con su torso apoyado en unos almohadones del sillón, cerquita del brasero. El calorcito de los rayos de sol sobre su cuerpo y la música de las chispas del fuego la vencieron.

—Vamos, mi niña —decía Blanca, la chaperona de Rosalía—. Ya están *tuitas* en el oratorio. Me parece que doña Ana *tá encrespá* que *usté* no llega, siempre la está renegando.

Blanca había tomado en sus brazos a Rosalía apenas la niña había nacido y desde ese momento supo que nunca se alejaría de su lado. Era la razón de su vida. Esa mulata caderona de buen semblante y cabellera rizada adoraba a las hermanas Ramírez, pero su preferida siempre había sido Rosalía.

—Vamos, vamos... que está el cura hoy, no se haga *esperá*.

Los miércoles por la tarde, casi sin excepción, se juntaban todas las mujeres de la casa, las vecinas y doña Ana también permitía que los criados creyentes participaran si ellos querían. El motivo de la reunión semanal era rezar el rosario en la capillita que estaba al costado de la estancia La Esperanza. Era pequeña y confortable; el altar estaba construido en piedra y madera y lucía un mantel blanco con finos bordados en los extremos. En las paredes podían observarse imágenes que había obsequiado oportunamente el padre Pedro Alfárez. El sacerdote tenía la edad de don Julio y eran amigos desde la infancia. Años más tarde, Pedro comenzó sus estudios en Córdoba para luego viajar a España y regresar convertido en cura, dispuesto a ayudar a la orden Franciscana con la evangelización. Se había radicado definitivamente en Córdoba, y cuando viajaba eventualmente al campo, no perdía oportunidad de visitar a su amigo y su familia.

Esa tarde había venido a bendecirlas. Estaba de paso y había decidido pernoctar en La Esperanza, era muy peligroso andar solo en la oscuridad del campo salvaje. Con su visita a la capilla familiar, el rosario de ese día se había convertido casi en una misa.

Estaban todos, Lorenza Reinafé había concurrido a la cita, tal vez para pedir por sus hermanos... También había asistido doña Emilia Cabrera acompañada por sus hijas, Luz y Amalita, entre otras vecinas.

Doña Ana había dispuesto todo para que las sirvientas atendieran a las chaperonas, cocheros y

caballos, mientras que en el comedor principal, las criadas se chocaban entre sí ultimando los detalles de la mesa.

Doña Lorenza nunca se quedaba para el té, apenas terminada la oración se trepaba a su tordillo, y sola como había venido, salía al galope bajo la mirada recelosa de las demás mujeres que se movían en volantas tiradas por caballos o mulas con grandes e incómodos vestidos.

—Lleva la vida de un hombre —dijo Juana, observando cómo se perdía bajo la polvareda mientras ellas iban saliendo de la capillita.

—Es una gran mujer, te quisiera ver a vos en su lugar... Cuando murieron sus padres ella no dudó un minuto en dejar su vida en Córdoba por cuidar y atender a su familia —dijo Teresa.

—Conoces muy bien a los Reinafé —agregó doña Ana, mirando seriamente a su hija y pensando en lo que había conversado con don Julio.

—Ay, madre. Todo el mundo los conoce... ¿Acaso Lorenza no es tu amiga?

—Y vos especialmente, ¿no, hermanita? —dijo Juana entre risas.

Todas las muchachas parecían conocer el secreto de Teresa, y su gran amor por Francisco Reinafé.

Teresa retó a Juana con su mirada para que dejara de hablar pavadas. Se dio cuenta de que su madre había descubierto su secreto. Y no era bueno a pesar del aprecio y el respeto que le tenía a la familia Reinafé. Sabía que pensaba igual que su padre sobre las cuestiones políticas.

Las tres hermanas siguieron caminando en silencio mientras que el resto de las mujeres se ponía al día con los últimos chismes. Ya conocían el recorrido. Doña Ana disfrutaba organizando pequeñas reuniones en su casa, a pesar del peligro y la incomodidad del traslado. Los encuentros eran magníficos, el despliegue de elegancia hacía lucir la vajilla de plata lustrada y las copas de cristal con bordes de oro, heredadas de su familia y traídas exclusivamente de España. Cada semana se repetía el ritual. No importaba si eran cuatro o veinte. La elegancia de la tertulia definía a la exquisita doña Ana. Ingresaban a la sala principal donde estaba el banquete esperando. Los pocos hombres que acompañaban a sus esposas se juntaban y conversaban sobre la complicada situación del país, mientras que las mujeres se ponían a tono con las últimas novedades vinculadas a la moda, comidas, criadas y vecinos ausentes.

Ya estaban preparadas las bandejas de plata y bronce que se destacaban con sus contenidos: queso de cabra cubierto con pimienta y miel, pan de ajo, fetas de jamón, tortas fritas, tarta de almendras. Las botellas de vino y de algún licorcito descansaban sobre la mesa. Aunque no había muchos caballeros, y las mujeres no bebían vino en público, doña Ana conocía las preferencias de sus amigas; la que quería se hacía la distraída y se tomaba alguna copita. Las sirvientas repartían mates, chocolate caliente y café. Las más amigas de la casa, reclamaban el té de la negra Arusi.

La negra Arusi había llegado solita a la estancia buscando cobijo. Se emocionaba hasta las lágrimas cuando contaba que su madre había sido arrancada de su tierra natal en África. Había llegado en uno de los tantos barcos negreros, y luego de muchas penurias, había logrado escapar. Vivió con los indios mucho tiempo, allí fue donde dio a luz a Arusi que se transformaría en una hermosa mujer zamba (hija de negra e indio). Arusi pasó sus primeros años en las tolderías hasta que, en una revuelta, sus padres fueron asesinados y ella huyó. Luego de sobrevivir a las adversidades, llegó hecha un harapo hasta la puerta de la estancia La Esperanza y allí cayó desmayada. Enseguida los Ramírez la acogieron. Como forma de agradecimiento eterno Arusi brindaba a la familia todos sus conocimientos y secretos culinarios.

Blanca y Arusi chismorreaban en la cocina con las chaperonas de las vecinas.

“Las Ramírez” —como les decían en la zona— embellecían el lugar, empezando por la belleza y elegancia de doña Ana. Teresa, a pesar de ser la más callada de las tres, y como toda hermana mayor, siempre haciéndose cargo de todo, era una agraciada mujer cuidadosa de sus gestos y de su belleza. Juana tenía la picardía de la más pequeña, la más consentida de las tres. Rosalía era la del medio, tenía una personalidad diferente a la de sus hermanas y su madre. Ella tenía otras prioridades. Cuando sus hermanas soñaban con apuestos muchachos, ella imaginaba que su padre la autorizaba a viajar a España. Con la excusa de visitar a los parientes podría conocer y recorrer el viejo mundo. Pero sabía que su padre jamás le otorgaría ese permiso. Ya no era un tema de conversación. Ahora solo era un sueño imposible.

Con la caída del sol las invitadas comenzaron a retirarse y la familia quedó a pleno, descansando, mientras las sirvientas acondicionaban el comedor para la cena, agregaban leña al fogón y los braseros, y prendían las velas y los candiles. Las cuatro mujeres estaban sentadas en los sillones. Juana, con la habilidad que la caracterizaba, desabrochó sus chapines dejando en libertad a sus pies. Teresa tironeó de buena forma su peineta dejando que su hermosa cabellera cayera sobre su espalda y Rosalía ya estaba descalza, sin peinetas y aflojando su corsé. Doña Ana iba levantando temperatura mientras veía cómo sus hijas maltrataban su apariencia.

Se levantó bruscamente del sillón, examinó a cada una de las muchachas y les dijo:

—Las espero en la cena... Vestidas como corresponde.

Sin más palabras, se retiró a su habitación, escuchando las risas contenidas de sus hijas, que se divertían haciéndola enojar. Juana la saludaba con los dedos de los pies enrollados en las medias de lana. Quedaron las tres solas.

Llegó la hora de la cena y la mesa estaba lista, con casi todos sus comensales, cuando ingresó don Julio y vio a sus bellas mujeres esperando por él; adoró a su esposa que siempre estaba atenta a todos los detalles, y admiró la preciosidad de sus “niñas”.

Sentado en la cabecera, indicó que comenzaran a servir. Arusi ingresó con la fuente de su espectacular puchero humeante, decorado con verduras de todos los colores, pan calentito y el vino que don Julio siempre elegía personalmente. Luego una sopa, y el postre fue una tarta de frutas de estación acarameladas y con canela.

La cena transcurrió silenciosa, estaban cansadas, apenas hicieron algunos comentarios sobre lo acontecido por la tarde. Luego, don Julio pidió a Arusi que preparara su té especial. “Ayudará al buen descanso”, agregó.

Rosalía se retiró a su cuarto, pasando antes por la cocina a buscar un flamero. “¡Qué día!”, pensaba. Todas esas mujeres hablando sin parar. En esas ocasiones solo la reconfortaba ver a su madre feliz.

Pasaría a saludar a su padre, él acostumbraba a fumar un puro y revisar algunas cosas de sus negocios, los cuales escasamente compartía con la familia. Se quedó en el quicio de la puerta contemplándolo. Lo amaba, era un hombre recto y de pocas palabras, cariñoso con sus hijas.

—Rosalía, venga, hija —dijo al verla parada frente a su escritorio.

—Padre, lo estaba observando, ¿está todo bien?

—Sí, querida, está todo bien. Hoy estuvo Manuel Cabrera y me dijo que Córdoba está muy movidita. Parece que el riojano amigo de nuestro vecino anda con ganas de hacer desastres... Están preocupados por Paz. Y los indios también están haciendo embrollos en varios lados.

—Quiroga, otra vez... yo justo le quería pedir permiso para viajar a Córdoba.

—Esperemos un poco, hija, esta semana viajo con Cabrera y vamos a ver cómo está todo. Pero se vienen tiempos más feos que los que estamos viviendo. Dicen que “El Tigre” Quiroga se viene con todo. No van a parar hasta que no consigan lo que quieren: Córdoba.

—No entiendo para qué nos liberamos de los españoles si ahora nos matamos entre nosotros. ¿No, padre?

—Sí, pienso lo mismo: unitarios, federales y los malones de los indios. Lo único que deberíamos ser es un país unido y organizado, con nuestras propias leyes...

—Padre, ¿usted conoce a los Cornejo? —soltó Rosalía impulsivamente.

—Cornejo... No, ¿por qué?

—Por nada. Que descanse, papito —diciendo esto le dio un abrazo y un beso dejando a su padre con una gran sonrisa.

Don Julio no había comentado nada a su familia, pero estaba incursionando en política, cansado de ver cómo a su alrededor se desmedraba todo y él se sentía inútil quedándose de brazos cruzados. Así que este viaje que pensaba realizar a Córdoba sería decisivo en su vida, tomaría partido. Defendería lo que él creía que le pertenecía, ya no se iba a quedar más esperando que llegara un malón y tirara por la borda todo lo suyo. A pesar de ser inexperto en política, había sido muy influenciado por su amigo Cabrera, y sabía bien qué quería para él y su familia. Además, era la única forma de poder expandir su negocio.

No compartía credo con el “El Tigre” Quiroga ni con el “Manco” Paz con sus ideas unitarias. Estaba muy preocupado por los ataques de los indios. Si bien su estancia aún estaba intacta, ya que nunca había sido saqueada, sabía que en parte era por la importante guardia que tenía, pero también por un poco de suerte.

Don Julio pensaba de qué forma, junto con Cabrera, podrían influir para formar un nuevo movimiento que se ocupara de construir la unidad nacional, aportar a la paz, mitigar las diferencias y negociar con los indios una convivencia pacífica. Ambos hombres sabían que era un trabajo a muy largo plazo, pero estaban convencidos de que si alguien no empezaba, las cosas nunca cambiarían.

Rosalía siguió su camino, ya la estaba esperando Blanca para ayudarla a arrojarse para dormir. Antes de cerrar sus ojos, apareció en sus pensamientos el muchacho que casi la había atropellado... Alfonso Cornejo, nadie lo conocía. En su corta vida jamás le había interesado un muchacho. Todos le parecían demasiado tontos o soberbios. En cambio este... ¿Qué le estaba pasando? Cerró los ojos ya lista para dormir y sintió como si un aleteo de mariposas en la panza. Esa noche se durmió con una sonrisa.

CAPÍTULO 3

LA VOZ DEL CUERPO



El día había amanecido frío y soleado. Rosalía se sentía anhelante, no había podido averiguar nada sobre el desconocido que casi la había atropellado; tal vez era un viajero, pero no llevaba equipaje; quizás se trataba de una aparición...

Luego del almuerzo caminó hacia la pieza de planchado y retiró un pantalón de lino que solía usar para cabalgar, una camisa y un poncho. Ya cambiada, se dirigió hasta los galpones donde estaba Eliseo con otros peones separando trigo y le pidió que le preparara a Torito, su caballo, con la excusa de ir de recorrida por el campo para ver los animales.

—No, mi niña, su padre fue claro... muy claro, nada de salidas —le dijo el capataz.

—Eliseo, no voy a salir, solo quiero cabalgar dentro del campo, hasta el potrero, quiero ver las mulas nuevas... —insistía Rosalía.

—Mire, *usté* sabe que si sale, su padre me mata —dijo Eliseo poniendo la responsabilidad en manos de Rosalía, dado que sabía claramente que se saldría con la suya.

Eliseo había servido a la familia desde siempre, conocía muy bien a los Ramírez y era la mano derecha de don Julio. Había llegado a la estancia cuando este era aún muy joven, y trabajó desde entonces sin descanso. Era el mayoral, organizaba toda la peonada, ocupándose de la siembra y de la cría del ganado.

Cuando Torito estuvo ensillado, lo montó y vigilada por la mirada celosa de Eliseo, salió cabalgando por la parte trasera de la estancia. Lejos de la vista de los guardias, escapó fuera del campo a todo galope. El capataz mandó enseguida a uno de los peones a que la siguiera desde lejos, para cuidarla.

Rosalía salió al paso acariciando las crines de Torito con una mano mientras que con la otra sostenía las riendas. Cuando vio que estaba despejado el camino, taloneó la panza del potro y salió al galope. El viento gélido le acariciaba el rostro y sus rizos, perfectamente cepillados por Blanca, se ensortijaron al ritmo del viento. La animaba mucho salir a cabalgar, sentía que se conectaba con su alma; siempre se dirigía al mismo lugar, desoyendo las órdenes de don Julio que no quería siquiera que ella asomara la nariz afuera. Siempre que podía, Rosalía se iba hasta la toldería a espiar. Nadie sabía. Ese era otro de sus secretos.

Cuando llegó, se acercó despacio entre los árboles tirando de las riendas a Torito, siempre atenta a una salida rápida y buscando un lugar para poder mirar. Se trepó a las ramas bajas de un árbol para tener mejor vista. Esas criollas con sus hijos la enternecían, se había propuesto acercarse algún día para ofrecerse a enseñarles a leer y escribir. Los observaba siempre, pero nunca se animaba a ingresar. Era una comunidad mezclada, había criollos y algunos indios. “Mujeres valientes”, pensaba. Ellas eran las que acarrearán el agua desde el arroyo y también la leña. Durante el día solo había mujeres y niños. Rosalía las espiaba, las admiraba... mientras ella estaba cobijada en su casa, estas mujeres vivían casi a la intemperie. Se imaginaba al mando de esa comunidad. Lo primero que haría sería enseñarles a leer y escribir a los niños y a las mujeres, y a los hombres les buscaría trabajo en las estancias.

—¿Qué hace aquí? —interrumpió sus pensamientos una voz que le sonaba levemente conocida.

—¡Ay! Casi me mata del susto —contestó sobresaltada al ver a Alfonso justo detrás de ella, bajando de su tordillo.

—Este lugar es muy peligroso para una bella mujer como usted —dijo el muchacho mirándola fijamente a los ojos.

—Es que, claro... no. Yo venía o mejor dicho, iba. Bueno...

—¿Qué hace por aquí, Rosalía? ¿No le dijeron en su casa que es peligroso andar sola? —le repitió Alfonso.

—Sí, la verdad es que sí, pero yo solo salí a dar un paseo.

—Sí, claro —contestó el joven.

Rosalía se odiaba por parecer tan superficial justo en este momento, es que la situación y particularmente este hombre la ponían nerviosa.

—Venga, vamos, la acompaño hasta su casa —completó Alfonso con un gesto galante. Rosalía seguía muda. No le salían las palabras. ¿Qué le pasaba?

Se alejaron del lugar caminando hasta que estuvieron seguros de que nadie los veía. Entonces montaron sus potros y, a paso lento, comenzaron el regreso.

Rosalía lo observaba, había aparecido el hombre misterioso y desconocido, tenía que disimular su alegría, y en ese momento se dio cuenta de su vestimenta. ¿Cómo se le había ocurrido salir vestida como un peón? Claro, no esperaba encontrarse con él. Pero si siempre salía vestida así. ¿Por qué ahora le importaba?

—Y... ¿Qué hacía por aquí? —preguntó Rosalía—. No esperaba encontrarlo.

—Trabajo con esta gente, pero no es buen lugar para una señorita —dijo Alfonso.

Rosalía dio vuelta su caballo bajo la mirada de Alfonso, tratando de acomodar su cabellera con disimulo. Cabalgaron juntos internándose entre los espinillos. Ese hombre la doblegaba, un sentimiento poco familiar en ella, una mujer rebelde, independiente.

—Alfonso, el otro día me pareció que llegaba de viaje. No pertenece a esta zona, digo... por su tonada. No es común aquí.

—No, estoy llegando de viaje. En realidad, soy español.

—Qué bien, español...

—Sí, de los buenos —dijo, sonriendo—. Estoy aquí porque me gusta este nuevo país y además colaboro con un amigo en una misión solidaria. ¿Y usted?

—Yo vivo desde siempre aquí, bueno, a veces estamos en Córdoba por algún tiempo...

¿Misión solidaria?

—Sí, entre otras cosas, también tengo algunos negocios familiares que resolver.

—¿Negocios familiares?

—Sí, se puede decir que son familiares —contestó, pensativo.

Llegaron a una pradera cercana al ingreso al campo de los Ramírez.

—Aquí está bien. Puedo seguir sola. Muchas gracias.

De un salto, Alfonso quedó parado al lado de Rosalía para ayudarla a desmontar el caballo; sin darle tiempo a pensar, le extendió la mano. Ella obedeció instintivamente sin decir una palabra. Quedaron los dos parados con las riendas de sus potros resguardadas en sus manos. Enseguida Alfonso tomó su poncho y lo extendió sobre el piso, cubriendo el pasto seco y dejando un hermoso lugar para sentarse. Rosalía se dejaba llevar, sin renunciar a lamentarse por su vestimenta rústica; al fin terminaba teniendo razón doña Ana cuando les exigía tanto con la apariencia.

—Venga, siéntese conmigo un momento y luego seguimos —dijo Alfonso—. Es una hermosa vista...

—Sí —contestó Rosalía acomodándose a su lado con la mirada fija en el paisaje que conocía de memoria. Tiritaba de frío.

—¿Qué le gustaría que le sucediera en este país? —le preguntó, recostada sobre el poncho, tratando de disimular que estaba congelada.

—Casarme contigo y llevarte a España, te encantaría —le respondió el muchacho.

Rosalía se sentó y abrazó sus rodillas, lanzó una risotada nerviosa, no sabía qué contestar. De repente, Alfonso no solo había comenzado a tutearla sino que, además, ese hombre que volvería loca de amor a cualquier mujer, quería casarse con ella.

—Ni siquiera me conoce, ¿cómo se va a casar conmigo? Mire si soy loca...

—Por favor, tutéame —le dijo sonriendo—. En realidad, sí, me pareciste un poco loca... pero bueno, en España hay buenos médicos —agregó.

—Ah, qué me dice —dijo Rosalía sonrojada. Siguiendo esa conversación tan poco usual. Tenía una mezcla de emociones en su cuerpo que no podía dominar. Apretaba fuerte sus rodillas contra su pecho.

—Broma... eres lo más hermoso que he visto en mi vida.

Rosalía sintió como su rostro enrojecía cada vez más, pero con disimulo extendió su mirada al horizonte disfrutando el piropeo del hermoso caballero sentado a su lado.

—¿Cómo es España? —dijo, cambiando de tema—. Yo espero algún día poder viajar, es uno de mis grandes anhelos, y tal vez estudiar... Algunos de mis abuelos eran españoles.

—Cuando nos casemos vamos a viajar y si quieres puedes estudiar.

—No voy a casarme con alguien que no conozco —sentenció Rosalía, queriendo dar fin a esa parte de la conversación que la ponía muy incómoda. No sabía si este mocito hablaba con el corazón o solo le estaba tomando para la macana.

—Entonces te propongo que nos conozcamos.

—Bueno, ¿cómo es España?

—Hermosa, es un país mucho más viejo que este, hay lugares que cuando los veas te vas a sorprender.

Rosalía lo miraba empalagada, la brisa le acercaba su perfume, exquisito, mientras Alfonso

seguía describiendo su patria.

De repente, un silencio profundo los envolvió. Alfonso giró sobre sí mismo y quedó frente a Rosalía. Se encontró con sus ojos. Lo estremeció verla tan profundamente. Era verdad lo que siempre le decía su amigo Augusto, los ojos son la ventana del alma. Alfonso no podía dejar de mirarla. Se sentía muy incómodo por la situación, pero le gustaba, la disfrutaba. Sentía el impulso de abrazarla, de tirarla sobre el poncho y hacerla suya ahí mismo. ¡¿Pero qué estaba pensando?! ¿Cómo podía ser tan atrevido con esa hermosa niña? Pero la tentación lo venció, haciendo caso omiso de sus reservas, la tomó entre sus robustos brazos y suavemente la dejó caer sobre el poncho, cubriéndola con su cuerpo sin ninguna autorización. Rosalía no salía de su asombro, pero no decía ni hacía nada. Lo dejaba. Es que todo pasaba tan rápido... Quedaron prendados en sus miradas. El tiempo detuvo su continuidad. Solo ellos, eternos. Ambos sintieron cómo sus cuerpos ya no les pertenecían, solo se obedecían uno al otro. Alfonso cerró sus ojos y dejó caer suavemente su cabeza hasta rozar la suave piel del cuello de Rosalía. Ella suspiró y se estremeció. Sintió cómo su pecho se encendía respondiendo a las caricias de la mano de Alfonso sobre la ropa. Eran sensaciones desconocidas para ella. Sabía que no estaba bien lo que estaban haciendo. Sabía que tenía que irse de allí lo más pronto posible, pero estaba atrapada por el placer. Alfonso ya estaba en su boca. Se detuvo unos segundos para mirarla, sin alejar sus ojos de los de Rosalía, y la besó suavemente. Era la primera vez que alguien la besaba. La sorprendió la humedad del contacto de los labios y la lengua de Alfonso, luego eran tantas las mariposas que revoloteaban en todo su cuerpo, que solo entreabrió sus labios y disfrutó. Sintió una fuerza superior que se apoderaba de su ser, se sintió unida a Alfonso, ese desconocido que estaba sobre ella cubriéndola con sus besos, con sus manos... Tenía deseos de enrollarlo con sus piernas, sintió que quería abrazarlo hasta fundirlo con ella. Era momento de irse. ¡Tenía que irse! Estaba actuando justo como lo hacían las mujeres de mala vida. Pero qué lindo que se sentía... Se levantó sin consentimiento de su cuerpo, de su corazón, solo obedeciendo a su controladora mente. Empujó al joven a un costado y quedó sentada.

—¡Debo irme ya, deben estar muy preocupados! —dijo Rosalía. Lo miró un momento, no quería irse, pero debía hacerlo... y salió corriendo.

—¡Rosalía! —gritó Alfonso y salió apresuradamente detrás de ella.

Luego de varios pasos la alcanzó tomándola de la cintura, con un dedo retiró el cabello de su cara. Le tomó el mentón y lo giró hacia él.

—No te vayas, perdóname, soy un grosero, un descarado, un bruto.

Estaba molesto por no haberse controlado, nunca le había sucedido algo semejante. ¿Qué le pasaba con esta chiquilla?, perdía el control, solo quería tenerla abrazada... siempre.

—No, no, es que deben estar preocupados por mí.

—Sí, pero te ibas sin tu caballo —le dijo, no quería que se sintiera avergonzada por su accionar.

—Ah, claro —dijo aturdida, regresando sobre sus pasos.

Alfonso la tomó de los hombros, le acomodó el poncho y juntos, a paso lento, regresaron hasta el lugar adonde estaban apostados. Antes de ayudarla a subir a su caballo la miró:

—¿Nos vemos mañana aquí, a esta misma hora? Te prometo, Rosalía, que me voy a comportar como corresponde —le dijo haciendo una reverencia tocando el piso con una rodilla y su corazón con una mano, mirándola fijamente...

—Sí, claro... —y con una sonrisa saltó al caballo y se perdió en dos minutos, antes de que Alfonso pudiera contestar nada.

Estaba seguro de que la había espantado y de que no volvería a verla nunca más. De cualquier manera la buscaría, esa mujer era para él. No había dudas.

Rosalía entró a la casa de la misma forma que había salido, a escondidas. Dejó su caballo y fue rápidamente a cambiarse de ropa. Su cuerpo aún temblaba. Se sentía tan extraña. El sentimiento de felicidad se enfrentaba con la sensación de sentirse sucia por lo que había hecho.

El resto del día estuvo a la vista de todos, como siempre, recluida en sus propios pensamientos. Pero en realidad había toda una revolución en su cuerpo, en su mente y en su corazón.

Cada una de las hermanas Ramírez tenía su dormitorio. Esa noche, siguiendo la rutina, Rosalía ya estaba en su cama, tapada hasta la nariz, generando calor para entregarse al sueño. Apretaba sus puños, sonreía. Sentía el desborde de energía en su cuerpo recordando y reviviendo cada segundo de lo vivido con Alfonso hacía apenas unas horas. Por supuesto, se durmió tardísimo; dio miles de vueltas en la cama. Ese muchacho había despertado algo desconocido en su cuerpo, algo que ella no podía controlar. Se entregó al juego que sus emociones le proponían. Debajo de las sábanas se investigaba, se tocaba... y revivía las cosquillas en la panza, la humedad en su vagina. ¿Qué era todo eso? ¿Por qué estaba tan prohibido si se sentía tan glorioso? Fue una larga noche de nuevas experiencias y sensaciones, muchas preguntas y pensamientos...

El sol apenas despuntó y Blanca ya estaba repasando las habitaciones y levantando a las niñas.

Había cepillado la espesa cabellera de Teresa dejándola enrollada con una peineta de plata. Al ser la mayor, la muchacha siempre obedecía las peticiones de sus padres y le gustaba complacerlos. Se preocupaba por sus hermanas y las instaba a que se comportaran adecuadamente, que se vistieran en forma correcta, que usaran buenos modales.

Juana también había madrugado y ya estaba dando vueltas por la casa. Mientras, Rosalía remoloneaba en la cama y Blanca insistía en que debía levantarse, ya que la familia Cabrera las había invitado a compartir el día. Rosalía no podía despejarse de la almohada, quería seguir durmiendo.

Las familias eran muy amigas, y cada tanto se reunían; las mujeres compartían juegos de cartas, caminatas y las más jovencitas, algunas cabalgatas.

Rosalía insistió en quedarse argumentando todo tipo de dolencias, pero doña Ana, que bien conocía a su hija, decidió que esta vez iría con ellas. Sin preámbulos, reunió a sus tres hijas y a Blanca, supervisó los vestidos que habían elegido para la ocasión, seleccionó cuidadosamente cuatro sombreros y algunos parasoles. Se subieron al coche custodiado por la guardia al mando de Eliseo, que siempre ponía don Julio para que las protegiera durante todo el trayecto. Él las alcanzaría luego del almuerzo; en esa época había mucho trabajo. Salieron del campo en el coche tironeado por los caballos, iban las tres muchachas imbuidas en sus pensamientos: Juana expectante, Teresa pensativa, Rosalía con la frente pegada a la ventanilla, y doña Ana conversando con Blanca.

Rosalía no tenía forma de avisarle a Alfonso que no podría asistir a la cita... Aunque si lo pensaba bien, no debería ir, había sido muy impertinente con ella. Si acudía al encuentro le demostraría que era una chica sin respetos, eso no era bueno. Pero la abrumaba la idea de no volver a verlo. Tenía presencia completa en su mente. No les había contado, ni les contaría nada a

sus hermanas. No les daría motivo para que la molestaran, esto era serio para ella. Pero ¿lo volvería a ver?

Llegaron a la estancia vecina, Luz y Amalita ya estaban a los saltitos en el ingreso principal de la casa. Apenas se detuvo el coche, salieron a recibir a sus amigas.

Luego de la exquisita comida, Teresa y Juana corrieron al jardín. Rosalía, se quedó al lado de su madre; no había querido participar de los juegos propuestos por las muchachas. No podía dejar de pensar en Alfonso. Había fallado al encuentro, todas sus fantasías se derrumbaban.

Doña Ana le sugirió que participara de las actividades con las chicas, pero ella dijo que estaba descompuesta y que prefería quedarse leyendo. Como era frecuente que Rosalía tuviera esas actitudes, nadie se alarmó y la dejaron tranquila. Se fue a la biblioteca de los Cabrera, tomó un libro al azar y se desplomó sobre el sillón. Lo abrazó y su mente se perdió en el rostro de Alfonso. Se sentía extraña, en su cuerpo se habían despertado partes que ella ni siquiera conocía. Nunca se imaginó estar convertida en una tonta pensando en un muchacho que solo había visto una vez, y peor aún, ¡que la había besado! Un suspiro salió de su pecho sin mandatos... Un español. Las pocas palabras que le había dicho, llenas de música española, le rebotaban en la cabeza. ¿Qué pensaría de ella cuando no acudiera al encuentro? Una y otra vez revivía el beso de Alfonso. Sonreía. ¿Estaba enamorada...? Ella misma les decía a sus hermanas que el amor no era de un día para el otro, que había que construirlo. ¿Y ahora?, todas sus teorías se derrumbaban ante la realidad. Allí estaba, con un libro pegado a su pecho, rodeado por sus brazos, una sonrisa en el rostro y la mirada perdida en la ventana. ¿Estaba enamorada? Allí quedó, esperando que el tiempo pasara...

CAPÍTULO 4

REZAR Y LUEGO AMAR



Los domingos la cita era en la capilla del poblado. Al concluir la ceremonia, todas las jóvenes empaquetadas en sus mejores vestidos se quedaban conversando en la puerta, y los estancieros distinguidos por sus galeras con cintas de terciopelo, montados en sus potros, desfilaban ante ellas. La rusticidad de la capilla resaltaba el lujo puesto en las prendas de las hermanas Ramírez y las Cabrera. Usaban los mismos vestidos que llevaban usualmente a la iglesia cuando estaban en Córdoba. Por supuesto Rosalía no participaba de igual manera de este evento dominguero. Ella lucía su vestido de misa color gris, guantes y mantilla al tono. Mientras transcurría la misa, el silencio era interrumpido por la peonada que se pavoneaba en las esquinas jugando a las tabas y bebiendo.

Terminada la ceremonia, Rosalía comenzó a recorrer con su mirada todos los rostros de los caballeros, estancieros, caudillos y gauchos que había en el lugar, en busca de Alfonso, pero él no estaba. Desilusionada, se juntó con sus hermanas y unas amigas que estaban organizando para encontrarse a la tarde a tomar el té.

No podía dejar de pensar en Alfonso y en dónde estaría. Preguntó a sus amistades por el apellido Cornejo y nadie lo conocía; definitivamente no era un hombre del lugar. No podía sacarlo de su cabeza.

—Rosalía, mirá —dijo Juana señalando a un esbelto jovencito que pasaba junto a ellas, sacando su galera con un gesto de saludo a las damas, mientras su potro piafaba soplando hacia arriba mostrando su poder de pura raza.

—Acaba de llegar, es pariente de los Montiel —agregó Juana que siempre tenía al día toda la información de la villa.

Reunidas en círculo, juntaron las cabezas en el centro para hablar. En ese momento Teresa vio que unos jinetes se acercaban y que uno de ellos era Francisco Reinafé.

—Vamos a caminar hasta el algarrobo —dijo, quería que Francisco la viera.

Se alejaron de la capilla caminando por la calle, tomadas de los brazos, cuchicheando sobre los muchachos que presumían ante ellas. Caminaron unos metros y luego regresaron sobre sus pasos, donde ya las estaba esperando doña Ana para volver a la estancia. Mientras paseaban ya

habían quedado en reunirse por la tarde para tomar el té en la estancia de los Ramírez. Juana se encargó de avisarles a todas las muchachas, incluidas las Cabrera.

Doña Ana consentía con gusto ese tipo de reuniones en su casa, y don Julio aprovechaba para conversar con los hombres de sus asuntos.

Luego de dejar todo arreglado para la tarde, y a pesar de las protestas de las muchachas, doña Ana las reunió para regresar a la estancia. No le gustaba que se mezclaran con toda la criollada, ella seguía con sus costumbres europeas que la distinguían.

Llegaron a la estancia y la mesa estaba dispuesta; Arusi había preparado chanfaina de cordero, siguiendo la receta que le había confiado doña Ana. Este era su plato preferido porque le recordaba su origen español. Estaba acompañado con papas y batatas a la llama y, de postre, ambrosía —pedido por Rosalía— y queso de cabra con miel de caña, especial para don Julio. Él se encargaba de conseguir las especias que Arusi le pedía para cocinar, y ella lo consentía con sabores nuevos todo el tiempo.

Mientras la familia almorzaba tranquilamente, en la cocina preparaban las tortillas de frutas, yemas quemadas y pan con chicharrón para la tarde. Arusi maceraba algunas hierbas de las que cultivaba en el fondo, detrás de la pieza de planchado, para preparar su té especial. Ella lo mezquinaba, decía que el té era para determinadas personas porque tenía poderes especiales, pero en cambio, doña Ana se lucía con los sabores del mismo y le encantaba invitar a todos con el célebre té de la negra Arusi. Nunca quería contar los ingredientes exactos. Cuando le pedían la receta, siempre inventaba y el resto de las criadas se morían de la risa. Sabían que nunca en su vida diría cómo se preparaba ese afamado y exquisito té.

En un par de horas empezarían a llegar las visitas. Luego del almuerzo, don Julio se retiró a descansar junto a doña Ana mientras que Teresa y Juana comenzaron con la búsqueda de atuendos para la tarde: no se podía repetir vestido. Rosalía se repantigó en un sillón de mimbre en la galería dejando que su cuerpo se acomodara a gusto sin la más mínima intención de cambiar su vestimenta. Cuando Teresa la vio, se acercó y le pidió que no contradijera a su madre y, esencialmente, que no la cargara de mal humor. Así que luego de salir un poco de la modorra, y tironeada por Blanca, se dispuso a renovar su vestido.

—¿Por qué me *la reniega* a la doña Ana? —le preguntaba siempre Blanca a Rosalía.

—No la contradigo, solo que ella no me comprende. Yo no tengo los mismos gustos que mis hermanas. Por ejemplo hoy, con esta fastuosa tarde, jamás me quedaría a tomar el té con las muchachas, me iría a cabalgar por el campo, a disfrutar del paisaje y me llevaría un libro para leer en algún lugar del camino...

—¡Claro *m'hija*, hasta que la enganche algún indio y se la lleve! ¡Mi Dios! No diga...

—¡Ay, Blanca...! Bueno, a ver, ¿qué me pongo?

Rosalía empezó a fantasear que se vestía para Alfonso, eligió un hermoso vestido color ámbar que resaltaba su figura esbelta y luego se entregó a las manos de Blanca, que se las ingenió para dominar su cabello sujetándolo en un rodete con una peineta de plata que le había traído don Julio de uno de sus viajes; lucía hermosa.

Llegaba la hora y las visitas comenzaban a presentarse en la estancia. Teresa pidió que se sirviera el té en la galería, el sol de la siesta brillaba esplendoroso, arrulladas en los sillones de mimbre disfrutaban de lo lindo. Las mujeres mayores jugaban a las cartas en la sala mientras que los caballeros, escoltados por don Julio, terminaron en su escritorio fumando habanos y bebiendo

unos licorcitos seleccionados especialmente para la ocasión.

Rosalía las observaba, distante, ausente, la belleza de su vestido no concordaba con la cara de aburrimiento. Entonces, se puso de pie y sin emitir sonidos salió de la galería. Como nunca participaba de las conversaciones, nadie se dio cuenta. Cruzó la cocina y salió por la parte trasera dispuesta a dar un paseo, recogió un mantillón que encontró al paso —seguro sería de alguna de sus hermanas— y se lo colocó sobre los hombros. No se perdería la tarde en la galería escuchando las boberías de sus hermanas y amigas, saldría a caminar. Respiró hondo y buscó en su mente la sonrisa de Alfonso.

Cruzó el rancharío de la servidumbre, eludió a los guardias y siguió caminando. Llegó a los corrales, esquivó las bostas de vaca y de caballo, y tomando su falda con ambas manos, llegó al extremo que determinaba el fin de la casa y el comienzo del campo abierto. Conocía muy bien el recorrido, lo había hecho miles de veces, ahora solo restaba pasar para el otro lado, y listo. Se acomodó el vestido para saltar el alambrado de palos a pique con tientos de cuero, cuando escuchó una voz. Pensó que era Eliseo que la había descubierto, se apuró a cruzar, pero no, la voz venía del otro lado... Ya estaba a la mitad del salto, si se desconcentraba, corría el riesgo de dejar parte de su vestido como bandera en el cerco.

—Hola —le dijo Alfonso extendiendo su boca casi a los extremos en una amplia sonrisa y animándola para saltar mientras contenía la risa que le causaba verla medio trepada en los palos.

—Hola —contestó al tiempo que sentía que sus mejillas enrojecían. Ya estaba a la mitad del camino, así que con el último impulso, se tiró. Quedó del otro lado, con el mantillón en la cabeza. Alfonso ya no pudo contener la risa. Tuvo el impulso de abrazarla, pero solo la ayudó a acomodarse.

—¿Qué hace usted por aquí? —preguntó Rosalía tan nerviosa de que descubriera sus pensamientos, que olvidó tutearlo.

—Digamos que me cansé de esperar y estaba buscando la forma de llegar a ti —dijo.

—¿Por aquí? —preguntó, ya que estaban en la parte trasera de la casa.

—Estaba viendo, no me animaba a ingresar sin tu consentimiento...

—Como corresponde —dijo ella.

—¿Quieres conocer el sitio donde vivo? No es muy lejos de acá, luego te traigo.

Rosalía se quedó pensativa un momento. Claro que quería ir, pero ¿era indicado?

—¡Bueno! —contestó sin pensarlo más, embriagada por la intensidad de la situación y la seguridad y la confianza que le transmitía Alfonso, se entregó a la suerte...

Alfonso trepó a su potro, extendió su mano hacia Rosalía que de un tirón quedó sentada de costado detrás de él en el caballo. Se acomodó el vestido, y se apoyó a la espalda del muchacho rodeando su cintura con los brazos. Cerró los ojos y trató de despejar su mente ahuyentado los pensamientos culposos que la atacaban sin permiso.

Cabalaron un rato largo, en silencio. Cada uno disfrutaba de la presencia del otro, del contacto, hasta que suavemente, y sin querer salir de ese ensueño, Rosalía abrió los ojos y vio que se estaban acercando a la entrada de una estancia. Ingresaron y atravesaron un sendero de árboles, seguido por una acequia que completaba el paisaje.

En la entrada principal no había nadie. No sentía miedo, solo quería estar cerca de Alfonso un momento más.

Él la tomó por la cintura y la depositó en el piso, la observó, le pasó la mano por la mejilla y

le sacó los rulos de la frente, luego le entregó el caballo a un peón que se acercó en silencio y con el rostro escondido debajo del chambergo.

Rosalía se ruborizó pensando qué mujer fácil que era, que cualquiera la tomaba por el camino y se la llevaba a su estancia. De todas maneras, sabía bien que quería estar allí y conocer mejor al misterioso Alfonso. Mientras sus pensamientos trotaban en su mente, tomó la peineta, la colocó sobre un rodete improvisado que armó rápidamente con sus manos y se acomodó la ropa.

Alfonso la miraba. ¡Qué hermosa era!, el color del vestido resaltaba sus ojos azules. El sol de la tarde acentuó el color de las escasas pecas en su rostro.

La tomó de la mano guiándola hacia una galería interna, donde por fin apareció una mulata que venía a su encuentro.

—Niño Alfonso, se me había perdido —dijo callando apenas vio que no estaba solo.

—Ramona, te presento a Rosalía Ramírez.

—Bonitilla, mi niña, ya les preparo unos mates —contestó Ramona frunciendo el ceño y preguntándose de dónde habría sacado a esa joven... no tenía aspecto de fulera.

—Gracias —dijo el muchacho.

Rosalía solo contestó con un gesto, estaba muerta de vergüenza, escondida detrás de Alfonso.

—¿Es tu casa? —preguntó apenas se retiró Ramona.

—Sí... Bueno, sí, es mi casa —contestó.

Alfonso la guió hasta la sala y la dejó ingresar primero.

La estancia exhibía lujo en sus cortinados de seda y brocado, y en los candiles puestos en la pared. Rosalía recorría el lugar a toda velocidad, era amplio, seguramente no vivía allí solo. Pasaron por la biblioteca repleta de libros, quedó embelesada, si había algo que le gustaba eran los libros; dos sillones de cuero detrás de un escritorio y lámparas de alabastro con pie de bronce... debía ser el escritorio de Alfonso, pensó.

Al fin se detuvieron en una sala de piso embaldosado con las paredes violáceas y sillones de gobelino apoltronados frente al fuego. El lugar se sentía cálido.

—Acomódate —dijo, atizando el fuego—. Mujer de pocas palabras —acotó con una sonrisa, mientras miraba cómo la joven luchaba por acomodar su vestido en el sillón.

Rosalía seguía en silencio. Sentada con las manos cruzadas sobre sus rodillas, observaba todo. Alfonso sentía la mirada en su espalda. Qué hermosa era, la quería para él. Para siempre. Esa mujercita lo hacía perder la razón, lo impulsaba a hacer cosas que jamás hubiera hecho. Lentamente se paró y giró hacia donde estaba sentada Rosalía. Se encontraron con la mirada.

—Quiero casarme contigo —sentenció, sentándose a su lado. Estaba seguro de eso, era lo único que tenía claro en su mente desde que había llegado a este país abandonado a su suerte.

Tal vez el viaje había tenido sentido para venir a conocer a Rosalía y luego regresar sin resolver el misterio de su existencia, pero con un amor tomado de la mano. Esta bella mujer lo serenaba, lo armonizaba. Muchas habían pasado por su vida en el antiguo continente, pero ninguna lo había conmovido tanto.

—También yo —contestó Rosalía, sin saber el significado de lo que decía. Las palabras salieron de su boca sonriente mandadas por el impulso. Alfonso se sentó a su lado, tomó sus manos y se perdió en sus ojos.

—Siento el desconcierto en tu mirada, en tu voz. No te preocupes, no voy a defraudarte.

—No sé quién sos, no sé nada de vos, de tu familia.

—Soy español, pero en el fondo muy argentino. Ya lo entenderás. No me voy a marchar de este país sin ti. Y mi razón de estar aquí es buena.

—No entiendo nada... ¿estás de paso? —preguntaba Rosalía tratando de comprender quién era Alfonso en realidad.

—No, tengo un asunto muy importante que me condiciona a quedarme. En su momento te contaré con detalles.

—¿Por qué no ahora?

—Porque ahora solo quiero besarte...

—Pero... me siento muy confundida sobre tu presencia en este lugar. ¿Quién sos en realidad? ¿Y si mañana te vas y nunca más vuelvo a verte?

—Tranquila, mi amor —le decía mientras le delineaba el contorno de la cara con la punta de los dedos—. Por ahora estoy viviendo acá y no tengo intenciones de marcharme sin ti.

—Y tus asuntos, ¿son de negocios?

—No, más bien familiares. Hablando de eso yo debería conocer a tu familia. ¿No te parece?

—Sí, pero vas a tener que ser más claro porque si no con mi padre no te va a ir muy bien.

—Sí, por supuesto, mi amor.

—¿Y... estás solo?

—No, es complicado.

—Escucho.

—Cuando llegue el momento.

—¿Por qué tanto misterio?

Contorneaba su pecho con la punta de los dedos disfrutando cómo Rosalía se desvanecía en sus brazos.

—No hay misterio, simplemente tengo que resolver algunas cosas que prefiero contarte después.

Rosalía se alejó de los brazos de Alfonso desafiándolo con su mirada.

—Ahora, te escucho, ¡ahora!

Alfonso se detuvo a observar a esa mujercita, chiquilla de buen carácter... le gustaba que lo desafiara. La niña muda y miedosa estaba dando lugar a la verdadera Rosalía... le gustaba. Sonrió.

—Tengo un encargo de España, debo encontrar a algunas personas que están desaparecidas, ¿contenta?

—Algo...

—Prometo contarte todo con detalles y también hablar con tus padres y visitarte en tu casa como corresponde.

—Bueno, mejor así —dijo Rosalía ablandando su expresión con una sonrisa.

Alfonso tomó su rostro con ambas manos y con suavidad la besó en las mejillas, la nariz y se enterró en su boca, su lengua jugó con la de Rosalía que temblaba de placer.

Sin mucho preámbulo, se puso de pie, la cargó en sus brazos y se dirigió a un extremo de la sala. Rosalía le rodeó el cuello con sus manos. Con su pie derecho empujó la puerta e ingresaron a una habitación donde Alfonso, con absoluta delicadeza, la depositó sobre la cama y se recostó a su lado, sin palabras. Se reclinó sobre su cuello dejando que sus labios comenzaran a recorrerla y a mezclarse con su perfume; esa mujer lo volvía loco, lo confundía y le despertaba una intensa pasión; le recordaba que estaba vivo y que era un hombre. Con ambas manos comenzó a desatar su

corsé sin dejar de besarla. Rosalía, entregada al goce, dejó caer el vestido sin resistencia y quedó solamente cubierta con una enagua de lino mientras Alfonso la recorría con sus manos. Ella se retorció de placer. Con rapidez se sacó la camisa y se abalanzó sobre su delicado cuerpo, Rosalía, sorprendida, se entregaba a cada sensación del deleite que la invadía. Sentía necesidad de abrazarlo, de que siguiera besándola, tocándola... Sintió su dureza entre las piernas y se asombró. Nunca había visto a un hombre desnudo, solo había escuchado las historias que contaban sus hermanas. Pero sentía la necesidad de esa dureza. Alfonso la seguía acariciando, con sus manos y con su boca y ella se entregó al placer celestial que ese hombre le hacía conocer.

Alfonso quería penetrarla sin demora, no daba más, pero debía ser delicado, era su primera vez... Sin sacarle la enagua y con los pantalones a la altura de los tobillos, besó sus pechos hasta hacerla enloquecer. Terminó de desvestirla y luego quedó desnudo. Hacía frío a pesar del brasero y los rayos de sol que se filtraban por los cortinados. Rosalía lo recorrió con sus ojos, detuvo la mirada en su miembro. Alfonso sonrió. Corrió el cubrecama y ambos se taparon dejando sus cuerpos calentitos pegarse, investigarse, conocerse. Rosalía, con coraje y curiosidad, pero con los ojos cerrados, recorrió el cuerpo de Alfonso con sus manos, deteniéndose en su miembro erecto y asombrándose por la dureza y el tamaño. Alfonso tomó su mano y la besó con dulzura. Besó sus pechos y acarició su clítoris. Cuando sintió que estaba lista, tomó su pene con la mano y comenzó a frotarlo suavemente en la vulva de Rosalía. Le gustaba sentir cómo se estremecía. Introducía lentamente la punta y luego la retiraba, no quería dañarla. Luego otra vez y otra vez hasta que la penetró, despacio, pero con firmeza. Sintió las uñas de Rosalía en su espalda y lanzó un gemido de placer. Salía y entraba suave, y luego fue subiendo el ritmo, ella comenzó a seguirlo.

—Te amo, Rosalía. Te amo... —le decía al oído mientras la penetraba y la besaba.

—Yo también te amo, Alfonso. Para siempre —susurró Rosalía entregada a ese hombre. Sintiendo su cuerpo dentro de ella, gozándolo. La intensidad iba en aumento hasta que sintió cómo su columna se arqueaba sin control y su respiración se cortaba. Nunca había sentido algo parecido. Su cuerpo explotó de placer, con ambas manos tomó los glúteos de Alfonso y los apretó contra ella, quería que se quedara adentro... Alfonso sucumbió al éxtasis ante tanta sugerencia de Rosalía. Se exprimieron mutuamente el sabor del amor.

Luego de un momento, Alfonso se retiró y se quedó recostado al lado de Rosalía que aun estaba agitada y con los ojos cerrados.

—¿Te gustó? ¿Te hice daño? —preguntó Alfonso inquieto ante el silencio de la joven.

—Me gustó mucho —respondió con timidez.

Alfonso respiró más tranquilo.

—Te amo mucho, Rosalía. Vamos a casarnos, vamos a estar toda la vida juntos. No tengas miedo de haberme entregado tu honor, yo te voy a respetar —agregó adivinando los pensamientos de la muchacha.

El joven la abrazó y la besó en la boca. Ella lo separó y lo miró a los ojos:

—Alfonso, te entregué todo. Pero lo hice con convicción porque te amo y quiero envejecer con vos. Quiero darte hijos y que hagamos esto cada noche.

—Yo deseo lo mismo, mi chiquita, pero debes darme un tiempo para que resuelva mis asuntos y luego nos casamos ¿Qué te parece? —dijo desplegando una sonrisa.

La propuesta de matrimonio la tranquilizó un poco. Alfonso seguía siendo un misterio y ella allí, desnuda, entregando su honor a él... un completo desconocido, deshonrando el apellido

Ramírez.

La envolvió nuevamente con sus brazos y ambos se fundieron en un beso apasionado, largo, suave, mojado.

—Tengo que hablar con tus padres. Déjame organizar las cosas y luego voy a tu casa a conocer al distinguido señor Ramírez.

Rosalía sonrió. Porque esas palabras le daban tranquilidad, y por la cara que pondría su padre... nunca se imaginaría que sería ella quien traería el primer hombre a la casa a pedir su mano en matrimonio. “Cosas de la vida”, pensó.

Alfonso, recostado con sus brazos detrás de la cabeza, miraba cómo Rosalía se vestía, inmortalizando cada gesto de ella en su mente; era una hermosa mujer, completa, lo conmovía de amor. Ese vestido soñaba en su cuerpo...

—¿Te ayudo? —le preguntó.

—No, gracias, mejor vamos que se hace tarde —contestó la joven ya terminando de arreglar su cabello y pensando en lo que acababa de suceder y en lo que vendría cuando llegara a su casa.

Cuando ingresaron al comedor, Ramona había preparado una exquisita torta que aún estaba caliente y que ambos amantes devoraron entre risas y caricias, hasta que Alfonso se incorporó y tomándola de la mano le dijo:

—Vamos, mi amor, tus padres deben estar preocupados, en un rato llega la noche.

Rosalía atendió enseguida la orden de Alfonso y con un pedazo de torta en la mano se despidió con un abrazo de Ramona, quien la miraba azorada.

Cabalaron tranquilos y abrazados. Alfonso no dejaba de tranquilizarla y besarla ante cada pregunta o suposición, tratando de calmar la curiosidad de Rosalía con sus besos. Cuando estaban cerca de la estancia, el trueno de un galope los frenó, se escondieron detrás de unos espinillos, y bajaron del caballo. Esperaron en silencio a medida que el ruido se acercaba más. Eran como quince soldados a caballo que pasaron al costado sin verlos, iban tomados por la furia. Alfonso la abrazó y aseguró su rostro contra su pecho. Rosalía temblaba de miedo. Cuando pasaron, aliviados de que fueran soldados y no indios, con mucha precaución y a paso lento, llegaron a la parte trasera de la estancia de los Ramírez. Alfonso la ayudó a cruzar y colgado de los palos le dijo:

—Te veo mañana, mi amor.

Ella giró, y levantando la mano, le sonrió.

CAPÍTULO 5

UN VIAJE PUEDE CAMBIAR LA HISTORIA



Rosalía ingresó por detrás, escabulléndose de los guardias, mientras se arreglaba el rodete y acomodaba su vestido... sutilmente se integró con sus hermanas y las amigas que estaban despidiéndose.

—¿Dónde diablos estabas? —preguntó Teresa que había estado pendiente de la desaparición de su hermana.

—Me recosté un rato, la chanfaina me cayó pesada, comí demasiado.

—¿Por qué no pediste un té?

—Sí lo pedí, ya estoy mucho mejor. ¿Se van las chicas?

—Sí, es tarde. Y no me creo nada lo que dijiste... después conversamos, tu vestido está todo sucio y arrugado. Espero que mamá no se haya dado cuenta...

Se habían retirado la mayoría de los invitados, quedando solo los Cabrera.

—¿Otro brandy? —ofreció don Julio a don Manuel.

—No, amigo, gracias. Espero el chocolate.

Ambos habían estado el último tiempo viendo la posibilidad de instalarse durante unos meses en Córdoba. Se rumoreaban algunos futuros enfrentamientos, y los indios habían atacado algunas estancias de la zona. Estaban preocupados por sus familias.

—¿Te enteraste de Bustos, se fue por ayuda a buscar al Tigre.

—Sí, se la tiene jurada al Manco, igual creo que esta vez no se salva... ¿te contaron los vecinos?

—Sí, y también me dijeron que tenga cuidado, el coronel Reinafé ya está apostado en el fuerte con su gente. Yo te quería proponer que nos fuéramos a Córdoba, como dijimos, ya viste lo que pasó con la estancia de los Solares, los indios la destrozaron.

—Sí, lo pensé, me parece que deberíamos viajar todos. Vamos a estar más tranquilos si nos instalamos un tiempo en Córdoba con nuestras familias, al menos estaríamos más seguros.

—Lorenza le dijo a mi esposa que se vienen épocas duras. Supongo que es por la llegada del Tigre Quiroga. Andaban todos revolucionados. Si solo se enfocaran en pensar qué tipo de constitución necesitamos, una que proteja nuestra integridad como personas, nuestros bienes, la

vida humana...

—Así es, pero ahora debemos organizarnos rápidamente. Viajemos mañana con todos, y dejemos algo de peonada para que defienda las tierras y el ganado ante algún malón mal atravesado y, además, que continúen con el trabajo.

—Sí —dijo pensativamente don Julio. A pesar de que habían conversado muchas veces sobre este viaje, nunca lo habían concretado. Ahora era inminente. Lo que antes eran suposiciones políticas, ahora eran crudas realidades.

—Tranquilo, amigo, tengo buenos contactos en Córdoba, por eso te garantizo que vamos a estar seguros —remató don Manuel al ver la cara de su amigo, quien se veía confundido.

Los pensamientos discutían en la cabeza de don Julio, hasta ese momento él era consciente que la suerte había estado de su lado, su negocio funcionaba bien y su estancia no había sido saqueada, pero sabía que eso podía cambiar en cualquier momento. Él sostenía sus propias ideas, afirmaba que “un país debía manejarse como un negocio sin particularidades y egolatría”, que cada uno se ocupara de aportar con lo suyo sin entorpecer el camino del otro... pero esas ideas estaban muy alejadas de la idiosincrasia de los políticos de la época. También rondaba por su cabeza la idea de que en tiempos de tempestad era mejor estar en Córdoba, por sus hijas; las mujeres en el campo corrían peligro.

Los hombres siguieron organizando para viajar al día siguiente y las mujeres, ajenas al tema, aprontaban la retirada.

Luego de las despedidas, la familia Ramírez se preparaba para la cena, en la cual don Julio pensaba contarles acerca de los planes que tenía con respecto al viaje. Sabía que la noticia pondría muy feliz a sus mujeres, que siempre estaban pregonando sus deseos de viajar a Córdoba.

Blanca llenaba de agua la tina con una jofaina a pedido de Rosalía. Debía estar lista para la cena.

—Anímese mi niña, el agua *ta calientita*.

—Hoy no quiero que me bañes, prefiero estar sola un rato —dijo Rosalía envuelta en la enagua de lienzo que usaba para bañarse.

—¿Qué anda pasando? A mí no me engaña, esa carita llegó diferente de la escapada por atrás. Es que no se habrá *enredao* con algún indio... o no me la habrán *agarrao* estos salvajes...

—No, Blanca, solo salí a caminar y me duele la cabeza, por eso quiero estar un rato en el agua, nada más. No inventes, gordita escandalosa.

—Se me paró el corazón del susto. Pero a mí no me engaña, algo ha pasado... voy a decirle a Arusi que me tire los caracoles, *vamo a ve* qué sale. Y rapidito *pa'* la cena, no me la haga *encrespá* a doña Ana —dijo la mulata saliendo de la habitación.

—Después me decís qué dicen los caracoles de la negra...

—¡Ajá! Bien que le interesa lo que dice la brujita, ¿eh? —terminó Blanca saliendo a buscar a su amiga Arusi. Nadie sabía de dónde había sacado los caracoles, pero ella decía que los espíritus le contestaban todo lo que ella les preguntaba. Algunas veces la consultaban las sirvientas de otras familias, siempre a escondidas de don Julio y doña Ana.

Al fin se había quedado sola. Con el aroma de Alfonso aún dando vueltas en su cuerpo, cerró los ojos y recordó cada una de las emociones vividas hacía solo un par de horas. Amaba a ese hombre y estaba segura de que quería pasar el resto de su vida con él. Jugeteó con su imaginación hasta escuchar a Blanca reclamándola para la cena.

Desganada, se vistió y Blanca cepilló sus rulos con aceite de almendras, para luego trenzarlo. Ella solo pensaba en volver a compartir un rato con Alfonso.

—¡Ay, Blanca!, me tirás el pelo —se quejaba Rosalía.

—Los caracoles de Arusi no mienten *jamá*, dicen que está en problemas, así que cuente nomás —decía Blanca preocupada por su niñita.

—Nada... ¿qué más dicen?

—Que la nube negra está llegando *aurita nomá* —agregó Blanca con la voz temblorosa.

—No, nada que ver, estoy pasando por uno de los momentos más felices de mi vida, así que salí de acá con tus malos augurios, gordita metida —dijo Rosalía restando importancia a los comentarios de Blanca.

—¿Ha visto que algo anda pasando?

—Blanca, conocí al hombre de mi vida. ¡Ojo, lengua larga, no vas a decir nada a nadie o te corto las orejas!

—¡Claro que no!, y ¿quién es el mocito? *Usté* con un hombre, no me la cuente...

—Después te cuento y de paso me averiguás algunas cosas con tus amigas. Vamos a la mesa que es tarde —dijo Rosalía dejando a Blanca boquiabierta y totalmente intranquila.

Ya sentados todos a la mesa, Arusi comenzó a servir la sopa, ayudada por las otras sirvientas y siempre atenta a la conversación.

—Hoy a la madrugada nos vamos a Córdoba —anunció don Julio sin mucho preámbulo.

—¡Sí!, ¡me encanta, ya mismo preparo mi baúl! —dijo Juana emocionada.

—¿Qué? —preguntó Teresa con preocupación.

—¡Yo me quedo! —dijo Rosalía con una sonrisa de ensueño.

—Creo que no entendieron. Mañana todos, incluidos los sirvientes, nos vamos a Córdoba, no pienso discutir esto con ustedes, les pido que acomoden sus cosas para partir temprano. La indiada está atacando por todos lados.

Doña Ana nunca discutía las decisiones de su esposo, además le fascinaba ir a Córdoba; no pudo disimular su sonrisa al recibir la noticia.

—Padre, yo me quedo —insistió Rosalía.

—Querida, tu padre ya dijo que nos vamos todos —dijo doña Ana, preocupada ante una posible discusión en la mesa.

—No, yo no voy —agregó Rosalía parada y casi desesperada cuando entendió que se iban sin saber cuándo regresarían, ¿qué pasaría con Alfonso...? no podía avisarle nada.

Don Julio, exasperado ante la rebelión de su hija, la envió a su cuarto a la mitad de la cena.

—¿Qué pasa? —preguntó Blanca ingresando detrás de Rosalía que no paraba de llorar—. Se sienta ahí, y me cuenta qué pasó hoy a la tarde —agregó la chaperona sin dar lugar a otra opción.

—Blanca, es que estoy enamorada, y si me voy sin avisarle no lo voy a ver nunca más en mi vida.

—*M'hija*, si *vamo pa'* regresar, como siempre. ¿*Usté* enamorada...? No mienta.

—Sí, pero no sé nada de él, y si no le aviso va a creer que no me interesa más y se va a olvidar de mí para cuando regresemos.

—No *m'hija* —decía la mulata mientras le acariciaba la cabeza y le recogía las lágrimas con un pañuelo—. Los hombres son más *fiele* al amor que las mujeres. ¿Quién es ese mocito? ¿Quién me la sacó de los libros *pa'* meterla en las amarguras del amor?

—Se llama Alfonso Cornejo y acaba de llegar de España, es más, es español y vive en una estancia que está cerca de aquí pero no sé muy bien para qué lado... No la había visto nunca.

—¡Dios me valga!, nos *liberamo* de los salvajes y *usté* los trae...

—No, no. Es un misionero, está aquí para ayudar, aunque te cueste creerlo, esto también es posible.

—Mmmmmh, igual no se *priocupe* que el mocito la va a esperar, si le cruzó los ojos, no me la va a *olvidá jamá*.

Blanca comenzó a preparar el baúl con los vestidos de Rosalía mirándola de reojo. “No me la habrá *desgraciao* este infeliz...”, pensaba.

Teresa había salido, seguramente para averiguar qué estaba pasando y Juana cantaba mientras preparaba su baúl. A Juana le gustaba mucho viajar a Córdoba, allí se sentía feliz, salía a pasear y la invitaban a las tertulias.

Esa mañana la familia madrugó y ya estaba apostada al frente de la casa la volanta tironeada por los caballos y el refuerzo enganchado en la parte trasera; los baúles y las cajas viajaban junto a Blanca, Arusi y dos peones. Detrás, estaba el coche donde se desplazaba la familia. En la cabecera de la caravana iba Eliseo en su potro y varios de los peones que oficiaban de guardia en la estancia.

Don Julio había dejado organizada toda la peonada con el segundo de Eliseo, Jorge, y su ayudante. Eran dos criollos guapos que Eliseo había rescatado desde chiquitos, y les había enseñado todo el trabajo del campo, la siembra y el ganado, ya que siempre que sus patrones viajaban a Córdoba, él iba con ellos.

Protestando por el frío y el horario, las niñas, junto con doña Ana, se acomodaron en el coche para la partida. El traqueteo comenzó enseguida y apenas amanecía, se cruzaron varias veces con pequeños grupos aislados de soldados armados. Eso ponía muy nervioso a don Julio, no había lugar seguro. Si no era por la presencia de los soldados, eran los indios o alguna disputa política.

A tranco rápido y haciendo solo las paradas indispensables y algún cambio de caballo, seguía el viaje. El ambiente se sentía tenso. La idea era llegar a Córdoba lo antes posible.

A la mitad del camino se encontraron con otra volanta que transportaba dos familias y se unieron a la expedición. Don Julio, atento a todo, decía que viajar juntos era mejor. Más adelante se sumó la caravana de los Cabrera.

El trayecto era el mismo que hacía siempre la familia Ramírez, sin embargo esta vez había resultado más tedioso, largo y pesado, pero tranquilo. Al fin, llegaron a Córdoba.

CAPÍTULO 6

LA MUERTE LLEGA DE VISITA



La familia Ramírez ya estaba instalada en su residencia El Descanso, en Córdoba. Blanca se encargó de acondicionar las habitaciones rápidamente para pasar la noche. Al otro día pondría la casa en funcionamiento. Todos estaban tan cansados que hasta las palabras estaban ausentes.

La mañana siguiente amaneció fría y gris, don Julio salió tempranito sin aviso, y doña Ana dispuso todo para que luego del almuerzo fueran caminando, como de costumbre, hasta la Catedral.

Blanca salió a buscar a las otras sirvientas que trabajaban en la vivienda cuando la familia llegaba a la ciudad. Arusi ya había ventilado las habitaciones y estaba esperando la ayuda para terminar de acomodar la casa y Eliseo les había enviado un peón con la leña para el fogón y los braseros.

Cuando Blanca llegó con Tomasa y Manuela, dos chiquillas hermanas que durante el día colaboraban con las tareas domésticas, la casa ya estaba funcionando. Doña Ana, con la ayuda de Arusi, había completado gran parte del trabajo. Blanca asistía a doña Ana para desarmar los baúles y acomodar los vestidos, junto con las chicas, que de poca gana colaboraban.

Rosalía, apenas pudo, se dedicó a recorrer la casa; era su segundo hogar, allí pasaban las vacaciones y algunos meses en el invierno. Le gustaba tanto estar en aquel lugar como en Villa de Tulumba. Juana cantaba y ya estaba organizando encuentros con las chicas Cabrera, mientras Teresa conversaba con su madre sobre la organización de la casa y las próximas salidas a pasear.

Afuera, las calles lucían vacías, las tapias estaban salpicadas de color sangre, muy pocos criollos haraganeaban en alguna esquina. Solo el hedor a muerte y dolor. El poblado estaba raro y su gente se veía desconcertada.

Llegó la hora del almuerzo y Arusi ya tenía listo el puchero, pero don Julio no aparecía. Doña Ana decidió que se comenzara con la comida, así que luego del plato principal vino la sopa, y de postre, los churros calientes con jalea de membrillo.

Sentadas alrededor de la mesa, comieron en silencio. Luego, cada una se retiró a su descanso y a buscar las mantillas para ir hasta la iglesia más tarde.

Sin noticias de don Julio, se dispusieron a emprender la caminata hasta la Catedral. El día se

había puesto más claro, había un silencio extraño en el ambiente que las mujeres no lograban descifrar. Tomadas de los brazos, doña Ana y sus tres hijas salieron.

—Madre, no hay gente en la calle, es raro... —dijo Teresa.

Doña Ana comenzó a darse cuenta de que había sido un error salir sin haber esperado a su esposo, cuando sus pensamientos fueron interrumpidos por un jinete que pasaba a todo galope gritando:

—¡Atacan el fuerte!, ¡atacan el fuerte!

Las cuatro mujeres quedaron paralizadas por el miedo en el medio de la calle empedrada sin comprender qué estaba pasando.

—¡Volvamos a la casa ya! —dijo Teresa, tomando las riendas de la situación.

Corriendo una detrás de la otra, emprendieron el regreso. De golpe, las calles se poblaron de jinetes. Algunos eran militares, otros indios... Comenzaron a retumbar los estruendos de los cañones. ¿Qué estaba pasando? Fusiles, gritos y galopes de caballos asustados, enloquecidos.

El poblado cordobés había quedado despojado de humanos. Aroma de sangre y desgracia se podía sentir en el ambiente. Las cuatro mujeres, arrastrando sus mantillas, sin dejar de correr, volvían a su hogar. No comprendían qué estaba pasando. ¿Cómo no les habían avisado? ¿Quiénes estaban irrumpiendo de esa forma?

Cuando llegaron, Arusi ya estaba esperándolas con el portón abierto, confiando en que regresarían. Corrieron a la sala mientras la peonada aseguraba las puertas y cargaba las armas. Algo estaba pasando. “¿Pero qué sería?”, se preguntaba doña Ana disimulando el miedo que le carcomía las entrañas.

—¡Es el Tigre!, ¡nos *vamo a morí* toditos! Lo que me contaron de los “capiangos” (así le decían a los soldados e indios de Facundo Quiroga) es *tuito verdá*. ¡Nos van a degollar vivos!, ¡mis caracoles *no miente jamás*! ¡Ay mi Dios!, ¡*ayúdano*! —repetía Arusi, atrapada por el terror y abrazando sus caracoles envueltos en un paño de terciopelo rojo.

—¡Callate, negra! —le decía Teresa tratando de calmarla.

Eliseo se había encargado de cerrar bien toda la casa y montar guardias, le habían comentado que Quiroga, acompañando a Bustos, estaba destrozando la ciudad con sus hombres y algunos indios que lo ayudaban... Habían sorprendido a Córdoba con su furia.

Doña Ana empezó a preocuparse cada vez más por su marido, que no había aparecido en todo el día, no sabía dónde estaba ni con quién. Esa costumbre que tenía de no participarla de las “cosas de hombres”, como siempre decía. Ahora ella no sabía, ni siquiera suponía, dónde podía estar...

Se juntaron todas a rezar en la sala, sobresaltándose con cada cañonazo y con los gritos que venían de la calle.

Doña Ana dejó a las mujeres y cruzó el patio hasta donde estaba Eliseo.

—Eliseo, algo está pasando con mi esposo, no ha dado señales, anda a buscarlo, por favor, tráeme noticias —ya no podía contener la desesperación, no sabía qué hacer en esa situación.

—Sí, doñita, quédese tranquila que yo lo voy a camppear.

Eliseo preparó su caballo y salió por el portón de atrás de la casa saludando a doña Ana con su chambergo y armado hasta los dientes.

—¡Dios lo acompañe! —le gritó doña Ana. Estaba tan asustada... ¿Cómo su esposo no la había preparado para esto? Si sabía que se venía tan fuerte, ¿por qué las había traído a Córdoba a

exponerlas ante la muerte? Tantas preguntas que no lograba ordenar en su mente. Cada cañonazo le crispaba el cuerpo. No había lugar donde no se escuchara el griterío de mujeres desesperadas, los caballos trinando contra el piso y los disparos de fusil. ¿Qué le pasaba a su Córdoba querida?

Doña Ana regresó junto a sus hijas.

—Mis caracoles dicen que la muerte nos visita, doñita —decía Arusi envolviendo con sus manos el paño rojo—. Los tiré tantitas veces y siempre me sale que nos va visitar la muerte. Mi Dios del monte *mi acuñe*...

—Anda a preparar tu té, por favor... y guarda por un rato esos caracoles —le dijo doña Ana con el fin de calmar un poco a la negra que estaba desesperada por sus predicciones. Si bien Arusi siempre se cuidaba de exponerse ante doña Ana con “su brujería”, en esta oportunidad estaba tan asustada que ni se dio cuenta.

Teresa y Juana trataban de entender lo que estaba pasando, mientras recorrían la casa asegurándose de que todo estuviera bien cerrado y los guardias en sus posiciones.

Rosalía, apostada en la mesa de la cocina, con la cabeza entre sus brazos, no dejaba de pensar en la suerte de Alfonso y en que no había podido avisarle que se iba de viaje. También le preocupaba que don Julio no regresara y cavilaba acerca de cómo había cambiado su rutinaria vida estos últimos días.

Teresa entró en la cocina y le dijo angustiada:

—Rosalía, estoy intranquila por Francisco, debe estar como loco... ¿Quién ataca, dónde está? ¿Dónde está papá?

—Ay, Teresa, ellos nos están matando... este sería su momento de gloria —contestó Rosalía levantando la mirada hacia su hermana—. Y a ver cuándo vas a aceptar que él tiene su novia y que no te quiere ni ver. ¿Cuándo vas a dejar de mirar para otro lado, Teresa? Francisco está enamorado de Clara, no de vos.

—Malvada, mala... lo amo y lo voy a esperar, algún día se va a dar cuenta de que existo —contestó sollozando Teresa sorprendida y triste de escuchar lo que Rosalía le estaba diciendo. Era verdad, pero de eso no se hablaba, jamás.

—Admiro tu optimismo, hermana, y espero que se cumplan tus deseos de amor. Perdóname, pero me parece tan injusto que ames tanto a alguien; toda la Villa lo sabe menos él —la seguía increpando Rosalía.

—¡Mamá! ¡Mamá! —las interrumpió el alarido desesperado de Juana que venía de afuera.

Ambas hermanas cortaron la conversación y corrieron en dirección a los gritos, que sonaban desgarradores. Cruzaron los dos patios y quedaron paradas frente al portón que daba a la calle, abierto.

El panorama parecía un cuadro de mal gusto: Juana, con su vestido manchado de sangre e inclinada en el piso, abrazaba el torso de su padre muerto. Al ver la escena, doña Ana salió corriendo y cayó de rodillas junto a ambos.

En ese momento, un puñado de insurgentes doblaba por la esquina agitando sus boleadoras y apuntando sus fusiles... Cuando Teresa los vio, se abalanzó cubriendo el cuerpo de Rosalía y la arrastró a un costado, mientras veían cómo, de un golpe seco, boleaban a su madre en la frente dejándola muerta, tendida al lado del cuerpo de don Julio.

—¡Muerte al unitario! ¡Muerte al unitario! —gritaban exasperados los salvajes con vinchas coloridas, otros con chambergos, mientras seguían arrasando, levantando sus potros en dos patas

alrededor de la victoriosa muerte, tomando sin escrúpulos las vidas de inocentes, con las miradas inyectadas en sangre.

Rosalía cayó sentada al piso sin poder dar crédito a la masacre que acababa de presenciar. Entonces Blanca la levantó de un tirón y, junto con Teresa y Juana, entraron a la casa, mientras Eliseo y algunos peones trasladaban los cuerpos sin vida del matrimonio.

—Eliseo, aseguren toda la casa y los caballos. ¡Rápido! —decía Blanca tomando las riendas de la situación—. Estos salvajes pueden *vení* por las gurisas.

Arusi preparó un poco de su té y lo repartió junto con brandy entre lágrimas y dichos en una lengua que nadie entendía... su idioma natal.

El día se retiraba sanguinolento, las tres hermanas Ramírez estaban sentadas en la sala, en el mismo sillón, tomadas de la mano, mirando al vacío y tratando de comprender lo sucedido. El crepitar del fuego hacía coro con el llanto de las muchachas. No podían pensar. Eliseo convocó a Blanca y Arusi. Tenían que hacer algo, estas niñas estaban solas.

—¡Qué desgracia, no puedo creer que estén muertos! ¡Muertos! —repetía Eliseo.

—Nos cayó la maldición en la cabeza. *¿Qui vamo hacer?* Pobres mis niñas, no van a encontrar el consuelo *jamá*.

—Nos *vamo a ordená* y no *vamo* a dejar *sola* a las niñas. *Vamo* a hacer lo que hubieran hecho los amos —dijo Eliseo con determinación y los ojos llenos de lágrimas.

Se pusieron en marcha los tres, con el corazón destrozado, pero totalmente enfocados en las tres muchachas que acababan de quedar huérfanas.

Pasaron la noche todos juntos en la cocina, a la luz de las bujías y algunas velas de sebo, sobresaltándose con cada tiro, correteada y cañonazo. Eliseo había traído las armas de don Julio y las había repartido entre la peonada, organizando rondas por toda la casa. No tenían idea acerca de lo que estaba pasando afuera, solo los gritos y los tiros, matizados con algunos cañonazos, les indicaban que las cosas no estaban bien.

—¿Qué es ese ruido? ¿Alguien entró a la casa? —preguntó Arusi, que parecía que se moría cada vez que percibía un sonido desconocido.

—Es Eliseo que se fue hasta la casa de los Cabrera a buscar ayuda y para averiguar qué está pasando, debe estar regresando —contestó Teresa—. Eliseo, ¿qué pasó? —preguntó al verlo llegar.

—*Tuitos* muertos... Debemos irnos enseguida de aquí. Esto está muy mal, los “capiangos” están ayudados por algunos indios y están barriendo con *todita* la ciudad.

—¡Culpa tuya! —le gritó Rosalía a Teresa. Vos y tus amados Reinafé, ellos mataron a papá y mamá —rompió en llanto, pegando con sus puños a la pared, mientras Juana trataba de contenerla. Teresa observaba sollozando en silencio.

—Esta guerra no es culpa nuestra —dijo Eliseo calmado a las hermanas—. Esta guerra es porque en vez de hablar, como decía don Julio, *pa'* ponerse de acuerdo en algo, estos salvajes se matan, y entre ellos caemos nosotros. Me contaron que les dieron unos animales y licores a los indios para que ayudaran al Tigre. Cosa *e' mandinga*.

—¿Qué vamos a hacer? ¡Nos van a matar a todos! —exclamó Juana.

—No, niña, mañana apenas alumbre el sol, nos *vamo pa'l* campo —contestó Eliseo.

Manuela y Tomasa se habían quedado en la casa de los Ramírez, y bajo la mirada de Blanca, habían limpiado los dos cuerpos para cambiarlos. La ropa la eligió cuidadosamente Blanca en

compañía de Arusi y Teresa.

Doña Ana y don Julio parecían dormidos en su cama matrimonial, apenas iluminados por una vela de sebo, escoltada por un rosario, y la estampa de una virgencita.

Entrada la noche nadie quiso comer; solo mate y alcohol para aminorar la angustia y el dolor. Juana lucía confundida, aún no daba crédito a la muerte de sus padres y divagaba sola por la casa buscando respuesta a tanta desgracia. Rosalía sentía un nudo en el pecho que no le permitía respirar, su amado padre y su amada madre habían sido brutalmente asesinados en medio de la calle, en su querida Córdoba. Teresa cargaba con sus culpas en silencio. Culpa por estar enamorada de Francisco Reinafé, sabiendo que él correspondía a otro amor, culpa por la muerte de sus padres, culpa por todo.

A la mañana siguiente, Eliseo eligió unos peones y salió bien temprano a ver cómo estaba el asunto en la ciudad. Los tiroteos seguían, las sirvientas venían con todo tipo de comentarios. Córdoba estaba desgraciada, el hedor de sangre y frío producían vómitos entre los transeúntes.

Al regreso de Eliseo decidieron esperar un día más. Aparentemente Paz, que había estado esperando a Quiroga por el otro lado, había llegado y les estaba ganando la batalla; eso cambiaría las cosas en el poblado. De todas maneras, no era momento para movilizarse. Esa fue la conclusión a la que arribó Eliseo que estaba tan confundido... No era lo mismo estar de acuerdo o no con las decisiones que tomaba don Julio, que tener que tomarlas él. Se sentía muy responsable y se había tomado el asunto con absoluta seriedad.

Blanca se encargó personalmente de vestir a don Julio y doña Ana. Las muchachas no daban crédito a lo sucedido; el matrimonio recostado en la cama con un rosario entre las manos... muertos. Blanca renovó la vela de sebo. Invitó a las niñas a que agregaran velas para sus padres, acompañadas de oraciones, y cuando Arusi quedó sola hizo un ritual cantando delante de los finaditos para espantar los malos espíritus de la muerte, humeando incienso y ruda.

Llegado el mediodía, Arusi preparó la mesa de la sala para el almuerzo, como siempre, pero Rosalía le pidió que dejara todo:

—Hoy almorzamos todos juntos en la cocina, está más calentito —agregó la joven.

Teresa y Juana no objetaron la decisión de la hermana, marcharon a la cocina y allí, en una mesa redonda, se sentaron todos, la peonada y las niñas Ramírez, tratando de comer algo. Arusi trajo locro caliente con salsa roja arriba y pan de ajo. La comida quedó casi intacta sobre la mesa, nadie podía probar bocado. Juana aún llevaba el vestido con las manchas de sangre de don Julio, así que Teresa la tomó suavemente por los hombros y la llevó al baño que estaba detrás de la cocina. Ya estaba la tina llena de agua caliente, la ayudó a desvestirse y, con mucha delicadeza y pocas palabras, le frotó la espalda con una esponja, como queriendo borrar las manchas de sangre de su padre muerto.

Luego la ayudó a cambiarse y la acompañó hasta la cocina donde aún estaban todos, le sirvió un poco de mate cocido y se quedó observando que se lo tomara. Juana apenas se sentó, recorrió a todos con la mirada y se echó a llorar sin consuelo, Blanca se acercó sutilmente y la rodeó con sus brazos, besando su cabellera y acunándola como cuando era una bebé.

Teresa, Juana y Rosalía fueron a la habitación donde estaban los cuerpos de sus padres y comenzaron a rezar un rosario. Enseguida se unieron los sirvientes y Eliseo que participaba desde el quicio de la puerta; él también se sentía aturdido sin don Julio.

Ya comenzaban a llegar los parientes más cercanos. Horrorizados con la noticia y asustados

por lo que estaba pasando, todos aconsejaban a las chicas con diferentes recomendaciones. Ellas tres solo querían estar solas. Estaban confundidas, no comprendían muy bien lo que estaba pasando. Ver a sus padres allí, en la cama, muertos, era algo que les costaba asimilar. Los cañonazos sonaban permanentemente, mientras las tres lloraban abrazadas. Luego de un rato, Teresa se incorporó y lentamente se arrimó a la cama donde yacía el matrimonio; con su mano acomodó el cabello de doña Ana y rozó los labios sobre su frente fría, lo mismo hizo con su padre. Enjugando las lágrimas, se dirigió a la puerta seguida por sus hermanas, dejando a los conocidos que llegaban que pasaran a despedirse de sus padres. Ya no querían escuchar más a nadie.

En la cocina, Arusi, con el fuego y las ollas, parecía un espectáculo, mientras que Blanca iba y venía seguida de Manuela y Tomasa. Antes de que el sol se fuera, empezaron a organizar la noche. Dejaron varias velas prendidas en el cuarto de don Julio y doña Ana, y se fueron todos a la cocina. Allí, mientras Arusi no paraba de preparar comida, Blanca y Eliseo escuchaban atentos los comentarios de los peones que hacían la guardia de la casa. Los parientes, luego de ofrecer sus casas a las niñas Ramírez, se iban marchando, preocupados por los suyos.

Teresa agradecía a todos los que pasaban por la casa y cuando podía, excusaba a sus hermanas. El cuñado de don Julio ya se había encargado de todo lo que tenía que ver con el sepelio.

—Sería bueno que descansáramos un rato —dijo Teresa mirando a sus agotadas hermanas recostadas sobre la mesa.

—Ya preparé la cama grande *pa'* las tres —agregó enseguida Blanca. Era una buena oportunidad para que descansaran un rato, entre las visitas de los parientes y amigos durante el día, y la preocupación del devenir, las chicas lucían francamente demacradas.

Rosalía no emitía sonido, tomó de los brazos a Teresa y a Juana e ingresaron a la habitación que ya estaba dispuesta: un pequeño candil sobre una mesita y un brasero chispeante cerca de la ventana. Así vestidas como estaban, las tres se tumbaron en la cama agarradas de las manos. Al rato, ingresó Blanca con una manta y la depositó sobre las muchachas.

Ya entrada la noche, se escucharon varios golpes en el portón principal. Las tres, al mismo tiempo, quedaron sentadas en la cama, se levantaron y se juntaron en el patio con Blanca, que venía con su fusil en la mano; Eliseo llegaba detrás. Enseguida envió a las niñas adentro y se adelantó con Blanca.

—Blanca, soy Lorenza, abrí rápido por favor.

Enseguida abrieron la puerta dejando entrar a Lorenza. Estaba pálida y con los labios morados del frío. Eliseo tomó su caballo y cerró el portón. Blanca mandó a preparar ropa de lana, agua caliente y algo fuerte para tomar, mientras Teresa recibía a su amiga.

—¿Qué haces acá, Lorenza? —preguntó Teresa.

—Me enteré de lo que pasó con don Julio y doña Ana, lo lamento tanto... Todavía no puedo creerlo. Quiero que sepan que si logro sobrevivir me voy al campo, y pasaré por La Esperanza para ver que esté todo bien. También les quiero pedir que no regresen por ahora, la cosa va a empeorar —respiró profundamente y se tomó de un sorbo el té que le sirvieron—. Hay que esperar unos días hasta que esto pase. Les traje más armas para que tengan, seguro Eliseo las puede manejar. Nadie mejor que yo para saber qué se siente cuando quedás huérfana en un minuto... —continuaba Lorenza muy apenada por la desgracia de sus amigas.

—¿Y Francisco, está bien? —preguntó tímidamente Teresa.

—Está en el fuerte con su tropa, está muy agitado con esto. Tenés que olvidarte de él, sabés que su corazón ya está comprometido... Me duele ver cómo dedicás tu tiempo para él. Vos, justo vos, que sos una mujer tan entera, tan hermosa —decía Lorenza, tomando las manos de Teresa.

Todo el mundo le decía lo mismo. ¿Acaso ella era tan tonta que no se daba cuenta? Enseguida vino a su mente aquella cena en el último verano. Habían conversado animadamente, pero claro, solo habían sido intercambio de palabras. A partir de ese momento Teresa no pudo dejar de pensar en él y de averiguar cada paso que daba. Ella había sentido algo especial en su mirada, pero tal vez solo se trataba del reflejo de su propia mirada...

—¿Conocés a los Cornejo? —interrumpió Rosalía, aprovechando que estaba Lorenza y que como buena mujer de empresa, como le decían en la Villa, sabía todo.

—¿El curita que está en la estancia de Cortez? Bueno, en realidad la familia Cortez donó la propiedad a la orden de religiosos quedando en manos del padre Augusto. Y parece que el otro curita llegó de España, dicen que es misionero, en algo raro anda, siempre se lo ve conversando con los indios, averiguando, preguntando...

Rosalía tomó la copa de brandy que habían dejado para Lorenza y se la bebió de un sorbo.

—¿Es cura? —retomó la pregunta, a ver si la respuesta ahora era diferente.

—Eso dicen, pero la verdad, no sé. Me crucé con él cuando fui con mi hermano a negociar a las tolderías.

Rosalía trató de disimular su desconcierto. Hacía apenas unas horas que habían muerto sus padres y ahora se enteraba de que Alfonso, a quien había entregado su corazón, y lo más grave aún, su honor... ¿era cura?

—Lorenza, esta noche dormís con nosotras, no te vas —sentenció Teresa sin dejar lugar a réplica, viendo el rostro de cansancio y desasosiego de su amiga—. Blanca, encargate de que le preparen una tina caliente, esta mujer tiene un viaje largo a caballo y debe descansar —decía la muchacha y agregó—: pedile a Arusi que le prepare un ungüento para las manos que están todas lastimadas por las riendas y el frío.

Rosalía salió de la cocina, con un candelabro en la mano, cruzó el patio y se quedó parada al lado del aljibe abstraída en sus pensamientos. En su mente se cruzaban las imágenes de sus padres muertos y ahora se agregaba lo que acababa de escuchar de boca de Lorenza. Siguió caminando hasta la habitación donde Juana ya estaba dormida. Sin hacer ruido, se tumbó en la cama luego de apagar la vela.

¿Qué había pasado con Alfonso?, no podía aguantar el dolor en el pecho, que se extendía a todo su cuerpo. ¿Y si Lorenza había entendido mal? Pero era la portadora de la voz más segura que ella hubiera conocido. Nunca mentía, nunca se equivocaba, todo lo hacía bien. No podía decir algo que no era. Cruzó sus manos y empezó a rezar:

—Virgencita querida, si es cura, te juro que no lo sabía, no me castigues más. No te lleses más seres queridos. Mi pecado no fue real, no sabía que Alfonso era cura —repetía en voz baja acompañando el rezo con lágrimas que no dejaban de brotar. La culpa se estaba instalando en su corazón. Ella pensaba que al haber estado en la intimidad con un cura, Dios la había castigado de la peor manera, quitándole a sus padres. Bien merecido tenía su castigo, pero con sus padres... no. Había transgredido todas las reglas con Alfonso. Pero ella no sabía que era cura, le había entregado lo más sagrado que una mujer tenía.

Abrazó a Juana y trató de dormirse con la esperanza de despertar y corroborar que todo había sido nada más que un mal sueño. No podía dormir, lloraba, lloraba y lloraba.

Muy de madrugada Lorenza se fue con su caballo y las recomendaciones de Teresa. Se había comprometido a pasar por la estancia de los Ramírez. Eliseo la hizo escoltar hasta la salida de la ciudad.

El sol también estaba triste, escondido detrás de las nubes, pesadas de frío y llovizna. Eliseo se hizo presente en la cocina y anunció:

—Llegó Paz y dio vuelta la historia, los “capiangos” salieron corriendo, solo quedaron algunos indios dando vueltas por la ciudad. Son las últimas noticias. Tal vez podamos regresar al campo en algunos días. Dicen que todo está regresando a la normalidad.

—No creo que sea conveniente —intervino Teresa— si mataron a papá y a Cabrera es porque creen que eran unitarios, al menos aquí con Paz al mando estamos más seguros que en el campo.

Pero ¿por qué los tildarían de unitarios? Si don Julio no había declarado ninguna acción política... muchas respuestas se habían ido con él.

Eliseo estuvo de acuerdo en que se quedaran en Córdoba un tiempo “hasta que aclare”, como decía siempre. Lo mismo le habían pedido los parientes más cercanos, que no se fueran enseguida. ¿Qué harían las muchachas solas en el campo?

Estaban listos todos los arreglos para el entierro de don Julio y doña Ana. El padre Pedro estuvo presente en todo momento junto a la familia. Rosalía y sus hermanas destrozadas, escépticas de lo que les acontecía, eligieron la ropa para don Julio y doña Ana. Ellas improvisaron el luto con vestidos y mantillas negros, mientras que Juana le restó importancia al color. Estaba desconsolada.

Se preparaban para acompañar a sus padres hasta la sagrada sepultura, incrédulas de su destino. “¿Por qué no se habían quedado en el campo?”, pensaba Juana, quien también se ponía la culpa de la muerte de sus padres a su espalda. Tal vez si ella no hubiera estado siempre molestando para que la trajeran a las tertulias, tal vez... todavía serían una familia completa. La impotencia de no poder cambiar las cosas, de no poder volver el tiempo para atrás, la torturaba. No podía aceptar que sus padres estaban muertos, por nada.

El padre Pedro estaba consternado ante la situación y no encontraba las palabras de consuelo para la familia. Sus dos amigos habían muerto de la forma más absurda. Sin motivos aparentes, sin darse cuenta de que iban a morir. Dejando, sin querer, a sus tres hijas a la deriva de la vida.

La caminata hasta la iglesia con ambos féretros escoltados por los amigos y familiares, parecía un cuadro mal pintado. Entre los manchones de sangre en algunas casas y los grupos de mirones armados reunidos en las esquinas, las hermanas Ramírez avanzaban junto a Eliseo, que nunca dejó de estar ojo avizor a algún movimiento raro. El dolor estaba dentro de los corazones y también afuera, lo que se veía era tremendo, el frío engarrotaba el desasosiego.

La mirada chismosa y oscura detrás de las ventanas entreabiertas los acompañaba en la procesión. Llegando a la Catedral se toparon de frente con un pequeño grupo de gauchos con quepis que venían a toda velocidad. Ante el panorama, los jinetes frenaron sus caballos y se quedaron a un costado, con los sombreros apostados en el pecho, rindiendo culto a los finados. Rosalía sentía el impulso de acusarlos, saltar encima de ellos y vengar a sus padres, cuando sintió el pellizco de Teresa, que por supuesto, le adivinaba el pensamiento.

—¡Está bien!, ¡está bien! —la tranquilizó Rosalía.

La misa la oficiaba el padre Pedro, estaba atribulado y sus palabras salían como podían, afuera la llovizna rezaba dolor, adentro, el hedor de la muerte empalagaba la rabia.

Luego del entierro, el padre Pedro, los parientes y algunos amigos cercanos escoltaron a las hermanas hasta la casa. Allí Arusi había preparado todo tipo de comidas y bebidas.

—Hay que calentar el corazón, se me han convertido en almas en pena mis niñas — decía.

Apenas entrada la noche se quedaron solas. Y a pesar de la insistencia de Blanca y Arusi, Rosalía, Teresa y Juana no comieron nada, solo bebieron algo, y luego cada una por su lado y con sus pensamientos, se retiraron con una vela de sebo en la mano. Debían aceptar que la desgracia las había elegido y que la muerte había tocado la puerta de la familia Ramírez de la peor forma... dejando sin consuelo a sus tres queridas hijas.

CAPÍTULO 7

LA CULPA DEL AMOR



Rosalía se sentía culpable, engañada y triste. No encontraba consuelo en nada, hasta rezar le daba vergüenza por haber estado en la intimidad con Alfonso. Pensó en hablar con sus hermanas y contarles, pero ellas ya tenían demasiado con la muerte de sus padres, Teresa estaba entendiendo que su amor por Francisco, era justamente eso, suyo. Francisco la quería como una hermanita menor, nada más. Y Juana, era muy pequeña aún... Tenía que resolver ella misma su situación. Lo pensó mucho. Tenía que regresar al campo, encontrarlo y aclarar la situación con Alfonso. Algo no encajaba. Tenía que saber la verdad, la pura verdad. Y de boca de él. No podía creer lo que le había contado Lorenza... Viajaría. Sola. No iba a involucrar a sus hermanas. Tenía que averiguar cuándo salía una diligencia. No podía enterarse nadie.

Teresa, sin proponérselo, comenzó a tomar el lugar de doña Ana. Era muy parecida a ella, incluso físicamente. Era morocha, alta y de buen semblante. Junto a Blanca y Arusi ordenaron el funcionamiento de la casa y las comidas. Cuando se quedaba sola lo llamaba a Eliseo para preguntarle cómo seguirían en el campo. El capataz le daba tranquilidad, le contaba que don Julio no tenía secretos con él. Que la pondría al tanto de todo, seguro le iba a gustar. Ella, al ser hija de don Julio, tendría en algún lugar de su corazón el amor por el campo...

En cambio, Juana no encontraba consuelo, andaba, como decía la negra Arusi, “como alma en pena por la casa”.

Por su lado, Rosalía ya había averiguado todo. Al día siguiente salía de la plaza una diligencia que pasaba por Villa de Tulumba, así que enseguida se aseguró un lugar para viajar. No le avisaría a nadie, se iría sola. Demasiado dolor había ya en la familia y ella se sentía culpable por haber pecado tan gravemente, se condenaba por la desgracia, necesitaba aclarar el asunto sin descanso. No sabía si lo que estaba haciendo era lo correcto, pero lo haría igual.

Esa noche se acostó vestida para no hacer ningún ruido al irse bien temprano. Por supuesto, no pudo pegar un ojo. Las ideas se contradecían en su mente.

Se levantó y se abrigó bien en absoluto silencio. Le costó mucho escabullirse de Eliseo y toda la guardia de la casa. Pero al fin, salió. Caminó rápidamente bajo la tenue luz de las farolas, con las manos cruzadas bajo el chal, y mirando el empedrado, llegó hasta el lugar de partida. Allí

estaban todos listos esperándola. El cochero la ayudó a acomodarse quedando justo frente a un señor de edad avanzada; el aroma del alcohol mezclado con el tabaco barato le revolvió el estómago. No había nadie más adentro del coche, el resto eran baúles y bolsas con mercadería. La diligencia salió escoltada por cuatro jinetes, dos de cada lado.

Rosalía pensaba en sus hermanas cuando fueran en su búsqueda y solo encontrarán la carta que les había dejado explicando su viaje. Y también la cara de Alfonso cuando ella le dijera que sabía toda la verdad, que era un mal cura que había abusado de ella. Apenas llegase, iría a la estancia por un caballo y lo buscaría hasta encontrarlo.

Inmersa en sus pensamientos no se percató de que ya habían salido de la ciudad, estaban en camino. Sintió un escalofrío que le recorría el cuerpo, si don Julio estuviera vivo jamás aprobaría ese viaje y menos en esas condiciones, sola, con desconocidos... pero ella debía ver a Alfonso, debía sacar la desgracia de su alma.

Apenas habían viajado un par de horas, el sol desayunaba sobre el horizonte y el camino desierto. Rosalía, estremecida de frío, observaba por la ventanilla del coche, desde niña disfrutaba ese viaje y los recuerdos empezaron a empañar sus ojos.

No se había dado cuenta del paso del tiempo, el sol ya estaba arriba cuando de repente el coche frenó abruptamente dejando a Rosalía casi sobre el caballero que viajaba frente a ella. Se miraron, y se quedaron esperand algo. Pero no pasaba nada. Silencio.

Bajaron del vehículo y se dieron cuenta de que estaban completamente solos, todos habían desaparecido, Rosalía no entendía nada, miró al caballero implorando alguna respuesta a la situación, cuando escuchó el zumbido, levantó la vista y los vio, eran muchos, ocupaban toda la carretera y varios metros hacia los extremos.

—¡Indios, corramos! —fue lo único que dijo el forastero empezando a correr y desapareciendo en el monte. Rosalía quedó inmóvil en el medio del camino mirando fijamente el malón que venía justo hacia ella.

CAPÍTULO 8

EL VIEJO MUNDO



Inés lo miraba. En lo más profundo de su corazón no quería que se vaya. Pero sabía que no podía detenerlo. Apoyarlo en esta decisión de viajar al nuevo mundo era otra forma más de demostrarle su amor.

—No creo que sea buena idea, viajar solo, a un país que aún no encuentra su identidad, un sitio donde se están matando entre ellos —decía doña Inés.

—Madre, cuénteme de nuevo, ¿cómo fue? —pedía Alfonso.

—Hijo querido... Bueno, sabes que yo vivía en Buenos Aires. Ese día... ese día escuché detrás de la puerta que mi padre me había vendido en matrimonio a un hombre que me triplicaba la edad. Cuando yo le pedí que por favor me dejara elegir mi propio marido, no quiso escuchar razones, ese casamiento le convenía económicamente, y mi madre, pobrecita, nunca decía nada. Tenía poco tiempo para elegir qué hacer: o pasaba el resto de mi vida al lado de ese anciano que me había elegido como marido, o me escapaba, o me mataba, y así le daría una lección a mis padres, cualquier cosa pero nunca casarme con el viejo. Hasta que tomé la decisión, me escaparía lejos, muy lejos, donde no pudieran ir a buscarme y donde no se imaginaran que podía estar, comenzaría mi vida de nuevo, en otro lugar mejor. Caminé mucho por el recibidor, era el lugar donde salían las canoas cargadas con toda la mercadería de contrabando, la subían al barco y adiós. Hasta personas comercializaban. Todo salía de allí.

Doña Inés hizo una pausa, suspiró y luego siguió con el relato:

—Lloré mucho, pero al fin tomé la decisión, me subiría en algún barco y aparecería en Europa, seguro sería mejor que en Buenos Aires. Comencé a investigar todo. Qué había que hacer para conseguir los pasajes, cuál era el precio que había que pagar. Los horarios de salida, cómo pasar las inspecciones, quién controlaba las canoas que acercaban al barco —contaba doña Inés y Alfonso, que ya había escuchado esta historia tantas veces, se emocionaba igual que la primera vez. Continuó:

—Pregunté mucho, pero bueno, igual era mejor opción irme que quedarme a enfrentar mi destino. Conseguí todos los papeles necesarios, tuve mucha suerte. Cuando creí que estaba lista, me encomendé a las manos de Dios, preparé un bolso muy pequeño y me fui.

—Cuando estaba por subirme al lanchón que nos acercaría al barco que estaba a punto de zarpar, llegó ella, una criolla indigente con un bebé enrollado en un poncho. Casi me lo tiró en los brazos. “Lléveselo, llévelo con *usté*”, me dijo, y luego desapareció. Fue totalmente inesperado. Me tomó de sorpresa, sin embargo, me subí a la canoa contigo en mis brazos y te miré fijo, desde ese momento supe que nunca te dejaría en ningún lugar, te pedí con el pensamiento que no lloraras hasta que no estuviéramos arriba del barco. Tenía los papeles solo para mí, te abracé fuerte contra mi pecho y con mucho esfuerzo me subí, comencé a sentir el bamboleo de la barcaza... me costaba sostenerme, y mi estómago empezó a menearse, bueno, ya sabes el resto de la historia. Aún rezo todas las noches por el capitán que nos resguardó durante todo el viaje, nunca nos denunció, recuerdo cuando nos enviaba leche tibia para ti, nunca preguntaba nada, era como si hubiese adivinado mi suerte. Se llamaba Alfonso. Te puse su nombre en agradecimiento. Sin su ayuda no sé qué hubiera pasado.

—Voy a encontrar mi origen, madre —cortó Alfonso al ver a Inés atribularse.

—Ten cuidado, querido. Augusto te espera en Córdoba ¿verdad?

—Sí, ya planeamos todo antes de que él partiera, pero igual le mandé una carta. Voy a quedarme un tiempo en su estancia, prometí ayudarlo con algunas de sus empresas... Madre, cuídese. Le prometo que escribiré apenas esté instalado. Y cuando resuelva todo, regreso a su lado.

—Por favor, hijo, preserva tu vida por sobre todo, no tienes idea hacia dónde te estás dirigiendo. No puedo creer que yo escapo de allí y tú regresas. ¿Llevas el poncho?

—Bueno, madre, hoy es distinto, ya es un país de aguas propias como dicen. Y sí, lo llevo, el poncho es mi certificado de nacimiento, siempre va a estar conmigo.

Hacía tanto tiempo que esperaba este momento y al fin había llegado, volvería a su país, por él... y también por su madre.

La situación política en Barcelona estaba compungida, los ataques hostiles de los liberales hacia la nobleza y el clero estaban a la orden del día, y la pérdida de las colonias americanas lo transformaron en un lugar ya no tan agradable para forjar un futuro, así que Alfonso aprovechó el momento para viajar a la Argentina.

Tenía toda la información que su amigo Augusto le había averiguado. Estaba ansioso por conocer el nuevo mundo, ese lugar lleno de aborígenes salvajes, como siempre lo describían, a pesar de la oposición de su madre. Inés no estaba de acuerdo con el viaje, pero él necesitaba saber de dónde venía, cuáles eran sus orígenes, quiénes eran su familia, por qué lo habían sacado del país de esa manera. Su amigo Augusto le había prometido ayudarlo en esta búsqueda tan importante para él.

Inés y su hijo Alfonso nunca contaron su secreto. Desde el día que desembarcaron y quedaron los dos esperando. El capitán del barco que los había trasladado habló con algunos contactos suyos y consiguió un hogar para los dos. “La condesa”, como le decía Inés, les dio un hogar y mucho amor.

Luego de varios años, el hijo de la condesa, don Manuel Cornejo, poderoso hacendado, le propuso matrimonio a Inés. De esta manera sería como un padre y le daría su apellido a Alfonso.

No tuvieron hijos propios, ya que don Manuel falleció dejando a la viuda muy joven, pero con mucho dinero.

Para Alfonso, conocer a Augusto en Barcelona fue un mensaje que le indicaba que tenía que

viajar, conocer su tierra y buscar sus orígenes.

Llegó el gran día para Alfonso. Su madre, sus amigos, sus parientes, cada uno lo despedía desde su propio deseo. Él se sentía muy ansioso, la incertidumbre comenzó a habitar su cuerpo.

Abrazó a su madre y a todos los que habían ido a despedirlo. Con todos los trámites que se requerían para embarcar listos, subió por la escalerita y se mezcló entre la multitud. Desde la proa miraba a doña Inés. Se quedó allí parado mucho tiempo, hasta que se confundió la línea que dividía el cielo con el mar. No había vuelta para atrás. Su suerte ya estaba echada. ¿Qué lo esperaba en el nuevo mundo?

CAPÍTULO 9

LA INCERTIDUMBRE ES EL CAMINO



El día entero parado en la proa de ese barco bamboleante. El capitán había sido muy amable con él invitándolo a jugar a las cartas después de la cena.

Mar, mar y más mar y luego su tierra, Argentina, el país que le guardaba una historia que él no conocía. Mil preguntas rondaban su cabeza, ¿encontraría a su madre, a su padre? ¿Era una locura querer conocer de dónde venía? ¿Quiénes eran sus padres realmente? Le habían contado que el nuevo mundo era un lugar lleno de oportunidades. Pero también que estaba poblado de indios y eso lo hacía peligroso. Tenía muchas referencias diferentes del lugar, él sacaría sus propias conclusiones.

Los días pasaban y Alfonso trataba de entretenerse para calmar su ansiedad. Un día se detuvo a observar a la gente que viajaba en tercera clase. Dios, pobrecita Inés, lo que habrá sido ese viaje lleno de privaciones, hacinados en camarotes, sin comodidades. Dedicó muchas horas de sus pensamientos a esa mujer, su madre adoptiva. La imaginó allí con él en sus brazos. Sintiendo la misma incertidumbre de lo desconocido, le agregó la emoción de hacerse cargo de un pequeño bebé. Mujer valiente, Dios lo había protegido poniéndolo al cuidado de Inés. Ahora él regresaba por sus propios medios, a completar su historia.

Atrás, su querida España; adelante, la incertidumbre, lo desconocido, sus orígenes.

El viaje se hacía interminable para Alfonso. Sus días eran bastante solitarios, leyendo y pasando horas mirando el mar, pensando.

Al fin las palabras esperadas:

—Estamos llegando al puerto —anunció el capitán.

Alfonso se acercó a la proa; buscaba el muelle y no veía nada.

—¿Dónde? —preguntó extrañado.

—No sabe mi amigo que aquí no hay puerto, el Río de la Plata es muy arcilloso, por eso es muy peligroso arrimarse sin ancladero, vamos un poco más adelante, a la ensenada.

—¿Vamos a fondear en rada abierta con este barco? —preguntó Alfonso.

—Tranquilo, lo hacemos en cada viaje. Desde allí las barcazas los llevan hasta tierra firme. Aquí el peligro no es en la llegada, sí en la estadía. Tenga cuidado, mi amigo, todo está

entreverado en este lugar.

Los esperaban unas toscas carretas, con ellas llegarían hasta tierra firme. Tenían dos ruedas bien grandes en un eje, sobre el cual se apoyaba una gran plataforma hecha con tablas de madera separadas entre sí para que el agua pasara a través de ellas. Las paredes laterales estaban armadas con cueros de animal. Los carretones eran tirados por bueyes atados con una lanza gruesa y corta. Los carretilleros vestían escasas prendas sobre el cuerpo y se empujaban unos a otros, azotando a los animales y mostrando una escena salvaje que impresionaba mucho a quienes llegaban por primera vez.

Cuando estuvo arriba de una de las carretas, ayudó a unas damas a subir para llegar a la orilla, era casi divertido ver cómo los tacones se les quedaban enganchados en la vieja madera del carro. El barro opacaba el lujo, las madres apretaban a sus hijos para que no se cayeran. Cada vez que las ruedas encontraban un pozo, todos quedaban con el agua a la cintura, los gritos apenaban a Alfonso que no podía creer la forma de desembarco. Observaba atónito, nada era como él se lo había imaginado.

Muchas naves pequeñas se confundían con las barcazas que aprestaban a los pasajeros a la orilla. Solo se veía un reducido muelle con pilotes hundidos en el lodo. Ya estaba en Buenos Aires, lugar desde donde muchos años atrás había salido siendo un bebé, en manos de una desconocida que con el tiempo se convertiría en su amada madre. Qué destino... Las lágrimas empañaban sus ojos de emoción. La bruma matutina y el agua marrón debajo de la barcaza enmarcaban la llegada de los viajeros.

Al fin pudo tocar tierra firme con sus pies mojados y todo embarrado. Ahora tenía que recuperar su baúl. Se mezcló con la gente, mujeres alborotadas, chiquillitos correteando entre el hormigueo de la multitud. Personas que gritaban tratando de llamar la atención de los viajeros que arribaban.

Alfonso observaba todo el desorden y recordaba las advertencias de su madre. Ahora podía poner imagen a sus palabras. Estaba más impresionado que asustado con todo lo que veía.

Luego de un rato largo, llegaron los baúles y los bultos que venían con ellos en la bodega del barco. Cuando recuperó sus pertenencias se preguntó qué haría. No veía a su amigo Augusto por ningún lado. Él le había asegurado que lo estaría esperando.

Comenzó a caminar entre el gentío, arrastrando sus posesiones, cuando un hombre de aspecto sereno se acercó a él.

—¿Señor Cornejo? —le preguntó un desconocido.

—Sí, soy yo —contestó Alfonso, expectante.

—Me llamo José y he venido a recibirlo. El padre Augusto me lo pidió personalmente. Es que no pudo llegar a tiempo —le dijo estrechándole la mano. Lo miró detenidamente, ese era Alfonso, el amigo de Augusto que venía por la misión. ¿Le habría contado el cura que en este país podía morir segundos luego de desembarcar? ¿Y le habría dicho lo peligroso que era viajar al interior? “Vaya hombre seguro y entusiasta”, pensó José.

Alfonso sintió empatía apenas tomó la mano del hombre, quien gentilmente lo ayudó con sus pertenencias que estaban completamente mojadas, y lo guió hasta el vehículo que los esperaba cerca de allí.

Las ruedas del coche saltaron bastante sobre las calles empedradas, hasta que la serenidad llegó con el camino de tierra.

—¿Cómo estuvo el viaje? —preguntó José.

—Muy bien, me divertí mucho con el capitán, un gran jugador de cartas —contestó Alfonso aliviando la conversación—. ¿Augusto está por aquí?

—No, todavía no ha llegado, seguramente lo hará en el transcurso del día.

Luego de andar un buen rato, llegaron a un paraje donde el caballo que tiraba del coche frenó airoso, reconociendo el lugar. Enseguida se abrió un portón que les permitió el ingreso a un patio interno donde una monja los esperaba. Bajaron y la siguieron; cruzaron el segundo patio y llegaron a una sala donde ya estaba dispuesta la mesa con té humeante y pan recién horneado.

—Gracias, José —dijo Alfonso regodeado por el recibimiento.

—De nada. Para nosotros un pedido de Augusto es una orden sin discusión, él está llevando nuestra misión al interior, adonde nadie quiere ir. Él expone su alma caritativa —le contestó José con una sonrisa.

—Sí, me habló de eso cuando compartíamos nuestros estudios en España.

—¿Usted también pertenece a la orden?

—No, solo me atraen las misiones, dejé la orden y me puse a estudiar medicina, pero seguimos cultivando la amistad con Augusto.

—Será de mucha utilidad, en el interior casi no existe la medicina. Bueno, aquí tampoco, es derecho de pocos.

—Usted, José... ¿sí pertenece a la orden?

—Sí, yo no soy cura, pero soy el que organiza todo.

Mientras conversaban y disfrutaban del té calentito, Alfonso se sintió más tranquilo, finalmente su amigo se había ocupado de todo para recibirlo. Ese hombre amable y las monjas que cruzaban a cada momento lo hacían sentir muy cómodo.

José dispuso todo para que Alfonso descansara tranquilo y en confianza, hizo limpiar y secar su equipaje y mandó a preparar una tina con agua caliente.

Luego del baño reparador, y de probar el exquisito chocolate con pan que le ofrecieron las monjas, José le propuso que saliera a caminar, a conocer un poco más el poblado. Le indicó cómo llegar hasta el cabildo, mientras esperaba la llegada de su amigo Augusto.

La calle lucía extraña para él, se cruzó con varias mujeres que lucían peinetas grandes recogidas en hermosas mantillas y con la mirada pegada al piso. Mulatas con canastos en las cabezas llenas de bultos. Carretas tiradas por ganado. Jinetes a caballo vestidos con quepis militares, muy bien definidos. No eran tan salvajes después de todo. No pudo evitar pensar cómo hubiera sido su vida si su verdadera madre no lo hubiera metido en el barco... ensayaba muchas versiones en su mente.

Se sentía tranquilo, observaba todo en detalle.

Llegando a una esquina, dobló al galope un grupo de jinetes gritando que llevaba un bulto a la rastra. Cuando pasaron a su lado, Alfonso pudo ver al indio tironeado y arrastrado lleno de tierra y ensangrentado, casi sin vida. Enseguida tuvo el impulso de salir corriendo detrás para atender a ese ser casi muerto. Quedó paralizado, todas las advertencias tuvieron sentido en ese momento. Tenía que ayudar a ese pobre desgraciado. Estaba parado con los brazos al costado del cuerpo y la mirada impávida. ¿Qué era eso? Respondió a su instinto y se abalanzó hacia la calle.

—¡No te lo recomiendo! —dijo una voz tomándolo del brazo.

—¡Amigo, qué alegría! —exclamó Alfonso al reconocer a su amigo Augusto.

—Alfonso querido —dijo abrazándolo—. ¿Qué estabas por hacer?, esto es muy diferente al lugar de donde venís. Te lo repetí muchas veces, ¿te acordás?

—No te olvides, amigo, que vengo de aquí... —le contestó Alfonso con una sonrisa; estaba contento de verlo.

—No juegues, aquí podés perder tu vida a la vuelta de la esquina sin saber qué pasó.

—Bueno, bueno, y tú, ¿qué haces? ¿Qué tal el viaje?

—Bien. Vine a buscarte como quedamos. Tuve un inconveniente que ya te voy a contar. Ahora tenemos que enfocarnos en el viaje de regreso. Es una expedición larga y mejor hacerla juntos y en etapas. Vamos a Córdoba, descansamos y luego seguimos al campo.

—¿Qué fue eso que acabo de ver? —retomó el tema Alfonso. Había quedado impresionado. No podía sacar de su mente la imagen de ese pobre hombre arrastrado... ¿Qué habría hecho tan grave para enojar tanto a esos jinetes?

—La forma en que tratan a los indios aquí... en fin. Igual no debés intervenir si no te lo piden. ¿Entendés?

—Sí, amigo, me queda claro el asunto —dijo con la intención de tranquilizar a Augusto que lo miraba preocupado.

Luego del altercado, disfrutaron de una caminata guiada por Augusto quien le relataba las últimas novedades políticas y sus implicancias para el país.

Augusto ponía palabras a las imágenes que pasaban por la vista de Alfonso; las mujeres, por distintos motivos, caían en desgracia. Quedaban viudas o sus esposos nunca más regresaban. Terminaban vendiendo pasteles y manualidades que confeccionaban en conjunto con sus criadas, en la calle. Los pregoneros también llamaron su atención. Los negros, los indios... El escenario de Buenos Aires era complejo, había todo tipo de pobladores, enseguida entendió que la convivencia entre todos era difícil.

Alfonso escuchaba atentamente el relato de Augusto que le contaba que se habían independizado de la corona española, pero todavía había algunas cuestiones pendientes. Por un lado, Brasil acechaba, y en el interior, unitarios y federales debatían intensamente por imponer sus ideales.

Después de una extensa y aleccionadora caminata, regresaron hambrientos a la casa.

La carne asada que presentaron en la mesa saturó de saliva el paladar de Alfonso, que era un buen cocinero de carnes al fuego. Compartieron un vino que él había traído de España para disfrutar con su amigo.

Luego de la cena, se sentaron en la sala, fumaron unos puros, bebieron licor y conversaron hasta tarde, poniendo al día las distancias. Alfonso no paraba de preguntar el porqué de cada situación. Parecía un niño pequeño descubriendo el mundo. Augusto, con suma paciencia, contestaba a todo.

Los amigos acordaron descansar dos días y luego partir para Córdoba, ambos estaban agotados, Alfonso del largo viaje en barco y Augusto del largo viaje a caballo.

Esa noche Alfonso se durmió preguntándose: “¿Qué será de mí ahora...?”

CAPÍTULO 10

EL NUEVO MUNDO



Salieron hacia Córdoba temprano junto a una comitiva. Eran dos coches con pasajeros y luego carretas que transportaban todo tipo de mercaderías. Alfonso se detenía a observar cada detalle y a preguntar cada curiosidad que se le presentaba.

La mayoría de los preparativos tenían que ver con la prevención de ataques de indios. “¿Tan salvajes eran los nativos?, y claro, con el tratamiento que les dan”, pensaba Alfonso, recordando lo que había visto recién llegado de España.

Sentados en un carruaje con algunos privilegios y comodidades, y junto a dos mujeres que estaban sentadas en silencio, frente a ellos, partieron.

Alfonso miraba por la pequeña ventanilla y Augusto le iba contando:

—El fuerte, y allí —señalaba con su dedo índice— el río. Del otro lado, la plaza Mayor, ¿te acordás que estuvimos por aquí? Allí está la Catedral y hacia el este sería la Recova, donde compramos las cosas...

—Sí, sí —decía Alfonso.

Se iban alejando del poblado poco a poco. Ahora sí, el silencio reinaba entre los cuatro pasajeros. Augusto ya le había adelantado a Alfonso lo tedioso que sería el viaje. Así que el joven sacó su libro y se dispuso a leer.

Pasaba el tiempo. El viaje comenzaba a resultarles pesado y tedioso.

Apenas el sol se escondía, se detenían. Eran postas para pasar la noche. Descansaban ellos y los caballos, al otro día seguían viaje. Por lo general, se trataba de ranchos con pocas comodidades atendidos por gauchos.

Podía verse una galería larga, con habitaciones en las cuales se acomodaban, por un lado, los hombres; y en otra, las mujeres. Las pulgas eran las anfitrionas del lugar. La comida escaseaba y la intimidad no existía. Las gallinas y los perros se cruzaban entre las piernas de Alfonso que estaba expectante ante la situación. El amanecer los sorprendió con la continuación del viaje.

Las dos mujeres que los acompañaban lucían exhaustas y mantenían un profundo silencio.

Los días pasaban y Alfonso se veía cada vez más demacrado por el viaje, no podía dejar de observar a las mujeres, “qué entereza”, pensaba, semejantes incomodidades y ellas, a pesar de sus

rostros cansados, se veían muy altivas y distinguidas.

Por fin Augusto anunció que ese día llegarían a Córdoba, realmente había sido un viaje largo... y sucio.

Cuando ingresaron a la ciudad se veía diferente a Buenos Aires, la humedad del río no estaba, el frío era seco. Las calles lucían más solitarias. Enseguida llegaron a una plaza donde bajaron todos con sus bultos. Al frente de la plaza estaba el Cabildo y la Catedral.

Augusto fue gentilmente recibido por su gente, que lo estaba esperando para trasladarlo, junto a su amigo, a la casa donde descansarían antes de seguir viaje a Villa de Tulumba.

Se despidieron de todos con los que habían compartido el viaje. Subieron a otro coche más pequeño, tirado por un solo caballo, que los acercó hasta la casa donde pernoctarían hasta el trayecto final.

Cansados, siguieron las indicaciones de las criadas que estaban dispuestas a atenderlos.

Luego de la comida, una de las criadas guió a Alfonso hasta una habitación y le indicó la tina llena de agua caliente. El muchacho no se hizo rogar, enseguida se quedó solo y se sacó toda la ropa, se metió y dejó que el agua le recordara su cuerpo, cerró los ojos y trató de imaginar su futuro en esas tierras extrañas.

Se quedó dormido en la tina de agua tibia, hasta que lo despertó un criado invitándolo a cenar, los aromas se le adelantaban haciendo gorgotear sus entrañas.

Allí estaba Augusto que parecía haber guardado el cansancio en un saco de maíz, “¿Cómo hacía este hombre para estar en pie y con ese semblante luego de semejante viaje?”, se preguntaba Alfonso.

—Venga, *m'hijo* —dijo una matrona que apareció detrás de la cocina—, a comer.

La mesa lucía majestuosa, asado de cordero, puré de papas y batatas con curry, locro, vino y pan caliente. Alfonso sonrió.

Terminada la cena, el joven ya no podía sobrevivir al sueño, así que luego de un puro acompañado con brandy en la sala junto a su amigo, se despidió de Augusto para disponerse a descansar. Al otro día seguirían viaje al campo. Esa noche, a pesar del cansancio físico, se animó a aventurar algún pensamiento sobre su verdadera madre y su verdadero padre. Con todo su corazón quería saber algo de ellos... La idea de no descubrir nada no era una opción para él. Confiaba en que su tierra le daría la información que necesitaba.

CAPÍTULO 11

COMIENZA LA BÚSQUEDA



Antes del amanecer Augusto ya tenía listos los baúles con la mercadería que debía llevar al campo. Eran los encargos que le hacía Ramona, su fiel criada y compañera. Ya dispuesto para partir, fue en busca de su amigo Alfonso que estaba recién levantado.

—Amigo, ya estamos preparados. Mientras desayunamos, terminan de cargar todo y luego los alcanzamos.

—Bueno —contestó el joven tomando una taza de chocolate caliente y observando cómo subían los bultos a las carretas—. ¿Y todo eso? —preguntó a su amigo.

—Ropa, zapatos, abrigos que la gente ya no usa y regala. Yo la llevo a mis misiones. No olvides que mis misiones son a costa mía y de la gente que me quiere acompañar.

Salieron hacia Villa de Tulumba, montando un caballo cada uno, junto a una carreta cargada con bultos tironeada por bueyes, un coche bastante viejo con dos señoritas de escasa edad y un carretero de aspecto desaliñado. Se sumaron a la travesía tres jinetes con quepis militares que solo saludaron a las mujeres ya sentadas en el coche esperando para salir.

El sol empezaba a despuntar la mañana y la polvareda se hacía visible a los ojos de Alfonso quien pensaba adónde irían esas mujeres tan bien arregladas, no tenían aspecto de campesinas. Otra vez compartían el viaje con dos mujeres más jóvenes que las anteriores. Alfonso solo las veía cuando se asomaban por la ventanilla. Le agradaba ir a caballo. Podía disfrutar de la vista, del aire frío acariciando su rostro, le gustaba.

En algunas zonas, el camino se transformaba en apenas un par de huellas con la vegetación seca por las heladas. El viento mezclado con tierra dejaba los rostros marrones y tajeados. Tanta inclemencia se compensaba con los valles que conquistaron automáticamente la mirada de Alfonso. Luego de varias horas de traqueteo, Augusto y otro de los jinetes pidieron al carretero que se detuviera un momento.

—¿Qué pasa? —preguntó Alfonso a su amigo.

—No lo sé, pero algo les indicó que hay peligro. Quedate al costado del coche que yo voy a ver de qué se trata.

Antes de concluir la frase vieron una polvareda que se acercaba con unos diez lanceros

gritando a todo galope. Alfonso quedó paralizado, los tres jinetes que los acompañaban cayeron al piso, como soplados por el viento, con una lanza clavada en la espalda de cada uno.

—¡Vamos! —gritó Augusto tironeando a las mujeres del choche, cargando una en cada caballo —. ¡Vamos, Alfonso!

Antes de que el malón llegara y esquivando las lanzas, Augusto salió al cruce del camino entre los espinillos. Tras una cabalgata enloquecida, tironeados por las ramas y apretados por las mujeres que transportaban, llegaron a una pampa que los dejó al descubierto.

—Un poco más y estamos a salvo —dijo Augusto, adivinando el pensamiento de su amigo. Siguieron cabalgando despacio hasta que se metieron nuevamente en un bosquecillo y se detuvieron a descansar. Las dos mujeres estaban despeinadas y francamente asustadas.

Cuál habría sido la suerte del carretero que ante el primer ruido saltó y se perdió entre los espinillos.

—¡Gracias! ¡Muchas gracias!, si no hubiera sido por ustedes estaríamos muertas las dos. Me llamo Patricia Solares y ella es mi hermana Lourdes —dijo una de las jóvenes.

—Encantado, soy Augusto...

—Y yo, Alfonso. Tranquilas, creo que ya estamos a salvo. Descansemos un rato.

Hollaron el pasto con un poncho y se sentaron un momento, Augusto sacó una bota con agua y les convidó, las mujeres agradecieron y tímidamente se acomodaron una pegadita a la otra sin emitir palabras. Lourdes, la más pequeña, cada tanto relojeaba a Alfonso.

—¿Qué hacen viajando solas? —preguntó Alfonso, tratando de entender las costumbres desconocidas.

—Vamos a visitar a nuestra tía Maruca, su estancia ha sido asaltada y asesinaron a su marido, quedó completamente sola y afligida, pobrecita.

—Es peligroso que viajen sin compañía —sentenció Augusto.

—Justamente mi padre nos mandó con los jinetes que mataron los indios, pero no fue suficiente —contestó, apenada, Patricia.

—Vamos a llevarlas hasta mi estancia, van a descansar y luego, con un coche, las hacemos acercar hasta el lugar donde las espera su tía, ya me doy cuenta de quién es —completó Augusto —. Es vecina nuestra.

—Esperamos poder agradecerles, realmente nos salvaron la vida.

—No es nada, y ¿qué van a hacer con la estancia? Si no me equivoco es un campo importante —seguía preguntado el cura.

—Sí, nuestro hermano llega en unos días con una familia italiana que se va a instalar en la casa de nuestra tía para trabajar el campo.

El silencio se apoderó del instante, dejando miradas ocultas de miedo y desazón. Luego de un momento retomaron la marcha.

Lourdes enseguida se fue hacia el caballo de Alfonso. Él sonrió, sabía de su efecto encantador con las mujeres.

Ante cada ruido extraño se detenían y Augusto, que era el más baquiano, revisaba los alrededores. Las dos mujeres iban arrebujadas sobre las espaldas de los jinetes. El cansancio vencía las palabras. El viaje se extendía...

Por fin, y junto al atardecer, llegó la figura deseada: a lo lejos se veía el caserío rodeado de árboles.

Entraron a la estancia y los peones fueron a su encuentro tomando los caballos cansados y escoltando a los viajeros hasta la galería de ingreso.

—¡Ay, mi curita que estaba *priocupada*! —dijo Ramona, una negra robusta con un pañuelo ajustado en su cabeza y que no escatimó esfuerzos en abrazar al cura hasta dejarlo casi sin respirar.

—¡Ya estaba por *poné* los santitos suyos *pa'* abajo! ¡Estaba tan *priocupada*! —repetía la negra.

—Ramona, ya te dije que no pongas más a los santos de espalda. Y ya estamos aquí. Nos atacaron y por supuesto nos robaron todo.

—¡Yo sabía *qui* algo había pasado!

—Bueno, mi negrita, ya estamos aquí. Te presento a Alfonso. Y a las señoritas Patricia y Lourdes, que viajaban con nosotros...

—Así que *usté* es el Alfonso, si *mi* habrá hablado de *usté*, mi curita.

Ramona siguió abrazando a todos y luego volvió su atención a Augusto esperando que le ordenara cómo seguir.

—Ramona, invitá a las damas con té, o lo que ellas deseen, y avisale a Pedro que venga.

Enseguida Ramona obedeció y luego de salir, seguida de las dos mujeres para la cocina, se acercó Pedro.

—Pedro, prepará dos caballos para las señoritas y escoltalas hasta la estancia de los Solares. Fijate que todo esté en orden antes de volver.

—Claro, amo. Bienvenido, don Alfonso, lo estábamos esperando.

—¡Muchas gracias, Pedro! —contestó Alfonso, el lugar le había gustado y mucho.

—Alfonso, ¿tu poncho quedó en el baúl? —preguntó Augusto.

—No, mi amigo, aquí conmigo —contestó Alfonso señalando la cartera de cuero que traía cruzada en su pecho.

—Bueno, qué alivio.

—Sí, es mi único documento argentino, lo tengo bien cuidadito.

Luego de descansar, los amigos salieron a recorrer la estancia.

Augusto era una persona muy especial. Él no seguía estrictamente las instrucciones del clero, había construido su propio manual de acuerdo a las distintas necesidades que iban apareciendo. La estancia se la había donado la familia Cortez antes de irse de la zona. Era bien grande, y allí se trabajaba con la tierra y el ganado, eso le daba los sustentos necesarios para realizar sus misiones evangelizadoras. Era muy querido y respetado en la zona.

Terminado el recorrido, y ante la admiración de Alfonso por la obra de su amigo, los interceptó Ramona, que aún protestaba porque les habían robado todo lo que ella estaba esperando para su cocina.

—Niños, vamos que les preparé unas empanadas —les dijo.

Salieron ambos detrás de ella rumbo al comedor, donde ya estaba dispuesta la mesa. El aroma mezclado entre picantes y dulce era agradable.

—Niño Alfonso, a ver qué dice después de esto.

Alfonso probó la empanada y quedó perplejo ante su sabor. El picante jugando con la carne y las pasas de uvas, y el crocante de la fritura en grasa bien calentita lo dejaron encantado.

—Ramona, es exquisita. Quiero más... —le dijo el muchacho.

Con una sonrisa, Ramona se retiró del comedor; era todo lo que quería escuchar en el día, se desquitaba en la cocina, no había quien le ganara en comidas. La negra tenía su propio pedazo de tierra con yuyos de todo tipo que usaba para darle a sus platos un sabor siempre especial y, por supuesto, único.

Ramona también ayudaba en las misiones a Augusto cuando necesitaba, ella se encargaba de cocinar y preparar infusiones, entre otras cosas. Estaba a cargo de las criadas que mantenían la estancia y de los peones que trabajaban la huerta, de los cuales la mayoría eran indios.

Alfonso se sintió enseguida muy cómodo con las costumbres del campo. Se levantaba muy temprano, al alba, le gustaba compartir el mate y alguna carne asada que Ramona disponía en la mesa para la peonada. Luego del suculento desayuno, algunos se ocupaban de alimentar a los animales; las mujeres se dedicaban de los frutales y la siembra. Alfonso tomaba un caballo, que Augusto gentilmente le había seleccionado, y salía por el campo a recorrer todas las tareas. Le maravillaba ver cómo cada uno se encargaba de lo suyo, con tanto empeño y responsabilidad.

Cuando llegaba el mediodía la cita era completa. En la mesa de la cocina todos compartían la comida de Ramona. Dormitaban un rato para luego seguir con las tareas antes de que llegara la noche. A los que no regresaban del campo, Ramona les enviaba la comida con alguna criada.

Aprovechando que estaba su amigo, Augusto se trasladaría al norte a organizar una nueva misión. Se sentía tranquilo dejando a Alfonso a cargo, entonces él podía tomarse el tiempo que fuera necesario para concluir su tarea.

Ya lo había puesto al tanto del movimiento de la estancia, de los cultivos, los animales y algunos asuntos que debía atender. Alfonso se sentía a gusto con todo, con las misiones, con los peones... era como si siempre hubiera pertenecido a ese lugar.

Augusto lo miró detenidamente y le dijo:

—Amigo mío, te ves diferente con el poncho y las botas, lejos del galán que conocí.

—Sí, en cambio tú cuando te pones ese vestido... se te van a enfriar las piernas —contestaba entre risas.

Esa mañana temprano, el cura lo esperaba en la cocina con el mate en la mano:

—Llegó la hora, amigo, me tengo que ir, me están esperando... así que te dejo y en un mes regreso a ver cómo vas —dijo Augusto.

—Por supuesto que sí. No me atrevería a hacer nada que pudiera cambiar esta obra magnífica que llevas adelante, amigo mío.

—Ya sabés todo lo necesario, quedás a cargo, y no hagas ninguna tontería, yo te aviso lo que averigüe, no es conveniente que vengas conmigo hasta que no sepamos bien cómo es la situación. En el próximo viaje nos vamos los dos a seguir la información que nos pasaron sobre una supuesta mujer que podría llegar a ser tu madre, no sabemos...

Augusto, gracias a algunos contactos que tenía, había averiguado que posiblemente la mamá de Alfonso vivía en Villa de la Concepción de Río Cuarto.

—Muchas gracias, amigo. Mi corazón reza por ti todas las noches, y cuidate mucho. ¿Estás seguro de la información que te dieron?

—No, la información que tengo no es segura. Igual, ahora que estás aquí, con mucha cautela, vamos a averiguar... Ah, tengo un regalo para vos —sacó de su bolsillo una bolsita de terciopelo rojo con una cinta en el cierre y se la extendió—. Pase lo que pase, Dios está contigo siempre —agregó.

Alfonso tomó la bolsa entre sus manos, y desprendiendo la cinta que lo enrollaba, sacó un hermoso rosario de pétalos de rosas, lo acercó a su nariz e inspiró profundamente como si el aroma bendijera su cuerpo y su alma. Miró a su amigo agradecido.

—Prometo velar por tu estancia y tu querida gente.

Ambos se despidieron con abrazos y recomendaciones.

Apenas Augusto y su comitiva de viaje desaparecieron de su vista, Alfonso sacó del bolsillo la bolsita de terciopelo, tomó el rosario y lo colgó de su cuello.

Alfonso iba a coordinar la estancia hasta que Augusto regresara de su viaje. Además continuaría con una misión de Augusto en una posada de indios que estaba cerca de allí, les enseñaría a leer y a trabajar la tierra en forma ordenada, entre otras tareas. También comenzaría a ejercer la medicina. Ya había conversado con Ramona para habilitar un cuarto y allí atender las necesidades de salud de los lugareños. Lo primero que tenía pensado era preparar un unguento para proteger la piel del frío. Estaba muy entusiasmado.

CAPÍTULO 12

MALOS PRESAGIOS



Luego de la partida de Augusto, todas las mañanas, antes de que el sol despuntara, Alfonso ya estaba en la cocina listo para salir a cumplir sus tareas.

Se sentía muy a gusto y eso le había calmado la ansiedad de salir corriendo a buscar información sobre su familia de origen.

Ese día llegó eufórico a la estancia. Saltó de su potro que quedó parado, con las riendas colgando, en la galería y entró en la cocina.

—Ramona, conocí a una mujercita cerca de “las cuevas”, Rosalía Ramírez, ¿sabes quién es? —le preguntó.

—Claro que sé quién es, ¿justo la Rosalía te agarraste? Son tres hermanas, la familia es muy importante aquí.

—¿Y por qué dices eso de Rosalía?

—Por nada, *m'hijo*, chismerío nomás.

—Ahora me tienes que decir...

—Parece que es la más arisca de las tres —le contestó Ramona, tapando su boca con la mano, era puro chisme.

—Cuéntame —le pidió Alfonso, mientras tomaba el mate con su mano y la invitaba a sentarse alrededor de la gruesa mesa de madera—. Pero antes trae unos pastelitos —agregó con una sonrisa.

La criada lo puso al tanto sobre la familia Ramírez; Alfonso, atento, tomaba mates, saboreaba los pastelitos con dulce de Ramona y escuchaba.

La segunda vez que la vio estaba trepada del árbol, espionando, vestida con pantalones y botas de montar. Se quedó mirándola un momento, no pudo sacar sus ojos de encima, la posición en la que estaba mostraba sus nalgas redondas y remarcadas y esa visión le produjo un cosquilleo en la entrepierna. Esa mujercita lo volvía loco. Durante ese encuentro y mientras la acompañaba hasta su estancia, pudieron conversar un poco más.

Luego había ido a buscarla... y el destino la puso otra vez a su merced. Allí supo que era el amor de su vida. No sabía cómo, ni porqué, solo lo supo... Habían sellado su amor.

Durante los días siguientes Ramona lo observaba: “Este se ha *enamora*o hasta los dientes”, pensaba.

Habían quedado en encontrarse otra vez, Alfonso la esperó hasta que el sol se perdió en el horizonte. Le costaba comprender por qué no había asistido. ¿Qué había hecho él para molestarla? Tal vez había sido muy grosero. Tal vez estaba avergonzada por haberle entregado su amor, ofendida, o tal vez sus padres la habían castigado y no la dejaban salir. Tantos “tal vez” pasaban por su cabeza. La tristeza había invadido su corazón.

Pero no se quedaría de brazos cruzados, tenía que averiguar por qué no había ido al encuentro... la esperó todos los días a la misma hora, recorrió lugares. Ramona lo observaba en silencio, la negra no se perdía nada. Algo había pasado. No hacía falta pensar mucho para darse cuenta de que el joven, de estar en la gloria del amor, había pasado a penar por los rincones. Entonces, no aguantó más y lo confrontó:

—¿Qué pasa que anda *priocupado*?

—Nada importante, Ramona.

—*Vamo*, niño... que soy negra, pero no tonta.

—Bueno, tal vez me puedas ayudar, después de todo —dijo pensativo.

—¿Qué pasa, niño Alfonso?

—No sé nada de Rosalía. Teníamos un encuentro... y ella no fue.

En ese momento Ramona se dio cuenta de que Alfonso no estaba al tanto de las últimas noticias de los Ramírez...

—Vamos *pa'* la cocina, que *le vuá prepará* algo *pa'l buche*, y le cuento.

Alfonso la siguió, intrigado.

—Segurito no se enteró de lo que le pasó a la familia de la chica.

—No, no sé nada y no la he vuelto a ver, ¿qué ha pasado? —preguntó Alfonso preocupado.

—¡Se fueron a Córdoba con los Cabrera y justo llegaron los capianguos y se los comieron a todos, una barbaridad! —dijo Ramona con vehemencia.

—¿Qué? ¿Qué son los capianguos?

—Son los *gauchos* del Tigre Quiroga que cuando van andando, se transforman y atacan y se comen a los muertos... y parece que a los vivos también.

—¿Qué? —preguntaba Alfonso sin comprender bien.

—*Usté* no sabe, a mí me lo contó *tuito* la criada de los vecinos. Atacaron Córdoba y mataron a los padres de las niñas, también mataron a los Cabrera, la familia completita, en el pueblo están *tuitos* de luto, mire. Los Solares, y ahora esto. Estamos maldecidos.

Alfonso escuchaba sin entender del todo lo que le contaba Ramona, algo había conversado con Augusto de la situación del país, pero no lo tenía muy en claro.

—Dios mío, pobrecita, cómo debe estar... ¿Quién los mató? ¿Por qué? ¿Fueron atacados por los indios? —preguntaba sin respiro Alfonso, afligido.

—No sé muy bien, pero parece que el padre de la mocita era un político importante que lo mataron igual que al Cabrera, dicen que las hijas se salvaron porque justo estaban en la misa, qué locura ¿no?

A pesar de no comprender muy bien la situación política del lugar, le quedaba claro lo que le había sucedido a la familia de Rosalía. Sin pensarlo mucho, quedó de pie frente a la mesa, miró a la criada y le dijo:

—Ramona, prepara todo que me voy a Córdoba, consígueme la dirección de la familia Ramírez y llama a los peones así les dejo todo organizado hasta mi regreso. No la voy a dejar sola en un momento como este...

—Como *usté* diga, ya *mesmo* —le contestó Ramona y salió de la cocina.

Sentado en la galería, el tiempo se detuvo: ¿cómo estaría su amada?, cuánta tristeza y él lejos, sin poder abrazarla y contenerla. Lo mejor sería ir a Córdoba y llevársela de ahí a España, a ella y a sus hermanas, y olvidar a lo que había venido. Miles de pensamientos se cruzaban en la mente de Alfonso, que estaba como hipnotizado mirando al vacío.

Decidió viajar a caballo porque sería más factible escapar de los malones si fuera necesario. Ramona le trajo el dato de que en unos días saldría una caravana hacia Córdoba así que se alistó para el viaje.

Ramona estaba de acuerdo con el viaje que estaba organizando Alfonso; no era la primera vez que se quedarían solos sin el patrón. Eso lo tranquilizó un poco, no le gustaba dejar desolada la estancia de su amigo, y menos aún cuando él le había encomendado el trabajo, pero la situación exigía que el viajara.

Llegado el día, salió en su potro respingando de la estancia. Ramona le había preparado comida, una buena bota con agua y mil recomendaciones.

Se unió a la caravana que ya venía de Tucumán. Eran todos hombres, eso alivió a Alfonso; ante cualquier altercado, sin mujeres, la huida sería más rápida.

Habían recorrido la mitad del camino cuando divisaron un bulto negro al costado de la senda. Enseguida retumbó la orden de detener la expedición.

Al llegar se dieron cuenta de que era un carruaje abandonado al costado del camino.

—Malón, tengamos cuidado, esto me parece que ocurrió hace poco, fijate el coche... —dijo uno de los baquianos.

Alfonso escuchaba atentamente mientras observaba todo. Un brillo especial llamó su atención. Saltó del caballo y tomándolo de las riendas se acercó a ver de qué se trataba. Era una medalla de oro, con la imagen de una virgen. Sintió un frío recorrer su espalda. Esa medallita era igual a la que había visto en el cuello de Rosalía. No podía ser... Ella estaba en Córdoba con su familia. “Pero, bueno todas las mujeres usan esos colgantes, tal vez no es de Rosalía”, pensaba. La guardó en su bolsillo. Definitivamente una mujer había estado allí. Tomó su rosario con la mano derecha y le rogó a Dios que no fuera su amada.

Siguieron su camino con mucho cuidado hasta ingresar a Córdoba sanos y salvos.

Había llegado, ahora debía ir hasta El Descanso y encontrarse con Rosalía. Preguntó por la dirección y le indicaron cómo llegar. Esas cuerdas fueron las más largas de su vida... solo podía pensar en abrazarla, besarla, consolarla. Estar con su amor. Solo eso quería. Estar con Rosalía el resto de su vida. ¿Podría?

CAPÍTULO 13

LA CAUTIVA



Lo primero que sintió fue el dolor, en todo el cuerpo. No se animaba a abrir los ojos, no se animaba a enfrentar lo que tenía que ver.

Con la mirada incrédula comenzó a recorrer el sitio que la alojaba. ¿Dónde estaba? Se quiso incorporar y volvió a sentir el grito de dolor de su cuerpo. Un hedor insoportable tomó presencia y llegó a su estómago provocándole náuseas. Vomitó bilis.

Estaba en un toldo grande construido con una estructura de madera y cuero de caballo bien curtido y cosido en los extremos, con ramas y paja en la parte superior. Acostada sobre una cuja de pieles, el espacio era pequeño, el piso de tierra bien firme.

A través de la apertura de la tienda ingresó una mujer vestida con una manta que le cubría todo el cuerpo, con excepción de los brazos que quedaban libres, prendida en los hombros con alfileres y sostenida en la cintura con una faja; su cabello estaba dividido al medio y las colas caían sobre la espalda.

—¿Dónde estoy? —preguntó Rosalía.

—No te muevas, te va a doler más si lo hacés.

Efectivamente, quiso inclinarse y una punzada se lo prohibió.

—¿Dónde estoy? —preguntó nuevamente a la mujer que hablaba perfectamente el español... pero vestía como una india.

—En una toldería. Hace unos días que estás inconsciente.

Rosalía no entendía muy bien lo que decía la mujer. Sí le quedaba claro que estaba en manos de los indígenas, y por las historias que había escuchado, eso no era nada bueno. Su cuerpo se resentía con cada movimiento que intentaba hacer.

—¿Qué me pasó? —trataba de recordar...

La mujer india sacó de su morral un poncho y se lo extendió sobre sus piernas.

—Te raptaron, te golpearon, te vejaron y luego, creyendo que estabas muerta, te arrojaron por allí —le dijo.

Algunas imágenes comenzaron a aparecer en la mente de Rosalía. Recordó los alaridos de los indios. El relincho de los caballos. El sonido de las balas. El grito desaforado del postillón... Y

luego, el indio mal oliente apretándola sobre su cuerpo, cabalgando a todo galope y gritando frases inentendibles a todo pulmón. El cuerpo se le había entumecido del miedo.

En determinado momento Rosalía se soltó del indio y cayó sobre el camino. Al mismo tiempo, el hombre, con la rapidez del viento, la volvió a subir en ancas, apretándola con tanta fuerza que le costaba respirar.

Luego de un rato largo de avanzar cabalgando como diablos con las lanzas en alto, a los gritos desaforados, comenzaron a aminorar la marcha y a detenerse. Hablaban entre ellos. Se detuvieron, amarraron los caballos a unos árboles dejándolos tomar agua de un arroyo. Rosalía no entendía el idioma que hablaban, solo estaba segura de que la muerte estaba otra vez cerca de ella.

El indio que la llevaba consigo no se detuvo con el resto y avanzó un poco más, parando debajo de un árbol. La tiró contra el piso y se hundió sobre ella. A pesar de los gritos y puñetazos de Rosalía, el salvaje le rompió el atavío y la penetró duramente, descargando su inquina en cada golpeo sobre el débil cuerpo de Rosalía, hasta que se detuvo, la miró, le gritó algo que ella no entendió y la golpeó con furia en el rostro. Luego tomó su miembro erecto y la penetró de nuevo. Rosalía sintió el dolor en la entrepierna. Cerró sus ojos y tapó sus oídos con ambas manos. Mientras su cabeza golpeaba contra el árbol en cada embate del hombre contra su cuerpo.

Enseguida apareció otro indígena con los ojos inyectados de sangre, que había estado observando la escena detrás de un árbol, y antes de que Rosalía pudiera levantarse, ya estaba sobre ella listo para someterla. Otra vez el hedor repugnante del salvaje sobre ella, jadeando y penetrándola sin concesión y a los gritos, y con la otra mano levantando a modo de trofeo una bota de cuero con aguardiente. Rosalía ya no se resistió más, era peor, se quedó quietita saciando la sed de los salvajes mal trazados. Enseguida llegó el tercero que mientras la penetraba, le golpeaba la cara con furia y gritaba palabras extrañas a los oídos de la joven. El infeliz la cabalgó durante un largo rato apretando sus pechos, jadeando y tironeando su cabellera. Luego vino otro, y luego otro... hasta que cerró sus ojos y el dolor la hizo desvanecer por completo.

Rosalía rompió en llanto frente a la mujer que la miraba.

—¡Son salvajes, no son humanos! —dijo al recordar lo sucedido.

—Tranquila, ahora descansa un poquito —le dijo la india y luego salió por la apertura.

Rosalía seguía llorando, no podía respirar por la congoja.

Enseguida regresó la mujer con un jarro humeante en su mano. La muchacha lo tomó sin miramientos y lo ingirió rápidamente, como si ese líquido pudiera limpiarla de la pesadilla vivida, haciendo arcadas luego de terminarlo, y mirando para todos lados asustada. ¿Qué le había dado de beber esta india?

—¿Quién es usted...? — le preguntó Rosalía—. No habla como ellos —siguió.

En ese momento ingresó un indio con el cabello tomado con una vincha tejida muy colorida. Vestía un chamal y cubría sus pies con zumeles confeccionados con cuero de las patas de las vacas y caballos. Llevaba un tazón de madera en la mano, que enseguida tomó la india y se lo dio a beber a Rosalía.

Rosalía observaba ahora en silencio. ¿Y ahora qué le daban? ¿Y si la envenenaban?

—Tomá esto también. Te va a dar fuerzas —le dijo la mujer.

Rosalía lo tomó con su mano, tuvo que hacer un gran esfuerzo para beberlo ya que el brebaje era más asqueroso que el que acababa de tomar.

La india la observaba con compasión.

—El remedio lo hizo la Machi. Ella vendrá luego a verte —le dijo.

—¿Quién es Machi?

—La curandera, así se le llama aquí...

Luego de beber la infusión, Rosalía se quedó mirando a la mujer que estaba sentada a su lado... con las piernas cruzadas. Por un momento sintió otra vez el dolor. Pero esta vez el dolor de la impotencia, de no poder volver el tiempo para atrás y suspender ese viaje que la había dejado allí: en una toldería con indios, moribunda y dolorida. Con los indios malos; así definía a los que maloqueaban en la zona dejando solo desastres y desolación. Recordó a sus padres, muertos. Pensó en sus hermanas y lo preocupadas que estarían por ella. Sintió náuseas nuevamente. Volteó su cabeza y otra vez vomitó todo... allí, al costado de las pieles donde estaba acostada. Enseguida la india, con una lanza corta de punta ancha, escarbó la tierra y la puso sobre el vómito de Rosalía. Mágicamente, luego de sacar todo de su estómago, un alivio llegó a su cuerpo.

—Usted no parece una india —le dijo.

—¿Por qué?

—No sé, domina muy bien el español, no habla como ellos...

La india no contestó.

—Yo me llamo Rosalía, y ¿usted?

—Me llamo Mailén. ¿Cómo te sentís? ¿Recordás lo qué te pasó? —al fin, contestó la mujer.

—Sí, viajaba a Tulumba desde Córdoba cuando nos alcanzó un malón. Luego me llevaron. En un paraje me deshonraron muchas veces, me pegaron y de allí no recuerdo nada más...

—Eso es muy lejos de aquí, se ve que te traían y como no reaccionabas, pensaron que estabas muerta, por eso te dejaron tirada.

—¿Cómo llegué hasta aquí?

—Unos niños me avisaron que te habían visto y te fuimos a buscar.

—Y ahora, ¿qué va a pasar conmigo?

—No lo sé, por ahora tenés que reponerte.

—Gracias —le dijo Rosalía a esa mujer que seguro la estaba ayudando sin esperar nada a cambio. El mundo salvaje de afuera la aterraba. Pasado un rato, Mailén se levantó para irse.

—¡No me dejes sola, por favor! —le dijo tomando su brazo para que no se fuera.

—Tranquila, voy por agua.

Rosalía comenzó a observar a su alrededor. Justo al lado de la apertura del toldo había una horqueta de la cual colgaban algunos tientos y vinchas, y al frente de ella había otra cuja de piel. “Seguramente allí duerme Mailén”, pensó.

Los minutos que pasaron hasta que regresó su protectora le parecieron horas, Rosalía tenía miedo de que se abriera la tienda y aparecieran los salvajes que la habían ultrajado y se divirtieran con ella hasta dejarla inconsciente.

Mailén regresó con una vasija con agua, de la cual Rosalía bebió con ganas. Otra vez quiso levantarse y el dolor se lo impidió.

—Mucha paciencia, querida. Esto va a llevar un tiempo.

—¿Qué va a pasar conmigo ahora? —volvió a preguntar.

Tenía tantas preguntas y tanto miedo de escuchar las respuestas... Pero un solo deseo, estar en su casa junto a sus hermanas. No dejaba de atormentarse pensando en lo preocupadas que estarían por ella.

—Lo importante ahora es curarte. Luego veremos.

Esa noche, Mailén le trajo un poco de carne de caballo asada. Rosalía la comió con ganas y luego, acurrucada de frío y dolor, se entregó al sueño bajo la mirada de su cuidadora.

A la mañana siguiente, muy temprano, Mailén salió del toldo con algunos utensilios en sus manos; Rosalía no alcanzó a ver qué eran, aún no podía moverse. Cuando regresó le contó que había ido hasta la laguna a higienizarse. Le había traído un cántaro con agua. Buscó un trapo y la lavó concienzudamente, luego le pasó un aceite por el cabello y se lo trenzó con sumo cuidado, arropándola por el frío.

—Gracias, Mailén, sos muy buena conmigo.

—De nada —dijo la mujer, sonriendo.

—¿Cuándo me puedo ir de aquí? ¿Me puedo ir, verdad? —preguntó con timidez.

Silencio. Mailén la observaba, pero no contestaba.

—Rosalía, aquí las costumbres son distintas a las que seguro vos conocés. Contame de vos, ¿tenés hermanos, padres?

—Mis padres murieron asesinados unos días antes de mi viaje. Y tengo una hermana mayor que se llama Teresa y la menor que se llama Juana. Pobres, qué preocupadas deben estar. Perdimos a mis padres y luego me pierdo yo, por una tontera...

—Y tus hermanas, ¿están casadas?

—No, ninguna. Ahora somos solo nosotras tres.

Unos gritos, desconocidos para Rosalía, interrumpieron la conversación.

—¿Qué pasa? —preguntó asustada.

—Están regresando de cazar y les fue muy bien... Así que debo ir a buscar leña. Más tarde regreso.

Rosalía se sentía totalmente desprotegida cuando Mailén salía del toldo. La desolación se juntaba con el dolor de su cuerpo y la angustia de lo vivido. Su mirada quedaba fija en la cortina que cubría el ingreso al toldo esperando aterrada que alguien entrara. El lugar era apestoso y frío. “¿Será otro castigo por haber estado con el cura?”, pensaba Rosalía.

Al rato sintió el crujir de la ramada. Se puso muy nerviosa hasta que vio las cabecitas de unos pequeños que se asomaban a espiar. Miraban, decían algo que Rosalía no entendía, se reían y luego se iban corriendo.

Llegaba la tardecita y al fin apareció Mailén; se la veía un poco nerviosa.

—¿Qué sucede? —le preguntó Rosalía.

—Aún nada, pero esta noche tenés que estar alerta, yo te dejo los tientos para que cierres muy bien y no le abras a nadie; el alcohol los deja hechos unas fieras y desconocen todo, hoy debo estar con el cacique. Hay festejos porque les ha ido muy bien en la cacería.

A Rosalía se le apagó el corazón con las palabras de la mujer, otra vez pasar por esos salvajes... Le pidió llorando que se quedara con ella por la noche, que no la dejara sola en ese infortunio. Pero Mailén tenía que cumplir con sus deberes de esposa.

Cuando se quedó sola, apenas la luna se acomodó, cerró con todas sus fuerzas la cortina de cuero, la ajustó bien con los tientos que le había dejado Mailén y se arrebujó sobre la cuja con la mirada fija en la puerta del toldo, abrazando sus rodillas y soportando el dolor. El fuego que habían encendido afuera tomó fuerza y las sombras empezaron a danzar alrededor de la tienda. Los gritos y cantos tomaron la noche, por allí se escuchaba alguna india rezongar por el atropello

masculino.

En un momento alguien quiso entrar torpemente a la carpa, pero se desplomó ruidosamente en el piso, quedando recostado en el exterior bajo la mirada aterrada de Rosalía que ya casi ni respiraba para no hacer ruido. Al rato la sombra dejó de insistir y se alejó lentamente. Empezó a rezar a la virgen María. Le pedía que la perdonara por haber estado con un cura. Ella estaba en el cielo y lo veía todo. Sabía que Rosalía era inocente. Confiaba en eso. Le pidió por esa noche, que nadie la molestara, que el tiempo pasara rápido.

Cuando el sol despuntó, recién allí llegó el silencio y también Mailén con su tinaja con agua caliente.

—¿Qué te pasó? —preguntó Rosalía al ver el rostro lleno de moretones de Mailén.

—Me caí.

—Ah, conozco ese tipo de caída.

—Imagino que sí. Esto va a durar un par de días, aquí los festejos son así —le dijo a la muchacha.

—No, no puede ser... —repetía Rosalía lamentándose.

Ambas mujeres no hablaron más del tema. Las dos sabían que no había sido una caída sino golpes desafortunados, pero preferían ignorarlos, tal vez eso las ayudaba a seguir adelante ante tanta adversidad.

—Mailén, una vez que me reponga, me voy —rompió el silencio Rosalía.

La mujer la miró cariñosamente y le preguntó:

—¿Te molestaron en la noche?

—No, alguien quiso entrar, pero se ve que estaba muy borracho porque cayó a un costado y por un largo rato quedó allí, luego se fue. Imaginate el susto.

—Paciencia.

Mailén era un ángel en medio de la desgracia. ¿Qué habría hecho sin su ayuda?

¿Qué pasaría con su vida ahora? No se animaba a imaginar un futuro inmediato. ¿Qué habría sido de Alfonso? ¿Qué sería de ella a partir de ahora? Cuántas preguntas sin respuesta.

El silencio se apoderó del lugar, solo el bisbiseo de algunas mujeres que circundaban por ahí.

CAPÍTULO 14

¿ACEPTAR O LUCHAR?



Rosalía se sentía mejor. De todas maneras, el dolor aún no la dejaba permanecer parada por mucho tiempo, la hediondez del lugar le resultaba difícil de soportar y la descomponía, ya era hora de tomar un poco de aire, así que ese día esperó a que llegara Mailén y le pidió que la ayudara a salir un rato.

Tomada del brazo de su protectora, arrimó su carita por la entrada del toldo antes de salir, y vio un mundo diferente: el paisaje lucía yermo, se veían chañares y espinillos. Algunas mujeres con los brazos cargados de leños, caminando y dando luz a la tristeza del entorno. Otras, sacudían las enramadas con escobas de biznagas. Los niños corriendo a los gritos, algunos hombres tirados junto al fuego pagando la borrachera de la noche anterior. Los más ancianos, sentados en rueda con sus pipas largas colgando de los labios. Gallinas, perros y otros animales sueltos. Las horquetas sosteniendo ollas humeantes, tal vez guisos de carnes de yegua. Cerca de allí, un potrero atiborrado de caballos de excelente estampa. Algunos los vareaban, otros los cepillaban, y entonces lo vio. El niño saltaba al potro en su carrera alocada y se iba trepando como mono al árbol. La destreza del pequeño era admirable. Se quedó un rato mirándolo.

Rosalía le preguntó a Mailén qué significaban las lanzas clavadas afuera del ingreso de algunos toldos que les daban un aire de superioridad. Ella le explicó que se trataba de las tiendas de los indios de mayor estirpe.

Era extraño, hoy se encontraba adentro de un sitio parecido al que tantas veces había espiado desde afuera. Seguía observando todo aferrada al brazo de Mailén. La vida le estaba mostrando lo impredecible que era. Había sucedido todo tan rápido que ella no podía asimilarlo. Seguía observando, tratando de buscar la bondad que no había encontrado en los salvajes que la habían violando y ultrajado de la peor manera. Que le habían dejado una mancha en su corazón y en su cuerpo que jamás podría borrar. ¿Y ahora?

Un niño llegó corriendo hacia donde estaban ellas. Era el mismo niño que minutos antes estaba colgado de los potros.

—Nahuel, vení que te voy a presentar a la señorita Rosalía.

—Ña, *signorita*.

—Está aprendiendo español. Es mi alumno —agregó Mailén, orgullosa.

—Hola, Nahuel —dijo Rosalía con el fin de integrarse.

Siguieron caminando despacio tratando de esquivar los cuerpos tirados en el piso presos de la borrachera, hasta que las arremetieron dos mujeres gritando en un idioma que la muchacha no entendía. Les lanzaron piedras, Mailén trató de cubrir a Rosalía con su cuerpo, mientras Nahuel las espantaba con un palo que traía en sus manos.

—Tranquila, ellas creen que les quitamos sus lugares como mujeres, cuando en realidad nosotras estamos aquí esperando la oportunidad para desaparecer.

Dieron por terminado el paseo y regresaron al toldo.

Rosalía le seguía preguntando de todo a Mailén, obteniendo solo la mitad de las respuestas. Lo que le quedaba claro es que estaba en un asentamiento de indios muy lejos de su hogar. ¿Tanto había viajado con los salvajes? Ella podía sentirlo en el clima, hacía más frío y había más humedad. ¿Cómo haría para llegar hasta su casa?

Los días pasaban y Mailén le enseñaba algunas de las costumbres de los indios, por ejemplo, el juego de los dados que era su preferido: eran ocho cubitos de hueso blanco y negro, también había traído un poco de aguardiente para el frío. Pasaban juntas el mayor tiempo posible.

Con el tiempo, Rosalía fue recobrando fuerzas; nunca dejó de beber las tisanas que le preparaba la Machi, como así también presenciar los rituales con humo producto de la mezcla de yuyos y baile que le hacía en el toldo; al principio la miraba escéptica, luego cuando comenzó a sentirse mejor, le dio todo el crédito.

Se fue sintiendo mejor, su cuerpo joven respondía a las curaciones. Mailén le había traído algunas botellitas con ungüentos para que se pusiera en el cabello. Enseguida Rosalía se dio cuenta de que provenían de los saqueos a las estancias que hacían los indios.

Más animada, Rosalía se ofreció a ayudar a Mailén en su tarea como maestra del lugar. Quería hacer algo para no estar pensando en su desgracia. Ocupar el tiempo en cosas productivas.

Rosalía le propuso a Mailén algunas ideas para que más chicos vinieran a aprender y que sus madres los pudieran acompañar. Como no tenían materiales suficientes, hicieron una lista de lo que necesitaban para pedirle al cacique. También pensaban solicitarle autorización para armar una escuelita para todas las edades. Era un gran desafío, Mailén ya le había comentado que la concurrencia era escasa; no les interesaba mucho, pero Rosalía insistió en buscar alguna manera para comprometerlos con la educación.

Se pasaban horas conversando sobre el asunto... Mailén admiraba la energía que ponía en todo Rosalía.

—¿Dónde aprendiste a leer y escribir? —le preguntó un día Rosalía mientras ordenaban las tareas.

—Es una larga historia.

—Creo que tengo tiempo de sobra, ¿qué opinás?

Rosalía estaba segura de que en el corazón de Mailén había algo escondido y quería averiguar de qué se trataba.

—Otro día te cuento.

Enseguida entendió que no debía insistir, así que siguió con las labores.

—¿Qué te parece si incluimos algo de religión? —preguntó la joven.

—Vamos a ver...

Mailén se sentía muy bien con Rosalía pero le preocupaba su destino; apenas vieran que estaba en condiciones, vendrían a reclamarla. Por su lado, Rosalía no tenía muy clara cuál era la situación con ella en ese lugar y su benefactora no le decía nada al respecto.

Una tarde, antes de que el sol se escondiera, ambas mujeres recibieron una visita inesperada. Un hombre de pelo negro y nariz angulosa, con una vincha bien definida en colores fuertes, ingresó sin preámbulos a la tienda.

—Cacique —dijo asombrada Mailén. No era usual que las cosas sucedieran así.

En una lengua bastante enrevesada y con la traducción de Mailén, dialogó con Rosalía. Se disculpó por las atrocidades que había sufrido en manos de los indios. Le aclaró que no eran de su comunidad. Rosalía lo observaba... Tenía paz en sus hombros, se decían muchas cosas de él, en las diferentes tolderías era muy respetado y admirado, indio de pura estrategia, cabecilla de grandes malones. Le dio la bienvenida y le dijo que ella quedaba bajo la protección de Mailén. Entonces Rosalía entendió que si estaba a salvo, era gracias a esa mujer que milagrosamente había aparecido en su vida.

Luego de compartir un momento con ambas mujeres, el cacique se retiró.

Mailén consideró que ya era tiempo de contarle a Rosalía cómo seguía su situación allí. No iba a ser fácil para la niña.

—Cuando te repongas... van a venir a reclamarte, como esposa, algo así —dijo cuidadosamente Mailén, observando la transformación en la cara de Rosalía.

—¿Qué? Yo no voy a ser esposa de ninguno de estos bárbaros. Cuando pueda me voy de este lugar. Ya demasiado me hicieron, ¡salvajes!

—No es fácil, querida.

Silencio. Mailén dejó que el silencio mandara. Eso ayudaría a Rosalía a pensar. Ya le había dicho lo que sucedería, ahora, debían esperar. Así eran las cosas allí.

Luego de esa charla, Rosalía había perdido el interés por todo. Solo pensaba en cómo podía irse de ese lugar. Entonces, Mailén decidió conversar abiertamente con la joven cautiva. Luego de los quehaceres, se sentó a comer con ella dispuesta a contarle una larga historia, la cual Rosalía esperaba hacía tiempo. Bebió un trago de aguardiente, se acomodó en la cuja y empezó:

—Hace muchos años, casi los mismos que tenés vos ahora, yo era una jovencita muy feliz viviendo mis primeros meses de matrimonio en una estancia en Villa Concepción del Río Cuarto. Un día, el peor día de mi vida, fuimos arrasados por un malón de indios. Luego de eso mi vida cambió para siempre —dijo con voz entrecortada. Y luego de tragar saliva, continuó:

—Estaba embarazada de pocos meses cuando me ocurrió eso, así que traté por todos los medios de cuidar mi panza. Me llevaron a una toldería adonde la pasé muy mal, recibía diariamente palizas tanto de indias como de indios. Yo no comprendía por qué me pegaban. Con todas mis fuerzas, las que me quedaban, logré escapar. No conocía el lugar, pero me fui. Una fuerza superior adentro mío, que era mi hijo, me ayudaba a salir. Corrí, corrí mucho, no sé cuánto tiempo pasó, días... —dijo tratando de reponerse. El recuerdo le había transformado los gestos. En un instante se había convertido en una Mailén totalmente vulnerable.

—Me capturaron. Otra vez regresé a lo mismo. Estaba abatida. Solo me importaba no perder el embarazo. El tiempo se acercaba... Y al fin, nació. Mi bebé estaba tan arraigado a mí, que a pesar de todo, nunca me abandonó —se tomó el rostro con ambas manos y Rosalía se sentó a su lado pasando su brazo por su hombro. Mailén continuó con el relato:

—Luego de descansar un poco y prenderlo de mi pecho, lo envolví en un poncho y otra vez me escapé, ya lo había planeado. Esta vez me fui con mi hijito recién nacido a caballo. Lo até a mi pecho y salimos. Todavía puedo sentir los latidos de su corazón aquí... —dijo, conteniendo las lágrimas, y apoyando una mano en su pecho. Anduve arriba del caballo sin rumbo no sé cuánto tiempo. No sé de dónde salía la fuerza que me mantenía. Entonces, entre los árboles, vi un rancherío y cuando me estaba acercando me alcanzó otra vez un malón de indios. Logré dejar a mi hijito tirado en el pasto enrollado en el poncho... Justo cuando me arrancaron del piso, vi a una mujer salir de un rancho. Con todas mis fuerzas empecé a gritar que buscara al bebé, y entre lágrimas y con el corazón desgarrado, me entregué a mi suerte. Ya nada importaba y si moría... mejor. La mujer se quedó mirando cómo me llevaban colgada del caballo y yo desesperada señalaba el lugar donde había dejado a mi chiquito.

Rosalía ya no pudo contener sus lágrimas de dolor y admiración por esa mujer que estaba delante de ella, que contaba su historia como si fuera de otra persona.

—Y después, ¿qué te pasó?

—Pasé derecho a una toldería donde un capitanejo me resguardó de los malos tratos, aunque a veces todo se volvía confuso y bueno, te imaginás... Hasta que un día, después de que pasara mucho tiempo, no sé cuánto, años, apareció el cacique, vi la bondad en sus ojos y le pedí por favor que me sacara de allí. El maltrato de las indias era tremendo, ellas me culpaban de sacarle a sus hombres, él pagó mucho por mí y me trajo aquí, bueno acá estoy...

—Dios mío, Mailén, no sé qué decirte.

—No sé qué sucedió con mi hijo, pero siento en mi corazón que está bien y muy lejos de aquí.

—¿Nunca pensaste en regresar a tu hogar, en buscar a tu hijo?

—No se vuelve de esto, ya sabés lo que pasa con las cautivas cuando regresan, imagínate yo, que estaba embarazada. Prefiero que me den por muerta y listo. Aquí no estoy mal. El cacique me cuida. Y que mi hijo no esté aquí, ya es suficiente para mí. De todas maneras traté de escaparme muchas veces y siempre retorno... Tengo que aceptar que mi destino es este. Y si mi hijo está bien, es mejor que no sepa que su madre es una cautiva... imagínate. Mejor así.

—Pero, hace poco tiempo que estás con el cacique.

—Sí, desde que llegó de Chile para organizar a los indígenas. Igual prefiero olvidar todo lo que pasé durante los últimos años de mi vida.

—¿Qué puedo hacer por vos?

—Nada, solo reponerte y decidir qué vas a hacer con tu vida. ¿Y vos, tenías novio?

Alfonso invadió el pensamiento de Rosalía y sus ojos se llenaron de lágrimas, igual decidió no contar nada, no tenía sentido, si nunca lo volvería a ver. Seguramente estaría en alguna iglesia ejerciendo su sacerdocio; contar ese pecado le traería más castigo.

—No, nada importante...

—¿Por qué las lágrimas entonces?

—Nostalgia por lo que no voy a volver a vivir —le dijo.

En ese momento Mailén se levantó y la abrazó fuerte, ambas mujeres lloraban la misma pena. Se dio cuenta de que había algo que la atormentaba, pero si Rosalía no quería contarlo, ella la respetaría. Ya llegaría el momento. Allí estaban las dos. Unidas por el dolor. Parecían madre e hija. Lloraban en silencio.

Esa noche la muchacha no podía dormir, había mucho revuelo, se sentían jinetes por todos

lados, corridas de indios... así que se levantó y salió del toldo. Enseguida se dio cuenta de que habían llegado algunos nativos muy ofuscados y se estaban atacando entre sí.

—*¡Dentra! Turbamulta... Turbamulta* —gritaba Nahuel pasando al lado de Rosalía y tratando de empujarla para adentro. Turbamulta le decían a la multitud confusa y desordenada. Antes de que el sol despuntara, Mailén ya estaba en el toldo de Rosalía con su cuerno lleno de algún brebaje nuevo de la Machi. La joven la esperaba sentada con la mirada fija en la entrada.

—¿Qué pasó anoche?

—Otro ataque... indios y ¿sabes qué?, los envía el gobernador y éste no va a parar hasta saber que no queden más indígenas en el interior. Me decían esta mañana que se fueron en medio del ataque porque nosotros somos muchos más que ellos. ¿Qué te parece? Y luego el gobernador hace tratos con el cacique... es impresionante la manipulación. Hace tiempo que veo esto. A pesar de la barbarie, están muy manipulados por los blancos, como dicen ellos.

—¿Los indios también se pelean entre sí?

—Y sí, muchas veces por encargo de los blancos. En otros casos, en la negociación con los blancos, la mayoría de las veces, estos no cumplen con lo prometido y eso les despierta la furia, de allí los malones...

—Es difícil entender el comportamiento humano, lo único que me queda claro es que siempre se pelea por el poder de mando. ¡Por Dios! Esa misma guerra de poderes es la que mató a mis padres —dijo Rosalía con furia en sus palabras y en sus ojos—. Unitarios, federales, indios, blancos... ¿Qué más?

Afuera hacía frío, la helada conminaba el paisaje con los muertos tirados por todos lados, alguna india gritando abrazando a un niño muerto en el suelo. Correteadas en busca de leña para prender fuego. La desgracia se atufaba en el ambiente. Rosalía observaba el polvo ensangrentado. ¿Con qué fin?

Ese día las mujeres se dedicaron a buscar leña, cocinar y resguardar a los heridos. Rosalía y Mailén ayudaban a la Machi en sus curaciones. El indio estaba con el orgullo herido, seguro la venganza se estaba escribiendo. El ataque había sido imprevisto y mal intencionado.

Las mujeres de la toldería, al ver la disposición de Rosalía ayudando a todos sin miramientos, ordenando con señas para que le acercaran agua caliente y trapos, la observaban con respeto. Seguramente ya no la molestarían más.

Rosalía observaba a Mailén. Recordaba a doña Ana, su madre. Tal vez desde el cielo había interferido para que Mailén estuviera a su lado. Ese pensamiento le provocó una sonrisa que la extendió mirando el cielo, agradeciendo. Doña Ana jamás se hubiera imaginado a su hija en esa situación, entre los indios.

Finalmente la tranquilidad retornó al lugar. Mailén estaba preocupada porque ya era tiempo de que vinieran a reclamar a la muchacha. No estaba segura de que Rosalía lo pudiera soportar.

El día anterior habían salido a maloquear.

Mailén le contó a Rosalía que el asentamiento no tenía acuerdos con nadie, ni con blancos ni con otros indios, esa era la razón de los ataques. El cacique era muy reconocido por sus malones y su agresión al momento de acometer. Pero también le dejó en claro que ese era el lugar donde mejor la habían tratado, por eso quería quedarse allí.

Nahuel le había traído su parte del botín, había seleccionado para ella una peineta de plata, jabones y aceites y algunos vestidos todos arrugados.

Rosalía empezaba a sentirse parte de la comunidad, ya no la molestaban y podía ir sola hasta la laguna a higienizarse, traía agua y a veces salía a juntar la leña. Se esmeraba en aprender el idioma para poder comunicarse, había improvisado algunos vestidos para las niñas más pequeñas, y ayudaba a las mujeres a cocinar recordando algunas recetas de la negra Arusi.

El áspero invierno dejaba lugar a los primeros atisbos de la primavera. Rosalía se disponía para comenzar con su clase, había conseguido unos cueros y había improvisado unos banquitos. Cada día agregaba más contenidos a sus horas con los más pequeños. Le gustaba verlos. Eran fuertes, leales a su cultura y ávidos para aprender. Al principio la miraban con desconfianza, pero de a poco Rosalía se había ganado su confianza.

Nahuel, que en la lengua nativa significa “tigre” y que hacía honor a su nombre con su personalidad prepotente, estaba muy encantado de aprender. Esa tarde había llegado temprano con sus hermanos menores. Ya estaban al comienzo de la clase; Rosalía había llevado los dados de hueso y varias piedras seleccionadas especialmente casi del mismo tamaño para enseñarles a sumar y restar. Cada día iban eliminando el obstáculo del idioma. Rosalía les había explicado, por medio de Mailén, lo importante que sería para ellos hablar la lengua de los blancos. Así lo entendieron.

Poder alfabetizar a los pequeños le hacía sentir que el día era más corto, le gustaba compartir esos momentos con Mailén y los niños. No siempre lograba que asistieran todos. Esa tarde, a la hora de la siesta, eran poquitos cuando se escuchó la voz...

—¡Nahuel, *pa'l* campo, *pa'l* campo! —gritaba desaforadamente un indio desde el caballo chuzando la lanza para un costado y desperdigando polvareda con su potro en dos patas.

Nahuel salió corriendo para el lado de la toltería. Mailén miró fijo a Rosalía indicándole que no dijera nada. Ese chiquillo ya estaba listo para acompañar a los más grandes. Y así era, efectivamente Nahuel fue en busca de armas y salió corriendo detrás del indígena.

Rosalía quedó compungida por la situación, que ya era recurrente con los niños de esa edad. Primero aprendían a montar los caballos, a subirse a pelo, como le decían. Luego las armas, y ya estaban listos para salir a maloquear. Había cambiado los horarios para que los más grandes pudieran asistir sin interrupciones, pero siempre era muy irregular, a veces iban las madres con todos los niños y otras veces nadie... Por Nahuel sentía un cariño muy especial. Tal vez porque este niño siempre estaba curioseando a su alrededor, preguntando cosas, fundamentalmente sobre España; él quería viajar, sabía de todo, y lo que no, lo aprendía. Le preguntaba a Rosalía qué podía hacer para convertirse en blanco y viajar a España como un caballero. Era un ser muy especial. Rosalía le contestaba siempre que debía aprender a leer y escribir, eso le abriría las puertas del mundo.

Terminó la tarde atragantada con la partida de Nahuel y se dispuso a esperar a Mailén, no saldría de su toldo.

Rosalía ya estaba recuperada, y había pensado en conversar con su protectora. Ya sabía que pronto tendría que servir de esposa como lo hacía Mailén, y eso no le gustaba para nada. Se quería ir de ese lugar, regresar a su casa con sus hermanas. Apenas llegó Mailén, comenzó a preguntarle:

—¿No te gustaría marcharte conmigo? Te llevaría a la estancia donde vivo y buscaríamos la forma de que te acomodes donde vos quieras. Podrías dormir en una cama, entre otras comodidades, y buscar a tu hijo, a tu esposo... —le dijo a Mailén muy segura de la decisión que

estaba a punto de tomar.

—Sshhh, estoy aquí porque quiero y lo elijo. No te preocupes por mí. Y tampoco creas que vas a poder marcharte cuando quieras, tu vida no vale nada, ¿comprendés? Estamos muy lejos de tu casa.

En ese momento las interrumpió un niño de unos cuatro años con un fusil en la mano, correteando entre ellas, seguramente era un trofeo de los malones.

—¡Dejá eso! —le gritó Mailén en el idioma aborigen.

—¡Mío! ¡Mío! —decía el niño al tiempo que se retiraba corriendo con su fusil, feliz.

—No me acostumbro a ver los chicos pequeños con las armas en sus manos como si fueran juguetes.

—¿Por qué deberías acostumbrarte? Un niño jamás debe tener armas.

Mailén le lanzó una mirada, le dejó una vincha colorida que ella misma había tejido y se fue sin emitir más comentarios. Sabía que en algún momento Rosalía escaparía y no estaba segura de su suerte. Eso la preocupaba mucho.

Esa noche había festejo, a Asti, el hermano más pequeño de Nahuel, el que había pasado con el arma delante de ella, le abrirían las orejas. Eso lo hacían para que el niño estuviera protegido por los buenos espíritus.

Durante toda la tarde se prepararon juntando leña y cocinando. Las indias correteaban, se pintaban las caras, había cruces de hierro con animales asándose incrustados en ellas. Mailén le había traído a Rosalía un poncho bien grueso, y un cinto de cuero de caballo. Cuando la vio vestida comenzó a reír, parecía un gaucho, divertidas se trenzaron el cabello con aceite de almendras que nunca les faltaba. Luego Mailén la coronó con la vincha que ella misma había tejido y se quedó mirándola. Era muy bella y tan joven allí prisionera. Sería la primera salida social de Rosalía.

A la joven no le costaba adaptarse, aunque sí pensar que se quedaría toda la vida allí; admiraba a Mailén por haberlo aceptado sin más. Pero ella no podía, no se convertiría en una india, sus hermanas seguro esperaban por ella, debía regresar, arreglar las cosas con el cura Alfonso y organizar la vida con su familia. Los pensamientos tomaron la mente de Rosalía cuando se imaginó frente a un espejo con el atuendo que tenía puesto. Si doña Ana la viera, moriría de tristeza; su hija allí, enterrada en una toldearía. Don Julio, que siempre estaba buscando lo mejor para sus hijas. Sintió tanto desconsuelo por ella, por su destino.

Cuando salieron, la noche se veía distinta y de fiesta, las siluetas moviéndose alrededor del fuego al ritmo del golpeteo de tambores lucían raras. Llegaron al costado del fogón, y se sentaron en cuclillas junto a otras mujeres.

Antes de merecer la comida, tomaron al pequeño Asti y lo colocaron acostado sobre un caballo que ya estaba derribado y con las patas delanteras atadas para que no pudiera moverse. Luego le perforaron las orejas con un hueso de avestruz bien afilado; los gritos de Asti sometieron los oídos de Rosalía, el indio tomó sangre de las orejas del niño y comenzó un ritual de baile y canto para que los espíritus fueran propicios con el niño, luego el festín ya estaba inaugurado.

Enseguida Mailén acomodó a Rosalía donde estaba sentado el cacique con los caciquillos y las esposas, fumando pipa y bebiendo aguardiente. La mujer traducía todo lo que decían ya que Rosalía, por más esfuerzo que hacía, no podía entender demasiado.

A la derecha del cacique había un joven indio que no dejaba descansar su mirada sobre la

joven. Ella trató de obviarlo con disimulo mientras conversaba con Mailén. Más tarde se enteró de que ese era el hombre del cual ella sería su nueva esposa.

No se movió de su lugar, le acercaron comida y en ningún momento dejó la vasija que tenía en la mano.

El festejo terminó con todos borrachos, inclusive Rosalía que ni siquiera se podía mantener en pie y que comenzó a gritar barbaridades a los indios. En ese momento Mailén la tomó de los brazos, y como pudo, empezó a arrastrarla hasta el toldo antes de que comenzara la lujuria desenfadada. La fiesta duraría varios días.

—¡Salvajes mal nacidos! Voy a volver y los voy a matar a todos. Bueno, ustedes no tienen la culpa, al fin luchan por qué... ¿Por qué se matan? ¡Porque son unos bárbaros! ¡Los odio! —iba gritando a todo pulmón.

Mailén le tapaba la boca y trataba de tranquilizarla, no se había dado cuenta en qué momento esta niña había bebido tanto.

—¡Voy a volver y los voy a matar a todos! ¡Salvajes! ¿No me creen? ¡Esperen, no saben con quién se metieron! ¡Los maldigo!

—¡Callate, niña bocona! Menos mal que ellos no comprenden nuestro idioma...

En su borrachera, Rosalía había perdido todo dejo de timidez y desafiaba a todo indio que se le cruzaba. Llegaron al toldo y enseguida Mailén la recostó sobre la cuja, donde cayó dormida sin preámbulos.

Al día siguiente la Machi le trajo a Rosalía un brebaje para la resaca; ya estaba acostumbrada a beber todo lo que la curandera le daba, siempre tenía un sabor horrible, pero invariablemente componía todo.

Rosalía aprovechó la oportunidad de estar a solas con ella para preguntarle:

—¿Me podés decir algo de mi futuro? —preguntó tímidamente.

La mujer, vieja, con el rostro seco y ajado, la miró durante unos segundos a los ojos. Rosalía sintió un escalofrío correr por su espalada. Esos ojos pequeños, apenas visibles, tan poderosos...

La Machi se sentó en cuclillas al frente de Rosalía y la miró fijo, nunca emitía palabra, ni siquiera se sabía si hablaba español, siempre hacía sonidos raros o cánticos. Posó la mano derecha sobre su hombro izquierdo y le dijo:

—Malo malo, viento malo corre a ti, tú seguir...

—¿Qué? —preguntó Rosalía

—Vida.

—¿Qué? —insistió.

Y diciendo esto la Machi retiró sus manos y como pudo se levantó, salió de la tienda sin más palabras, dejando a Rosalía mucho más confundida que antes.

—¿Cómo está mi hija hoy? —preguntó Mailén ingresando al toldo donde acababa de salir la curandera.

—Mailén, qué alegría verte.

—¿Qué te pasa? Aún no te recuperaste. ¡Qué chusca anoche! Encima le gritabas de todo a los indios, tuviste suerte de que casi nadie te entendía.

—Le pedí a la Machi que me dijera algo para el futuro... y me habló feo y raro.

—Tranquila, te traje un poco de caldo.

—Gracias, Mailén, sos realmente una madre conmigo. Te voy a extrañar mucho. Pero yo me

voy de aquí. ¿Estás segura de que no quieres venir? Necesito saber dónde estamos y dónde tengo que ir.

—Mi mundo es este. Y no te recomiendo que te vayas. Al menos por ahora. Es muy peligroso —le dijo Mailén tratando de convencerla.

—¿Qué más peligroso que vivir entre estos salvajes?

Ese día se sentía sucia, descompuesta y saturada, quería salir corriendo de allí, ¿Cómo podía ser que escapar resultara tan difícil? No lo podía entender, pero si Mailén llevaba dos décadas viviendo esa vida... Qué diferente hubiera sido la suya si Alfonso no fuese un cura engañador, y si doña Ana y don Julio estuvieran vivos, seguro estarían planeando su boda y su viaje. ¡Qué destino cruel, qué desconsuelo!

Esa noche, las lágrimas de Rosalía regaron toda la toldería.

CAPÍTULO 15

LA HUIDA



Esa noche Mailén había decidido acompañar a Rosalía aprovechando que el cacique se había ido de malón y su protegida no había tenido un buen día. Esta niña, que ya era una amiga y por la cual sentía una gran necesidad de protegerla, le recordaba mucho a ella y al camino errante que le había tocado transitar.

Trataría de convencer a la joven de que no era buena idea escapar. Ella lo había intentado durante más de veinte años y siempre la traían de regreso. Solo debía aceptar su destino.

Estaban charlando animadamente, acompañadas con un poco de aguardiente, cuando escucharon los gritos y correteadas. Ambas salieron apuradas del toldo y se encontraron con una veintena de jinetes a caballo con quepis en su cabeza arrasando todo a su alrededor.

Las mujeres se miraron, los soldados montados degollaban a cualquiera que se cruzara en su camino. Incendiaban toldos, arrastraban a las mujeres de los cabellos al costado de sus potros. ¿Por qué tanta furia? La noche se iluminó con el horror. Gritos, llantos de niños. Nadie sabía qué hacer. Los habían invadido intempestivamente.

Ante semejante panorama, Rosalía tomó a Mailén de un brazo y comenzó a correr hacia afuera de la tolдерía. Avanzaba sin mirar atrás, solo tratando de llegar a un bosquecito que había allí cerca.

Cada tanto Mailén intentaba volver, los suyos estaban siendo sometidos a una paliza salvaje y estaba confundida sobre qué hacer. El miedo le entumecía el cuerpo y se quedó parada. Rosalía regresó y la arrastró del brazo.

—¡No te detengas! ¡Vamos! ¡Vamos!

Mailén se tiró al piso y tomó un chamal, un poncho y una bota con líquido adentro, hasta que sintió el tirón de Rosalía, se puso de pie y la siguió con todas sus fuerzas.

Cuando ya estuvieron entre los árboles, siguieron caminando sin emitir palabra. Los llantos y gritos del ataque se escuchaban cada vez más lejos. Caminaron horas, no sabían cuántas... Después de un tiempo, la vista se había acomodado a la oscuridad. Hacía mucho frío.

—Descansemos un momento —propuso Rosalía.

—¿Dónde estamos?

—No tengo idea, pensé que vos sabrías.

—Soy mujer, no salgo en los malones ni los intercambios —dijo casi enfurecida Mailén. ¿Por qué nos fuimos?

—Mailén, si no nos íbamos, moríamos.

—Tomá, hace frío —le dijo Mailén dándole el chamal que había recogido, Rosalía lo enrolló enseguida sobre su cuerpo.

Se apoyaron en un árbol, abrazadas y tapadas con la manta, se quedaron dormidas. Con los albores del amanecer ya estaban las dos en pie. Miraban a su alrededor pero todo se veía igual.

—¿Dónde está el sol? —preguntó Mailén, tratando de ubicarse.

Ambas dirigieron sus miradas hacia el cielo.

—Tenemos que caminar con el sol a la derecha hasta que esté justo arriba.

—¿Estás segura? ¿Cómo sabés? —le preguntó Rosalía.

—Lo memoricé muchas veces, cuando aún tenía esperanzas de poder irme...

—¿Por qué desististe de irte? Realmente.

—Por mi marido y por mi hijo. Ellos ya deben tener una vida. Mi hijo debe tener tu edad. Mi esposo... Imaginate, apareciendo arruinaría sus vidas. Una cautiva, violada mil veces por los indios. No, los dejé libres y acepté mi destino.

Cuando el sol estuvo arriba, descansaron un rato. Luego siguieron caminando con el sol a su izquierda. Ojalá Mailén no se equivocara.

El día comenzó su retirada. Llegaba la noche y todo seguía igual. Los espinillos les cortaban la piel seca y fría, los pies tropezaban con piedras; ninguna de las dos hablaba, sumidas en sus pensamientos, seguían y seguían, querían huir, la ilusión de despertar en la cama calentita, arropadas y mimadas por sus seres amados las animaba.

Rosalía tomó la decisión de detener la marcha, su cuerpo aún no recuperado del todo comenzaba a quejarse. Mientras Mailén, que había pasado por eso varias veces, estaba muda.

Trataron de prender fuego frotando piedras, y cuando estaban a punto de desistir, apareció la llama bendita. Fue un descanso antes de elegir la muerte, ambas mujeres abrazadas al costado del fuego, tapadas con lo que tenían, intentaron dormir.

Mailén imaginaba que el cacique las encontraría rápidamente y las pondría a salvo; temía volver a pasar por nuevos ataques de indios o soldados. Miraba a Rosalía, esa chiquilla le recordaba su juventud, su fortaleza que con el tiempo había perdido. Tomó la cabeza de la muchacha y la recostó sobre su regazo.

Rosalía soñaba con ver aparecer el ingreso de su estancia. Encontrarse con sus amadas hermanas, con Blanca...

Los rostros de ambas, iluminados por una llama tenue, se veían lastimosos. Acurrucadas y tapadas con lo que tenían, trataban de descansar para luego seguir, ¿Adónde? No lo sabían, solo sobrevivir.

Antes de que el sol asomara, emprendieron la partida, confundidas y sin rumbo.

—Debemos estar cerca de algún poblado. Debemos seguir con el sol a nuestra derecha. Algo va a aparecer.

—Tranquila, Mailén, seguro vamos a llegar —decía Rosalía famélica y con su cuerpo maltrecho.

Mailén ya no podía caminar más, tenía los pies completamente lastimados y ensangrentados.

Cuando Rosalía la vio, se dio cuenta de que debían descansar. Retomaron la marcha al rato, cada minuto transcurrido el desconcierto era mayor.

Otra vez el sol se ponía y no habían llegado a ningún poblado, no tenían más aliento ni siquiera para entablar una conversación, solo se comunicaban con la mirada o con las manos, para ayudarse a caminar.

A la mañana, el sol a la derecha; a la tarde, a la izquierda y seguían...

Hasta que el milagro sucedió. Era la tardecita, la noche llegaba sin prisa y sin pausa.

—¡Mirá, luz! —exclamó Rosalía.

—¡Cuidado!, pueden ser hostiles con nosotros. Fijate que parecemos indias.

—Sí, claro. Quedate por aquí, yo me acerco un poco más a averiguar de qué se trata.

Rosalía pudo ver los veintitantos años de maltrato en la mirada cansada de su protectora, así que enseguida se puso al frente de la situación. Con mucha precaución comenzó a caminar hacia el lugar, sintiendo sobre su espalda la mirada esperanzada de Mailén que se quedó esperando.

Era un rancho de adobe con techo de paja y un corral hecho con palos a pique con algunas ovejas adentro.

Se quedó un momento observando y vio una mujer salir con un balde.

—Creo que son amigables. ¡Vamos! No se los ve hostiles.

—Vamos —dijo Mailén.

Caminaron de la mano hasta llegar a unos cincuenta metros del rancho.

—¡Alto! —dijo un hombre grandote, vestido con una camisa y un chaleco encima, chiripá, botas de potro, un cuchillo de plata cruzado en la faja, apuntándolas con un fusil.

—Solo queremos un poco de agua —dijo Rosalía al momento que Mailén caía desmayada a su lado.

El gaucho pegó un grito y del rancho salió la mujer con un poncho sobre los hombros; entre ambos ayudaron a ingresar a las cautivas.

Recostaron a Mailén sobre un catre hecho en cuero mientras Rosalía trataba de animarla.

—Me llamo Miguel; y ella, Lucía —dijo el hombre tranquilizando a las mujeres.

—Soy Rosalía y ella, Mailén.

—¿Qué les pasó? —preguntó con curiosidad Miguel, al tiempo que ofrecía asiento sobre unas rocas y cráneos de caballo alrededor de una mesa de piedra. Mientras tanto, en silencio, Lucía ponía un jarro sobre el fuego. El humo inundó rápidamente el ambiente, pero el calorcito del brasero era reconfortante.

—Tomá, querida —le dijo a Mailén ofreciéndole una tibia leche de mula que revivió el alma de la cautiva—. Esto le hace mucho bien —agregó Lucía antes de ofrecer el mismo jarro a Rosalía quien lo tomó sin respiro.

—¡Comida, mujer! Necesitan comida —dijo Miguel mirando a su mujer.

—Sí, quería calentarles un poco el cuerpo, ya *mesmo* tengo el guiso.

Y así, en el rancho junto al fuego, bebiendo leche de mula y aguardiente, Mailén recostada con los ojos cerrados, sus pies calentitos envueltos en un cuero de cordero, Lucía revolvía la olla colgada de la horqueta con un palo de madera, agregando carne al guiso, y Miguel y Rosalía conversaban sobre la odisea vivida por las mujeres.

Los aromas del guiso comenzaron a animarlos.

—Estamos cerca del camino principal. Un poco más alejado de Córdoba. Aquí estamos

tranquilos, hasta el momento. Llevamos nuestra cosecha y la cambiamos por otras comidas, vendemos algunos animales y sobrevivimos.

—¿Ustedes dos solos? —preguntó Rosalía.

—No, ni crea. El resto en este momento está de viaje en trabajo de cosecha. Regresan en un par de días. Somos diez personas y nos turnamos para viajar.

Luego de comer el guiso exquisito que había preparado Lucía, le indicaron otro catre a Rosalía. El rancho era más grande de lo que parecía y estaba todo dividido por dentro. Las pulgas y los perros parecían un manjar para las mujeres que habían estado días enteros a la intemperie donde seguro nadie sobreviviría. Mailén quedó dormida donde la dejaron. La noche fue tranquila. Al fin. Habían sobrevivido a la adversidad, estaban vivas y fuera de la tolдерía. Lo habían logrado... ¡Lo habían logrado!

Un canto de un gallo la despertó, se incorporó y el aroma de la leche caliente ahumada le brotó la sonrisa. Allí estaba Mailén y parecía que hacía rato que estaba conversando con Lucía. El rancho se había transformado en un castillo, las gallinas caminaban entre las piernas de las mujeres picoteando alguna migaja.

—Buen día —le dijo Mailén cuando vio que se había despertado.

—Se te ve muy bien —dijo amorosamente Rosalía.

—Gracias a Lucía que no ha dejado de darme cosas ricas.

—Cuánto me alegro al verte sonreír —le dijo la joven.

Rosalía completó su historia con todos los detalles, ante la mirada atenta de Miguel y Lucía. Y también de Mailén. Ambas mujeres no podían creer haber sobrevivido.

Lucía les preparó unas hojas carnosas de una planta que les aliviaría el ardor del rostro y las llagas de los pies. Estaban al rojo vivo las dos.

Se quedaron unos días allí hasta reponer fuerzas. Según las indicaciones de Miguel, aún quedaba un largo trecho hasta Villa de Tulumba.

Rosalía, como gesto de agradecimiento, los invitó a establecerse en La Esperanza. Mucha falta hacían estos gauchos en el campo con la ausencia de don Julio, y Eliseo solo para todo.

Miguel enseguida aceptó ir, allí estaban un poco solitarios y a la suerte del día a día, ávidos de algún trabajo por cosecha o ganado. Además ya no eran tan jóvenes; junto con Lucía querían establecerse en un lugar tranquilo y más poblado. Así que tras varias charlas, organizaron viajar a La Esperanza entrado el verano. Miguel trabajaría en el campo y Lucía ayudaría a Arusi en la cocina y los quehaceres domésticos de la estancia. Estaban todos muy contentos.

Llegó el día de la partida. Lucía había preparado comida y agua para el viaje y con las indicaciones del camino que le había dado Miguel, ambas mujeres saltaron sobre los caballos que les facilitaron los dueños del rancho y luego de saludos, agradecimientos y recomendaciones, emprendieron el viaje a su destino incierto.

Durante la mañana cabalgaron en el mayor de los silencios y prestando mucha atención a todo. Cuando el sol estaba bien arriba, descansaron un momento. Luego retomaron el camino, la noche se acercaba, Rosalía miraba la expresión de Mailén, firme y dura. Estaba exhausta, pero en ningún momento propuso descansar. ¿Cuántos años tendría? Tal vez la edad de doña Ana. Estaba asombrada de la capacidad de resistencia que tenía.

Entrada la noche y casi dispuestas a detenerse donde les había indicado Miguel, sintieron unos gritos y disparos. Detuvieron los caballos, bajaron enseguida y quedaron en silencio. Mailén

sentía en su interior que, como siempre, todo se acabaría, otra vez a la todería. El ruido del galope de los jinetes pasó al costado con los tiros y gritos... Durante un rato largo quedaron allí, paradas al lado del caballo, en absoluto silencio, camufladas con el bosquecillo.

—Creo que ya podemos acampar —dijo Rosalía.

—Sí, pero no prendamos fuego, me parece que es peligroso.

—De acuerdo.

Y a la luz de la luna, sacaron la manta con comida que les había preparado Lucía, un poco de leche y un buen trago de licor para el frío. Descansaron algunas horas sentadas debajo de un árbol y tapadas con los ponchos. La brisa fría traspasaba la piel, la misma que durante el día había resquebrajado y tostado el rostro de las mujeres. A la medianoche, sin poder conciliar el sueño luego de los disparos, decidieron seguir con el viaje. Despacio, sin mayor ruido, en la serenidad de la noche, partieron. Cuando salió el sol ya habían avanzado mucho y siguieron cabalgando y cabalgando. Otra vez perdían la noción del tiempo y el cansancio calaba el cuerpo y el alma. No hacían falta las palabras, la meta era sobrevivir, ganarle a la muerte que las acechaba constantemente con diferentes caras.

Llegó la noche y ya estaban dónde había previsto Miguel, dieron agua a los caballos y se sentaron una frente a la otra, mirándose. La luna decidió acompañarlas y las alumbró, se abrazaron y lloraron en silencio. Mailén tomó la iniciativa, sacó las monturas e improvisó una cuja para ambas. Tomadas de la mano, se acostaron tapadas con los ponchos y lograron descansar un par de horas. Apenas despiertas, y algo renovadas, siguieron viaje, solo se detenían para darles descanso a los caballos, y seguían, seguían...

Rosalía ya comenzaba a reconocer el paisaje.

—Creo que estamos cerca —le dijo alentando a Mailén, que ya no resistía, cada tanto caía acariciando las crines del caballo, las manos ensangrentadas por las riendas.

—Gracias a Dios; ya no me quedan fuerzas —se desahogó la mujer.

Luego de algunas horas encontraron el camino que les había indicado Miguel, el camino principal. Ese pasaba por la Villa.

Se cruzaron con unos carros tirados por mulas, los viajeros las observaban sin involucrarse. Rosalía respiraba, ya se sentía en casa, pero aún no veía el ingreso, ¿cuánto faltaba? Los caballos ya caminaban a paso lento con la cabeza caída. La joven no perdía de vista a Mailén que, exhausta, había quedado recostada sobre el lomo del animal, con los brazos colgando a los costados

Otro grupo se acercaba, Rosalía veía la polvareda, pero no tenía ánimo ni para esconderse, así que allí, sostenida por el aliento sobre el caballo, se entregó a las manos de Dios.

Los jinetes las vieron y enseguida las ayudaron.

CAPÍTULO 16

EL REGRESO A CASA



En la entrada de la estancia La Esperanza, los guardias los detuvieron antes del ingreso. Cuando reconocieron a Rosalía, los escoltaron hasta la casa. En la galería estaba Blanca, expectante, mirando.

—¡Blanca, soy yo, Rosalía! —gritó al ver que no la reconocía.

—¡Válgame Diosito! ¡Mi niña está viva!

Corriendo salió a ayudar a las viajeras. Rosalía se dejó caer en brazos de Blanca, mientras Eliseo y la peonada agradecían a los jinetes que las habían acercado el último tramo. Ayudaron a ingresar a Mailén, mirando con desconcierto a esa mujer que había traído la joven.

—¡Mi niña, mi niña! ¡Gracia Diosito por traérmela! —repetía Blanca abrazando a su chiquilla y llorando desconsoladamente.

Rosalía no podía creer que habían llegado a casa, habían salido corriendo de las tolderías sin saber qué pasaba, quién atacaba y por qué. Y sin embargo habían arribado, por fin estaban a salvo, dejó mecer su cuerpo y descansar su alma. Enseguida recordó a Mailén ¡venía con ella!, ¡era su salvadora!

—Blanca, por favor prepara un baño para Mailén y una habitación para que pueda descansar, hace más de veinte años que esta mujer no se baña en una tina ni duerme en una cama —dijo, estaba exhausta pero tan feliz.

Obedeciendo la orden de Rosalía, salieron enseguida a preparar todo.

Había llegado a casa, lo había logrado y aún seguía con vida. Vestida como una india recorrió su casa buscando a sus hermanas, mirando en cada rincón, cada objeto, los recuerdos de aquella familia feliz la acompañaban igual que las lágrimas en sus mejillas.

La servidumbre la observaba y bisbiseaba que era un milagro de don Julio y doña Ana desde el cielo que la niña estuviera de regreso y vivita.

Teresa y Juana, que estaban en el campo, se chocaron en la puerta corriendo a abrazar a su hermana perdida, que temían muerta en manos de los salvajes.

—¡Rosalía!, sabía que papi y mami te cuidarían, ¡gracias a Dios!, ¡gracias a Dios! —repetía Teresa llorando y abrazando a su hermana.

—¿Qué te hicieron? —gritaba Juana observando a su hermana. Flaca, con la piel ajada por el sol, su cabello seco y enredado.

—Estoy bien, y es todo un milagro —balbuceó Rosalía descansando en los brazos de sus queridas hermanas—. Todo un milagro —dijo y al fin, luego de tanto tiempo, aflojó su cuerpo.

Allí estaban otra vez las tres hermanas Ramírez, juntas, abrazadas en silencio, unidas en lágrimas de dolor y felicidad. Tomaron delicadamente a Rosalía del brazo y la llevaron a la tina de agua caliente que Blanca, entre llanto y risas, había preparado con sales y hierbas.

Teresa y Juana la frotaron suavemente como si fuera un bebé. Rosalía disfrutó de las caricias de sus queridas hermanas, su familia. Lavaron su cabello y lo cepillaron por un buen rato untándolo en aceite de almendras, le untaron el cuerpo con cremas... en sagrado silencio.

La negra Arusi no paraba de llorar y agradecer el milagro, mientras Blanca la retaba y la enviaba a la cocina.

Todo estaba casi en su lugar.

Vestida y en la intimidad de su cuarto, colgó a un costado del espejo la vincha que Mailén le había tejido, se paró y se miró... su cuerpo, su rostro, se veía como siempre, hasta que las imágenes empezaron a galopar en su mente, trayendo a su memoria cada uno de los últimos momentos vividos. Dejó que las ideas pasaran y pasaran, cruzó una larga mirada con su rostro reflejado, limpió sus mejillas húmedas y se preparó para ir al comedor.

Mailén trajo de su memoria, ya gastada por el tiempo, el aroma de las lavandas en la tina con agua caliente que Blanca gentilmente le había preparado, la cama limpia con sábanas perfumadas, un peine y una botella con aceite de almendras que había dejado para su cabello.

Observó tranquila la ropa sobre el lecho y pensó quién sería ese ángel que respondía al nombre de Rosalía que la había sacado de las tolдерías luego de estar tantos años cautiva.

Se introdujo en la tina dejando que su cuerpo recibiera el agua tibia perfumada, cerró los ojos y se entregó al placer de sentir alivio, había olvidado la sensación de bienestar, la emoción de la contención quedó allí. Hasta que el paso del tiempo enfrió el agua y salió.

Mientras cepillaba su pelo untado con el aceite, recorría su imagen frente al espejo, tratando de recordar su vida antes de la desgracia. Se atrevió a pensar en su amado esposo, ¿qué sería de él? No lo buscaría. No, no... tampoco a su hijo.

Acarició sus pies y también los friccionó con un poco de aceite de menta. Luego se tiró sobre el lecho como una niña de quince años, rodó de un lado al otro y comenzó a reír, reír, y luego a llorar... en cuclillas a los pies de la cama, depositó todas las lágrimas, hasta dejar solo alegría en su cuerpo. Se levantó y se vistió lentamente, tomó su cabello en un majestuoso rodete, lo cruzó con una peineta y se detuvo frente al espejo. Se recordó, con una sonrisa se saludó y, luego de un momento, se dispuso a salir del cuarto.

—¡Mailén!, no te reconocí, estás realmente hermosa —dijo Rosalía apenas la vio.

—¡Gracias, hija! —le contestó con una sonrisa y un beso en la frente—. Gracias. Esto te lo debo a vos.

—*Siñora* india —dijo Blanca confundida, había ingresado una india maltratada y tenía frente a ella a una bella señora—. ¡*Gracia* por *cuidá* a mi niña!

—La famosa Blanca, si habré escuchado de vos... en realidad Rosalía ha sido mi salvadora, fue a buscarme y me trajo de regreso. Toda la vida voy a estar agradecida —contestaba Mailén con una sonrisa.

Rosalía y Mailén le contaron a Juana y a Teresa, y también a la peonada, toda la historia, atentos escuchaban y con alguna lágrima acompañaban el relato. Teresa, cada tanto, golpeaba la mesa con su puño y Juana lloraba imaginando cada situación vivida por su hermana y su compañera Mailén.

Por seguridad, y también para proteger el honor de las cautivas, decidieron mantener en secreto el regreso de las mujeres. A Rosalía no le importaba, pero la mayoría así lo había decidido. Teresa consideró que sería lo mejor. Y ahora ella era la que impartía las órdenes...

La alegría de todos fue el inicio de la velada. En la punta de la mesa estaba Teresa, feliz y distendida con la llegada de su hermana, a su derecha Rosalía y Mailén, y en la otra punta, Juana con su sonrisa abierta.

Arusi se lució con sus especiales empanadas, luego un apetitoso locro y un buen vino que tenían reservado para ocasiones especiales. De postre, una torta de almendras especialmente preparada para la ocasión, y no se sabe en qué momento la negra preparó ambrosía; el postre preferido de Rosalía.

Le contaron a Rosalía las penurias que pasaron buscándola, hasta que la dieron por muerta. Entonces decidieron regresar a Villa de Tulumba. Sin embargo, las hermanas se resistían a la idea de haberla perdido para siempre porque muy adentro de sus corazones sentían que estaba viva y tenían la esperanza de verla regresar algún día.

Teresa puso al tanto a Rosalía de los últimos acontecimientos. La situación empeoraba cada vez más, se peleaban entre blancos (unitarios y federales), también entre indios, y entre blancos e indios. En un país tan extenso y liberado recientemente, no había lugar para más luchas. La economía estaba en declive, el comercio, maltratado por la situación.

Era tarde y estaban todas en la sala, incluidas las sirvientas, bebiendo licor y conversando, mientras Eliseo las observaba desde el quicio de la puerta. Estaba feliz de tener a su Rosalía en casa.

Felices, contentas, distendidas y arrebuajadas en los sillones, así se las veía a las hermanas Ramírez, ahora con una integrante más, Mailén.

Mailén las miraba, tenía miedo de estar soñando. Era tan irreal todo. Estar allí con esas niñas que habían perdido a su madre, y ella... ella había perdido a su hijo. Ella sería la madre de esas niñas. ¡Por supuesto que sí! “¡Que en paz descansen sus padres, yo las voy a cuidar como si fueran mis propias hijas!”, pensaba Mailén mientras las miraba felices. Eran tan hermosas las tres.

CAPÍTULO 17

UN VIAJE INESPERADO



Luego del largo trayecto, había llegado a Córdoba. Sin descanso y con las indicaciones que le habían dado fue hasta la casa de los Ramírez. Estaba ansioso por verla, abrazarla. Parado al frente de la puerta de la casa, Alfonso se enteró de la tragedia ya conocida por todos y fue Teresa quien lo puso al tanto de los últimos acontecimientos.

Tocó la medalla en su bolsillo. La apretó fuerte... y no dijo nada, pero supo en ese mismo momento que era de Rosalía.

Comenzó a caminar confundido. ¿Rosalía muerta en manos de los indios? Las calles lucían tristes, frías, ensangrentadas, el hedor a muerte estaba en todos lados. Qué país horrible. El dolor en el pecho le empezó a punzar. ¿Por qué se había ido sola?, si él la amaba y la buscaría. ¿Por qué no lo había esperado? Si ella, más que nadie, conocía los peligros de esos viajes. ¿Qué estaría pensando? De golpe ya nada tenía sentido. Su amada muerta y de su madre no había rastros de ningún tipo.

El recuerdo de la sonrisa de Rosalía lo traspasaba, lo atravesaba, cuánto dolor... Siguió caminando hasta que sintió deseos de vomitar, se detuvo y se apoyó con ambas manos en la pared, dejando colgar su cabeza para abajo, y con el puño derecho comenzó a golpear y golpear hasta que la sangre brotó de su mano y las lágrimas rodaron por sus mejillas enrojecidas por la bronca.

Alfonso, devastado, retornó al campo. Era demasiado, en el viaje de regreso la buscó por todo el camino, tal vez encontraría su cuerpo, o algo de ella que le indicara dónde podía estar. Preguntó a cada gaucho con el que se cruzó, se salió a los costados de la carretera con el alma en las manos deseando encontrarse al malón que le había usurpado a su amada. Pero nada. Llegó a la estancia convertido en un harapo humano; cuando Ramona lo vio, enseguida salió a socorrerlo.

Pasaba el tiempo y no había noticias de Rosalía, junto a Augusto habían preguntado en las tolderías donde trabajaban, pero no obtuvieron ninguna información. Cada día que pasaba era un sablazo en el corazón de Alfonso, las esperanzas de encontrarla decaían con el paso del tiempo. No podía aceptar que estaba muerta.

Una mañana muy temprano, Alfonso entró a la cocina y encontró a Augusto esperándolo con muy mal semblante.

—¿Qué sucede, amigo?

—Tengo noticias para vos... Tú madre, Inés.

—¿Qué pasa con mamá?

—Llegó una carta de España, está muy enferma y pidió que por favor viajes a verla antes de que suceda lo peor.

—¡Oh, Dios mío! Solo esto me faltaba.

—Alfonso, querido, si quieres organizamos todo y salimos. Yo te acompaño.

—No puedo creer que esto esté pasando. Cuando me vine gozaba de muy buena salud...

—Parece que le atacó una fiebre y los médicos no tienen muchas esperanzas de que siga viviendo.

Alfonso cayó sobre la silla, abatido. Eran demasiadas cosas en tan poco tiempo.

Se sentía cansado y desesperanzado. Los dos grandes amores de su vida estaban quedando cada vez más lejos, parecía que la madre que había venido a buscar nunca hubiese existido. Y Rosalía... ¿muerta?

Luego de varios días, Ramona preparó todo para el viaje. Augusto había insistido en acompañar a Alfonso en la expedición. No dejaría solo a su amigo en esas condiciones.

Se despidieron de todos en la estancia dejando las recomendaciones necesarias y partieron con el fin de llegar a España lo antes posible. Augusto había mandado un chasqui para avisar que llegarían a tiempo para embarcar.

Luego de un trayecto tranquilo hasta Córdoba, y sin mucho descanso, siguieron hacia Buenos Aires.

Alfonso no sentía el peso del viaje, el dolor era más profundo, la imagen de Rosalía en manos de los salvajes le perforaba el estómago; la incógnita sobre su verdadero origen lo atormentaba. No podía soportar semejante dolor. Justo ahora tenía que irse. ¿Y su madre muriendo?

Acompañado de su amigo, entumecido por el dolor, Alfonso miraba tristemente la ciudad mientras el carro los acercaba al barco que los alejaría de ella. La imagen de Rosalía se esfumaba en el paisaje. Juró volver por ella. Buscarla y luego llevarla a España, cumplirle su sueño.

Los días pasaban y Alfonso sentía solo dolor. Dolor en el corazón. Ya en el barco, se quedó parado en la proa observando la nada.

CAPÍTULO 18

LA MALDICIÓN



Mailén fue muy bien recibida por todos, rápidamente se incorporó a las tareas. Teresa, Rosalía y Juana eran como sus propias hijas. Rosalía le había preguntado si existía un lugar adonde ella quisiera ir. La respuesta fue negativa, allí se sentía muy bien. No quiso ir a ningún lado, no quiso buscar a nadie. Ni siquiera quiso develar su verdadero nombre ni su apellido, nada. Solo quería estar con esas niñas.

Rosalía agradecía a doña Ana que, desde el cielo, le había enviado a Mailén, esa mujer tan dulce, amorosa y compañera en semejante tragedia. En su corazón la había adoptado como madre. A Teresa y a Juana les había gustado mucho la idea de que se quedara con ellas, otra vez la dicha familiar estaba golpeando la puerta.

Mailén enseguida, y como si hubiera estado toda la vida en esa estancia, tomó el mando y empezó a organizar los quehaceres; las criadas contentas, al fin alguien que les dijera cómo hacer las cosas.

Rosalía, poco a poco, fue acomodando en su interior el terror vivido, las marcas en su cuerpo eran el fiel reflejo de todo lo sufrido, estarían allí de manera permanente. Muchas veces se despertaba en la mitad de la noche, llorando. Se sentía tan aliviada al encontrarse durmiendo en su cama.

Renaciendo y con la frente en alto, se puso a trabajar con sus hermanas. Le contó a Eliseo de la inminente llegada de Miguel y Lucía para instalarse en la estancia, noticia que puso muy contento al hombre que estaba escaso de peonada. La situación económica del país estaba complicada, así que era buena idea extender el trabajo en el campo.

Una vez organizada la estancia partirían hacia Córdoba, allí estarían más tranquilas. A pesar de lo sucedido, en Córdoba se encontrarían más contenidas que en el medio del campo, solas. Ahora eran cuatro mujeres solas. Únicamente debían elegir el momento de cruzar el camino hasta la ciudad. En la zona, los indios habían arrasado con algunas estancias más y todo era una barbarie.

Esa noche Rosalía estaba recostada en su cama cuando Blanca entró en la habitación e interrumpió sus pensamientos.

—¡Mi niña, mi niña! —repetía la mulata tomando la mano de Rosalía—. Diosito me la devolvió, yo le pedía a doña Ana y don Julio...

—Ay, Blanquita, fue una pesadilla, es una pesadilla... No puedo creer que papá y mamá no estén aquí con nosotros.

—Ni me diga, niña, son *desgraciao*, si yo lo sabré... *Usté* va a tener que estar tranquila. Se va a *acomodá* todo.

—¿Por qué nos cambió así?

—Tiene que *aceptá*, mi niña, si no se hace más duro.

Mientras Blanca acariciaba la cabeza de Rosalía soltó:

—Mi niña, cuando *usté* salió *pa'l* campo, al día *nomá* llegó un *siñior* a buscarla, un tal Alfonso...

—¿Alfonso? —preguntó Rosalía y de un salto quedó sentada en la cama.

—Sí, se fue *priocupao* cuando le contamos lo que pasó.

—¿Qué más, qué más?!

—*Si* fue, y no lo vimos más, habló con la niña Teresa.

—¿Era Alfonso! —exclamó Rosalía—. Era Alfonso, ¿y me fue a buscar? ¿Estás segura?

—Sí, pregúntele a la niña Teresa. Ella fue la que lo *conversó*. ¿Quién es, mi niñita? ¿No será el mocito que me la confundió en el campo?

—Sí, es él. Es él, Blanca... bueno, después me enteré de que era cura, justo el día que mataron a papá y a mamá, me enteré de que era cura. Me quise morir, Blanca.

—¿Cura? No tenía pinta *e' cura*, mi niña.

—Pero Lorenza me dijo que creía que era cura, pero... bueno ¡Llamá a Teresa que venga ahora mismo! Quiero que me cuente todo.

Estaban mateando en la cocina, mientras Blanca organizaba la comida, Rosalía y Teresa limpiaban las joyas de doña Ana, y Arusi, que otra vez había estado consultando sus caracoles, contaba lo que había visto. Y cuando dijo que otra vez la desgracia caería sobre la familia Ramírez, todas levantaron la vista al mismo tiempo, dejando los quehaceres a un costado.

—¡Salí, negra! Siempre *train* la muerte tus caracoles *enbrujaos*. ¡Fuera! —gritaba Blanca enfurecida.

—¡Son mi *caracole*, no mienten va vé!

—¡Salí, negra!

—Sí, como si *vo juera* blanca —le contestó Arusi, ofendida.

Las chicas se pusieron un poco inquietas, pero no dijeron nada... Los caracoles de Arusi siempre se aproximaban a la verdad. Rosalía trataba de poner un poco de alegría a la discusión entre las criadas.

Blanca enseguida averiguó sobre Alfonso con sus contactos y le trajo las noticias a su querida Rosalía que esperaba ansiosa. Una pequeña luz se había prendido en su horizonte.

—Contá, contá, contá... —le pedía a Blanca.

—Mi niña, es que el español se *jué pa'* las España.

—¿Qué? —preguntó Rosalía sin entender lo que quería decir Blanca.

—Sí, se volvió *pa'* su país, que su mamá estaba muy mal, que no va *volvé*.

—Se fue... —dijo Rosalía.

—Sí, mi niña. Mejor se lo olvida *nomá*.

Es que el destino se había encaprichado con ella. ¿Por qué lo había traído a sus pensamientos? Todo se había vuelto tan cercano, tan real. El recuerdo de su sonrisa, otra vez la estremecía... pero. No, no era posible. Era un amor imposible, y ella debía aceptarlo.

Ese día estuvo en su cuarto con un dolor en el pecho que ya era habitual, le dolía el corazón.

Todos estos detalles no habían pasado desapercibidos para Mailén. Estaba muy atenta a su hijita de la vida, e intuía que algo pasaba con ella y algún amorío. Pero no iba a preguntar nada hasta que Rosalía no le contara. Pero eso no impidió que le llevase tisanas calentitas, que se recostara a su lado y abrazara su cabeza contra su pecho. En silencio.

El paso de los días acomodaba las cosas en la estancia, pero no en los corazones. Cada una en silencio cargaba su propia cruz.

Miguel y Lucía, tal cual le habían prometido a Rosalía, llegaron a la estancia con más personas, listos para trabajar. Eliseo estaba feliz y organizó todo retomando la siembra y la cría de mulas, entre otras tareas. Con la experiencia de Miguel las cosas serían más fáciles en el campo y entonces él podía acompañar a las mujeres a Córdoba. No le gustaba nada que anduvieran solas después de tanta desgracia.

Lucía y Arusi enseguida se hicieron inseparables, compartían recetas e historias de vida. A Lucía le gustaba mucho que Arusi le tirara los caracoles. Le consultaba todo.

El campo se había puesto en marcha nuevamente pero con la incertidumbre de qué harían luego con las cosechas debido a la delicada realidad económica. Algo se les ocurriría.

De común acuerdo, las mujeres y la peonada organizaron el viaje a Córdoba, dejando el campo solamente para la producción y con la esperanza de regresar si algún día la situación del país cambiaba. Cargaron todo lo que se podían llevar. Taparon los muebles y cerraron la parte principal de la casa. Miguel y Lucía se quedarían en la vivienda donde antes dormían Eliseo, Blanca y Arusi, con el resto de los criados.

Rosalía estaba atemorizada con la idea del viaje, pero no dijo nada, lo mejor era partir a la ciudad; sus hermanas habían regresado al campo con la esperanza de encontrarla a ella, y ahora todas juntas debían volver, tal vez desde allí Mailén pudiera averiguar algo sobre su familia. Así que se guardó sus miedos y alentó los preparativos para el viaje. Al estar en Córdoba, sin sus padres, estarían más acompañadas por la familia y amigos, y tal vez Juana podría conseguir un buen marido. También debían retomar las negociaciones comerciales que había hecho anteriormente don Julio para sacar el mejor provecho posible de la producción del campo; en fin, reorganizar el futuro.

Muy bien equipadas y escoltadas, emprendieron el viaje casi sin detenerse. Los criados habían cargado los baúles, y llevaban buena ración de alimentos y agua, no sabían qué estaba pasando en Córdoba ni cuándo regresarían.

Teresa y Juana trataron de hacer el viaje ameno con el fin de entretener a Rosalía y Mailén, a quienes se les notaban el terror en sus caras.

Las tres hermanas y Mailén, que iban en el primer coche con el mismo Eliseo de postillón, rezaron un rosario apenas salieron. En el coche de atrás iban las criadas con los baúles y la comida.

El viaje transcurrió tranquilo. Cuando se ponían ansiosas, Mailén las invitaba a rezar y entonces se relajaban otro rato.

Teresa había llevado sus labores, bordaba y bordaba, Juana, en silencio, espiaba cada tanto

por la ventana, Rosalía tenía un rosario, que había sido de doña Ana, enrollado en sus manos.

Finalmente llegaron.

El poblado estaba lastimado, herido y al mando del gobernador Paz. La masacre seguía y cada tanto fusilaban a militares del bando opuesto, las venganzas personales estaban a flor de piel. Una parte del país festejaba y disfrutaba, y otra parte lo padecía y sufría.

Las hermanas Ramírez, junto con Mailén y la peonada, se instalaron en Córdoba, al estar Paz como gobernador, se sentían más protegidas allí, debido a que las confundían con una familia de tendencias unitarias. A pesar de que no tenían idea de política, solo oraban por la paz.

Mailén estaba contenta, se sentía más tranquila, pero al mismo tiempo horrorizada por lo que pasaba. No entendía muy bien la guerra interna, no aceptaba la pelea entre iguales. Habían logrado la independencia cuando ella ya era una cautiva y ahora, siendo libres, aún seguían en conflicto. “Qué paradoja”, pensaba.

Los disparos en las calles no cesaban, cada tanto le recordaban a la familia que la guerra civil estaba en su esplendor.

Mailén ya estaba mejor. Había recordado y retomado su estilo exquisito, de modales refinados. Luego de pensarlo cuidadosamente, en absoluto silencio y discreción, pidió a Rosalía por el abogado de la familia. Quería saber. Enseguida la pusieron en contacto con un conocido de don Julio que comenzó a trabajar al otro día con el fin de reunir toda la información.

Ya se había corrido el chisme de que Rosalía había regresado de un cautiverio con los indios; esa noticia no era buena ya que excluía a las hermanas de los eventos sociales. De todas maneras, a las Ramírez solo les interesaba sobrevivir la adversidad, lejos de asistir a tertulias.

Trataban de no salir mucho, las compras las resolvía Blanca con Eliseo y ellas solo salían para ir a la iglesia y con invitación especial de amistades o parientes.

Algunas veces las visitaba el padre Pedro que estaba pendiente de la familia Ramírez y les daba recomendaciones a las muchachas.

Era mediodía y Teresa no llegaba para almorzar. Rosalía estaba muy sensible así que enseguida se preocupaba. No le gustaba que saliera sola sin decir adónde estaba.

—Esta mujercita siempre nos tiene sobresaltadas —decía Rosalía impaciente.

—Quiso ir a la misa de la mañana. Me dijo que había hecho una promesa a la virgen —la tranquilizó Mailén.

Rosalía sintió un escalofrío en su cuerpo. Caminó unos pasos y otra vez. Una brisa le acarició la cara. En ese momento sonaron golpes desde la puerta principal.

Blanca fue a atender y regresó apenas unos minutos después con la cara pálida y sin palabras. Rosalía corrió enseguida a ver de qué se trataba. Había un caballero esperando al costado de un coche tirado por caballos.

—Buenas tardes, ¿señorita Ramírez? —le dijo inclinando suavemente su cabeza.

—Buenas tardes...

—Jacob Bennington, señorita —dijo inclinándose en una reverencia.

—¿Sí? —preguntó Rosalía.

—Me temo que traigo malas noticias —dijo el joven.

—¿De qué se trata?

—Hace una hora aproximadamente encontré en la calle el cuerpo sin vida de una mujer que, según me informan, vivía aquí.

A Rosalía se le aflojaron las rodillas de solo pensar quién podría ser.

“Tranquila, si alguien pudiera ayudarme”, pensó.

Eliseo se acercó apresuradamente con Blanca por detrás y enseguida apareció Mailén sosteniendo los hombros de Rosalía.

Cuando se asomaron al coche del caballero, pudieron ver el cuerpo exánime de Teresa, con el pecho atravesado por una lanza envuelta en un pañuelo rojo.

Rosalía sintió que su cuerpo se desvanecía. Sus piernas ya no podían sostenerla. Ver allí a su hermana Teresa era una fea broma de la vida. No, no podía aceptarlo.

Llevaron el cuerpo de la muchacha a la casa e invitaron al mensajero a pasar. Se lo veía un hombre de clase, su acento inglés hacía especial su forma de hablar.

—¡Malditos! ¡Malditos! ¿Qué les pasa?, mi hermana no está en la política. A mi padre lo mataron por unitario y jamás estuvo involucrado, a mi hermana la matan por nada... —gritaba Rosalía llorando de impotencia en los brazos de Mailén.

—Tranquila, querida —decía la mujer, al tiempo que la llevaba tomada de los hombros hasta la cocina, buscando un buen té con brandy que calmara el dolor renacido en el corazón de la niña.

Eliseo, sin poder creer lo sucedido, le pidió detalles al caballero que había traído el cuerpo de Teresa hasta la casa. Jacob se puso a disposición de esa familia tan maltratada por la muerte.

—En realidad vengo poco a Córdoba, nosotros somos de una familia de comerciantes ingleses en Buenos Aires y yo viajo mucho al interior. Hoy, cuando salía de recorrida, ya organizando mi regreso, me encontré en la mitad del camino, a la vuelta de la plaza, un cuerpo tirado en la calle, era ella. ¿Teresa, me dijo, verdad?

—Sí, Teresa —Eliseo pronunció su nombre con un nudo en la garganta. Al borde de las lágrimas, agradeció al caballero y lo acompañó hasta la puerta.

Otra vez los caracoles de Arusi no se habían equivocado, otra vez la muerte había azotado a la familia sin razón. ¿Es que acaso estaban malditos?

Cuando Juana se enteró de la muerte de Teresa, no pudo dar crédito a la noticia. La arrebató un fuerte ataque de furia. Blanca tuvo que encerrarla con tranca en un cuarto. Juana, a los gritos, había ido a buscar armas para salir a ajustar cuentas con los asesinos de su hermana... Lloró y gritó pegando patadas a la puerta durante horas.

A la tardecita, Teresa ya estaba cambiada en la cama, esperando su velatorio. Entonces Mailén reunió a las dos hermanas en la cocina y les dijo:

—La muerte de Teresa es tan absurda como las de vuestros padres y como mi cautiverio tantos años con los indios. Mis niñas, Teresa murió y el motivo se lo dejamos a Dios. La venganza no es buena, debemos aceptar el destino y seguir adelante. Mis niñas, se los dice una mujer que de sufrimiento sabe mucho.

Las muchachas quedaron calladas escuchando a esa madre que la vida les había regalado después de haberles cobrado tantas otras injustamente.

Arusi contenía el llanto junto a las cacerolas y Blanca caminaba enojada por toda la casa.

—Claro —fue la única palabra que emitió Rosalía llorando. Salió de la cocina y se fue a recostar al lado del cuerpo de Teresa.

Las sirvientas la habían dejado hermosa, la muchacha dejó un ramillete de flores en las manos de su hermana muerta mientras la miraba y acariciaba su rostro.

—¿Qué hicimos, querida, para merecer tanta desgracia? ¿Acaso fuimos tan malas? ¿Por qué te

enamoraste tanto? ¿Te mataron para hacerle daño a Francisco? Si él no sabía que lo amabas tanto, querían castigarlo... ¿Por qué te hicieron daño a ti? Hermanita... Dale un beso a mamá y a papá, y por favor, ayudame a seguir adelante por Juana, por mí. Si tuviera que elegir vivir o morir, me iría con vos. Pero está Juanita y la tengo que cuidar. Te quiero, hermanita. Te voy a extrañar mucho. ¡Mal nacidos! ¡Salvajes de mierda!

Derramó tantas lágrimas que, exhausta, se quedó dormida junto al cuerpo sin vida de Teresa. Mailén la miraba desde la puerta. Lloraba en silencio.

Blanca corrió a responder los golpes en la puerta.

Era el joven Bennington que había regresado a visitar a las hermanas compungidas por la situación.

Blanca, sin dudarle, lo acompañó al cuarto donde estaba la finadita ya que Rosalía pasaba todo el tiempo recostada a su lado, hablándole. Mientras que Juana, cuando se tranquilizó un poco, optó por salir sin decir adónde.

Jacob, con mucha dulzura, tomó de los brazos a Rosalía sacándola de la cama donde yacía su hermana muerta y la llevó hasta la sala. Arusi ya estaba esperando con el té calentito y copas de licor.

—Muchas gracias por traer a mi hermana —dijo Rosalía acomodándose la peineta que sujetaba su cabello.

—De nada, ya me contaron toda la historia. ¡Qué injusticia la que padece su familia!

—Es una locura, no sé dónde nos conviene estar, si nos quedábamos en el campo corríamos riesgos, y fíjese lo que nos pasa aquí.

—Sí, sí, es una guerra injusta, tanta muerte que ni saben por qué. Es un raro país este —agregó pensativo.

Jacob trató de distraerla todo lo que pudo. Era un joven muy atractivo. Mailén había dado instrucciones a Blanca para que averiguara todo lo que pudiera sobre el muchacho. Se estaba adelantando a las intenciones de ese jovencito con Rosalía. Blanca le contó que no había mucha información, solo que era hijo de comerciantes ingleses.

Charlaron mientras bebían el té y luego Jacob se retiró prometiendo regresar para el entierro.

Rosalía había dado instrucciones para que sus padres fueran llevados al campo para ser enterrados en un cementerio que Eliseo ya había encargado al costado de la capillita de la estancia. El padre Pedro le había aconsejado que esperara un poco para el traslado, y ahora, con la muerte de Teresa, ya no tenía dudas, la dejarían en Córdoba con sus padres hasta que el sol iluminara un poco el país y entonces los llevarían a su propio cementerio en Tulumba.

Apenas se corrió la noticia de la muerte de Teresa, comenzaron a llegar amigos y familiares a la casa. Las sirvientas, acongojadas, servían lo mejor que podían. Otra vez el luto en la familia Ramírez. Nuevamente las mantillas negras ocultaban los rostros lacerados de las hermanas que quedaban con vida.

Esa noche Juana apareció tarde y con mucho olor a alcohol. Rosalía, que la estaba esperando, le cerró el paso. Estaba muy preocupada por no saber dónde estaba su hermana, la había mandado a buscar a la casa de sus amigas, pero nada.

—¿Juana! ¿Dónde estuviste?, me tenías preocupada.

—Solo quedamos vos y yo, a vos ya te perdí una vez. Tengo mucho miedo hermanita.

Lloró desconsoladamente en los brazos de Rosalía bajo la mirada triste de Mailén que no

sabía cómo tranquilizar a las niñas. La belleza natural de Juana había quedado opacada por su alma triste y desorientada.

Llegó el día del entierro, Jacob estuvo con Rosalía y Mailén, Juana no apareció por ningún lado.

Estaría bebiendo escondida por allí, parecía haber encontrado consuelo en el alcohol, a pesar de todos los intentos de Mailén por ayudarla, no pudo hacer nada, la muchacha se levantaba y se esfumaba. Rosalía había enviado a Eliseo a buscarla, pero el hombre regresó sin noticias.

Durante la ceremonia en la iglesia, Mailén no la perdía de vista a Rosalía que estaba con la mirada perdida y contestaba los saludos con una sonrisa desolada. Todos cuchicheaban sobre la maldición que había caído sobre la familia y acerca de la misteriosa mujer que había aparecido en la casa de los Ramírez.

Terminada la ceremonia religiosa, y luego del entierro, Mailén se adelantó e invitó a Jacob a la casa. Le pareció buena idea que Rosalía tuviera una compañía, a pesar de que ella quería estar sola.

Jacob las acompañó hasta la casa. Ya en la sala principal, Arusi los esperaba con su té especial, creyó muy oportuna la ocasión para compartirlo.

—Este té es diferente —dijo Jacob ante el primer sorbo—. Nunca lo había bebido.

—Sí, es el célebre té de Arusi, me costó mucho que dijera el secretito —contestó Mailén.

—Mmmm, a ver, tiene menta... ¿Qué más?

Mailén observó a su alrededor que no estuviese Arusi y se despachó con la receta. Con el solo fin de encontrar un tema de conversación que no fuera la desgracia o la muerte.

—En agua hirviendo se pone un poco de ruda, menta, hierbabuena, romero, poleo y cedrón. Se deja reposar un momento. Luego hay que tomar una brasa caliente y pasarla por el azúcar blanca, con eso, endulzar el té —contó Mailén.

—Si Arusi se entera de que estás dando su receta más sagrada, se va a enojar mucho —le reprochó Rosalía.

—Sí, sí —dijo Mailén, contenta de haber distendido un poco el clima.

Al fin, tranquilos, bebieron el té y conversaron.

Juana apareció recién al final de la tarde, y pasó directo a su cuarto. No quiso hablar con nadie a pesar de la insistencia de Rosalía, que presentía que su hermanita estaba por el sendero incorrecto.

La casa se sentía rara sin Teresa, siempre estaba conversando y haciendo planes. Se sentía un manifiesto silencio de su voz, su ausencia entristecía a todos en la familia. Mailén trataba de inventar algo nuevo para sostener a Rosalía y evitar que cayera en la depresión. Le gustaba la compañía que le ofrecía Jacob. Ese joven alto, de cuerpo bien determinado, ojos azules y cabello oscuro, tenía su encanto.

Durante los días siguientes, Jacob se hizo presente en la casa acompañando a Rosalía en todo momento. Las charlas en la galería, con el mate y alguna exquisitez preparada por Arusi, se extendían cada vez hasta más tarde. Siempre traía de regalo chocolates para las “bellas damas de la casa”, decía.

Juana nunca estaba, se escabullía bien temprano. Cuando Rosalía la buscaba, ya se había ido y regresaba bien entrada la noche. Era tan pequeña, era tan frágil, tan hermosa... Había heredado la blanca piel de su padre. Los bucles rubios y las pequitas en sus cachetes la hacían encantadora.

¿Dónde estaba? ¿Por qué no se dejaba ayudar?

Mailén le pidió a Eliseo que la siguiera, que averiguara qué hacía Juana todo el día fuera de la casa.

Mientras tanto Jacob estaba siempre pendiente de las necesidades de las mujeres, incluso le había ofrecido gentilmente a Rosalía ayudar en los negocios de la familia. Él tenía muy en claro las cuestiones comerciales. En fin, la joven apreciaba mucho la presencia del muchacho; sin su apoyo hubiera sido más difícil.

El tiempo caminaba sin prisa pero sin pausa. Mailén había recibido la noticia de que su marido, Federico, había muerto hacía poco tiempo y sin perder nunca la esperanza de que ella regresara... Le había dejado en un testamento toda su fortuna, que estaba en Villa Concepción del Río Cuarto; de su familia de origen, sus padres habían muerto y su hermano se había ido a estudiar a Francia, solo quedaban parientes más lejanos.

Lo lógico sería trasladarse a Río Cuarto para resolver los temas legales, pero no viajaría a ningún lado, quería estar con las chicas hasta que todo se encaminara. Entonces, encargó al abogado que hiciera todos los arreglos de papeles y se los trajera a Córdoba para firmar. Ella no dejaría solas a Rosalía ni a Juana un solo minuto.

Su corazón brilló al enterarse de que su esposo la había esperado siempre. Pobrecito, ¿qué habría pensado de ella y de su hijo? ¿Qué sería de su hijito?, tendría pocos años más que su querida Rosalía... ¿Estaría vivo? Recién después de tanto tiempo, se dio permiso para imaginarse algunas escenas de lo que hubiera sido su vida si los indios no hubiesen atacado Las Marías, la estancia que tenía la familia de su marido en el campo y a la que se habían mudado apenas se casaron.

Cerró los ojos y se recordó: sentada en la galería, con las manos en su vientre, esperaba cada tarde ver aparecer a Federico en su potro negro, seguido de la peonada y los perros... ¿Cómo sería su vida hoy?, tal vez hubieran tenido más hijos, tal vez tendría nietos... ¿Cómo sería Federico después de tantos años? ¿Cómo sería su hijo si estuviera vivo? Abrió los ojos lentamente, tenía que dejar que las lágrimas emergieran.

Pero allí estaba con su nueva familia. No iba a desperdiciar la oportunidad que Dios le había puesto al frente, velaría por las Ramírez, que hoy eran sus seres más queridos. A pesar de todo, le gustó saber que su esposo la había amado hasta el día de su muerte. Sonrió.

CAPÍTULO 19

LAS APARIENCIAS ENGAÑAN



Los días transcurrían muy tensos en Córdoba, el enojo de los Reinafé con la muerte de Teresa había causado algunos desmanes. Paz seguía cobrándose vidas y el verano empezaba teñido de sangre.

Mailén trataba de mantener unida a la familia, o lo que quedaba de ella. Algunas noches Juana no regresaba a la casa, se había convertido en un feo hábito; esta situación preocupaba a Rosalía que pensaba todo el tiempo cómo ayudar a su hermana a quien casi no veía.

Jacob preguntaba repetidamente por Juana, la hermana fantasma. Rosalía inventaba cada vez una nueva respuesta, la excusaba siempre. Eliseo había averiguado que la muchacha no frecuentaba buenos lugares, y la mayor parte del tiempo estaba borracha, la situación familiar se había salido de control. Mailén contenía a Rosalía todo lo que podía, pero no era suficiente.

Jacob Bennington, hombre de temple inglés, se involucraba cada vez más en los negocios de los Ramírez. Con la anuencia de Rosalía, Eliseo le consultaba todo. Hablaba poco de él. Le comentó a Rosalía que había postergado todos sus viajes para quedarse un tiempo con ella. No quería dejarla sola con tanta desgracia alrededor. En silencio, Rosalía estuvo de acuerdo. Se sentía muy a gusto y contenida con el joven. Había puesto en marcha los negocios familiares, y a pesar de la angustia, la vida continuaba.

Luego de un corto tiempo, Jacob creyó oportuno el momento para declarar su amor a Rosalía y así pedirle matrimonio, estarían más tranquilas si él estaba con ellas en la casa.

Definitivamente Rosalía tenía en su corazón a Alfonso, pero él se había ido para no volver. Además, el joven le transmitía mucha seguridad. Entonces decidió, sin conversarlo con nadie, que era lo mejor; un hombre siempre hacía falta. Jacob, a cargo de los negocios, ayudaría a preservar a los Ramírez de caer en la desgracia económica. También daría un tono familiar que Juana tanto necesitaba. Le diría que sí. Tal vez algún día llegaría a amarlo.

Apenas se enteró Mailén, le suplicó a la muchacha que esperara un poco más. Todo había pasado tan rápidamente que no les había dado tiempo a pensar con tranquilidad. Rosalía le explicó sus motivos y le dijo que no retrocedería. Jacob en la casa iba a ser un alivio para todos.

Programaron una ceremonia sencilla para los primeros días de diciembre. Los padres de

Jacob no llegarían a la boda. El joven le pidió a Rosalía que cuando las cosas mejoraran lo acompañara a conocerlos. La idea del viaje le robó una sonrisa a la muchacha.

Rosalía estaba un poco más animada, así que se propuso conversar seriamente con Juana, contarle acerca del casamiento e invitarla a acompañarlos en un posible viaje, cuando las cosas estuvieran mejor. Se sentó en la sala a esperarla. Mientras que Jacob estaba en el escritorio de don Julio, revisando papeles.

En cuanto la vio entrar, se acercó a ella.

—Juana, vení, tenemos que conversar —le dijo, y la invitó a sentarse junto a ella.

—¿Qué pasa, hermanita? —le contestó Juana.

Rosalía le tomó la mano y la miró. Esa niña pícaro de ojos luminosos y de travesuras constantes había desaparecido. Veía a una joven con la mirada triste, desarreglada.

—No estás nunca en la casa, me preocupa. Mirá tu aspecto. ¿Qué te está pasando?

—Nada, no me pasa nada.

—Tenés que confiar en mí... Vamos a salir adelante y lo haremos juntas.

—No, hermanita, ya no queda nada para mí. A vos ya te perdí y el resto de la familia ahora convive en el cementerio. Quisiera estar allí con ellos. —decía Juana muy angustiada.

Rosalía contenía las lágrimas.

—Dejame ayudarte, Juana.

—Me ayudás...

—Mirá, tomé una decisión para que volvamos a armar una familia. Me voy a casar con Jacob. ¿Qué opinás? Bueno, ni siquiera lo conocés.

La tomó de la mano sin darle opción a negarse y la guió hasta el escritorio donde estaba el joven.

—Querido, te presento a la escurridiza de mi hermana.

—Hola, Juana —le dijo Jacob sin poder evitar quedar asombrado por la belleza de la muchacha.

—Hola —dijo Juana disimulando la mirada atrevida de su futuro cuñado, mirada que pasó desapercibida para Rosalía pero no para Mailén, que justo en ese momento entraba.

Juana, apenas cumplió con el saludo, se retiró de la sala casi corriendo.

Mailén estaba un poco preocupada y decidió conversar con Rosalía. Intentó explicarle que no necesitaba del casamiento para aliviarse económicamente, que podía contar con todo el dinero de ella para hacer lo que considerara correcto. También le dijo que le parecía que el casamiento con Jacob era una gran torpeza, era obvio que el amor se había escapado, o nunca había llegado... Rosalía la miró, le tomó ambas manos y le dijo:

—No es lo mismo estar bajo la protección de un hombre que estar solas por ahí. Igual estoy muy bien y contenta.

—¿Y el amor que te empañaba los ojos en las tolderías? —la interpeló Mailén, tenía un mal presentimiento con Jacob. Cuando lo miraba a los ojos, podía ver en ellos una mirada superficial, sin profundidad, sin compromiso. Estaba segura, pero Rosalía no la escuchaba.

—Se fue muy lejos. Digamos que murió —contestó la joven.

—Querida, a veces las decisiones hay que pensarlas un poquito más si no estás convencida —insistía Mailén.

—Aprecio tu preocupación, pero no pienso perder esta oportunidad de tener un buen hombre

en la casa que nos pueda ayudar en estos tiempos tan complicados.

Con esa dureza dio por terminada la conversación y se dispuso a comenzar con los preparativos del casamiento, a pesar del descontento de Mailén. Era necesario que se casara. Necesitaba una mano fuerte para ayudar a Juana. Una vez casados, la gente dejaría de verlos como los “malditos” y tal vez, su hermana podría retomar las tertulias con sus amigas. Eso la ayudaría mucho. Rosalía, con mucho dolor, aceptó la indiferencia de todos... Eso cambiaría con el casamiento, estaba segura. ¿O el destino le tenía preparado algo más?

CAPÍTULO 20

LA BODA



Se acercaba el día de la boda. Se casarían en Córdoba y le pidieron al padre Pedro, tan amigo de la familia, que oficiara la ceremonia.

El padre Pedro fue personalmente a conversar con Rosalía ya que enseguida adivinó las intenciones de la joven con ese enlace. Pero no logró disuadirla de ese matrimonio.

El vestido de novia con el luto se lo habían encargado a Celia, quien, por supuesto, puso todo su amor en cada detalle.

Juana participaba lo menos posible y seguía ausentándose por largas horas. Se mostraba desinteresada de todo lo que sucedía en la casa.

Los invitados eran solo familiares y amigos muy cercanos.

Rosalía observaba los arreglos y pensaba en Alfonso, debería estar casándose con su gran amor y con su padre esperando para entregarla ante su futuro marido. ¡Qué hipocresía!, no estaba ninguno de los dos, uno muerto y el otro Dios sabía dónde. Tal vez Mailén tuviera razón y ese casamiento no era lo correcto, pero ella sentía seguridad en su decisión, debía proteger a Juana de alguna manera. Tal vez con esa unión se les abriría una ruta fuera del país adonde pudiera llevar a su hermana a rehacer su vida. Allí, solo era una borracha caída en desgracia. Y si ella no se casaba con Jacob, nadie le ofrecería matrimonio a una cautiva. Eso estaba claro. Así que estaba convencida de la decisión tomada. Se casaría y empezaría una nueva vida.

Llegó el día. Arusi tuvo su momento de gloria al exponer todos sus encantos culinarios en la mesa, con Blanca por detrás que le objetaba todo. Mailén las había convocado tempranito y las había arreglado a las dos, lucían diferentes, graciosas, elegantes. Cuando Eliseo las vio se despanzurró de la risa produciendo el enojo de ambas. También había estado detrás de Celia y de cada detalle de esa mañana tan importante en la vida de su querida Rosalía.

A pesar de que los invitados eran pocos y muy allegados, no dejaban de chismosear sobre la suerte de la familia y de armar conjeturas sobre Mailén, la misteriosa mujer que había aparecido en la vida de los Ramírez.

La casa brillaba de luz ese día, seguramente era una bendición de don Julio y doña Ana desde el cielo. Los arreglos con flores naturales, los manteles blancos y la platería que doña Ana exhibía

en fiestas especiales, estaban allí decorando las mesas. La elegancia de la casa estaba presente. Todas las ventanas abiertas dejando que el sol ingresara.

Los comentarios de los invitados iban subiendo de tono a medida que pasaba el tiempo y la novia no aparecía: “¿Por qué se casa ahora?, esta familia está sellada por la desgracia”. “¿Y la mujer, esa desconocida que está con ellas?, ¿quién es?, ¿de dónde salió?” “Parece que es una india que ayudó a la Ramírez cuando estaba en cautiverio”.

Rosalía estaba lista y cuando cruzó su mirada con el espejo, ya no escuchaba a Celia que no paraba de hablar mientras le retocaba el vestido, allí estaba ella a punto de casarse con alguien a quien apenas conocía, y a quien seguramente tendría que aprender a amar. ¿Y Alfonso? ¿Dónde estaría? ¿Qué sería de él? Como un juego, pensó por un momento que él era quien la esperaba abajo y su cara se iluminó por un segundo con la idea.

Lentamente caminó hacia donde se encontraban los invitados esperándola. Estaba sencillamente soberbia. Cuando se encontró con la mirada de todos sobre ella, lanzó una sonrisa que hacía mucho no se le veía. Jacob estaba esperándola, anonadado ante tanta elegancia. Cuando estuvo a su lado se enganchó de su brazo.

Luego de la ceremonia civil y las firmas de los papeles pertinentes, y terminada la ceremonia religiosa que se realizó en el jardín central de la casa, el padre Pedro se fue enseguida, no soportaba la idea de ese casamiento sin amor de la hija de su mejor amigo. El resto de la gente comenzó a degustar los manjares y a beber.

Algunas invitadas se acercaban a Rosalía con el solo fin de preguntarle sobre su cautiverio, enseguida aparecía Mailén que, atenta a todo, con mucho respeto las ahuyentaba.

Llegando la tardecita, la gente comenzó a reclamar sus coches o caballos y a retirarse dejando saludos a los recién casados.

Rosalía se apoltronó en el sillón y enseguida llegó Mailén que la envolvió con sus brazos, quedaron allí un buen rato, las palabras no eran necesarias entre ellas.

Jacob, que había bebido algunas copas de más, estaba buscando a su flamante esposa, cuando se encontró en la cocina de frente con Juana, otra vez quedó atónito ante la belleza de la joven. Desde el primer día que la vio algo se despertó en su entrepierna. Pero bueno, ya había elegido a Rosalía. No podía evitar que Juana lo volviera loco. Seguramente con el tiempo se diluiría esa pasión incontrolable que le despertaba la hermana de Rosalía. Las fuentes de plata seguían sorteando exquisiteces entre los íntimos que quedaban, acompañado todo con un buen vino y licores que había traído y catado especialmente Jacob.

—Juana, ¿qué te pasa? —preguntó el joven viéndola apoyada en la pared con dificultad para caminar.

—Hola, cuñadito —le contestó cayendo sobre sus brazos.

—Estás borracha —le dijo Jacob.

—¿Te parece?—le respondió, al tiempo que le tapaba la boca con un beso apasionado, dejándolo totalmente desorientado.

Impulsivamente, Jacob la tomó en sus brazos y la llevó hasta el cuarto de planchado. La sentó sobre la mesada. Una mano tomó el rostro de Juana hacia él para besarla con fruición, y con la otra empezó a curiosear en su intimidad. Juana estaba con los ojos cerrados, completamente entregada. Jacob estaba desatado, entregado a su lujuria sin límites. Solo quería tenerla, el resto no importaba.

Sin dudar, se desprendió el pantalón dando lugar a su virilidad que pedía por salir. Como pudo, levantó el vestido de Juana y rompió sus interiores. Ya no la besaba, estaba concentrado en penetrarla. Pateó un canasto que había a un costado y sentó a Juana sobre una silla. Con una mano la sostenía para que no se cayera para atrás, y con la otra acomodaba su pene en la puerta de la intimidad de Juana, quien cada tanto abría sus ojos y le sonreía. Comenzó a penetrarla y la joven soltó un gemido y un golpe sobre la cabeza de Jacob. Este se sintió más motivado, así que tomando a la muchacha desde los glúteos comenzó a mecerla hacia él, a su ritmo. Estaba enloqueciendo de placer, la sentía estrecha, jugosa... Se levantó con Juana en brazos y su pene dentro de ella, la apretó varias veces tocando el fondo de su vagina. La acostó sobre la mesada boca abajo y la acomodó para que no golpeará su cabeza contra la pared y luego continuó con su diversión. Estaba ciego de lujuria, la penetró nuevamente, comenzó sus embates asegurando el ritmo con las manos sobre los glúteos redondos de Juana, que cada tanto daba vuelta su cara y le regalaba una sonrisa. Jugó con sus manos en sus pezones frescos, jadeó sobre ella, y descargó toda su calentura contenida con esta muchacha que lo volvía loco.

Se acomodó la ropa, manoseó la entrepierna tibia de Juana, la apoyó nuevamente donde la encontró y se fue, dejándola casi al caer.

Cuando caminaba se dio cuenta de que tenía sus manos llenas de sangre. Se volvió enseguida a la cocina, buscó una jarra con agua y partió al patio a lavárselas. ¿Acaso Juana era virgen?

El día de su boda había desvirgado a su cuñada, así comenzó su matrimonio. Se maldijo a sí mismo por lo que había hecho, pero cuando lo recordaba, sus pantalones lo ponían en evidencia. Claramente se había equivocado de mujer. Caminó hasta perderse con los últimos invitados y se sirvió otra copa de licor. No buscó más a Rosalía, en realidad esperaba no encontrársela al menos por un buen rato.

Llegó la noche. Juana estaba acostada desde temprano bajo el sopor del alcohol. Las mujeres en la sala comentaban los detalles de los vestidos de las invitadas. Por su lado, Rosalía, en silencio, recordaba los momentos vividos con Alfonso. Más que nunca ese día Alfonso la había torturado en sus pensamientos.

Blanca había decorado el dormitorio de don Julio, que sería ahora el de los recién casados, con flores frescas y sábanas del ajuar bordadas en hilo de seda. Los baúles con la ropa del flamante marido estaban allí, esperando instrucciones.

Rosalía y Jacob ingresaron al dormitorio donde él cayó vestido a la cama y se quedó dormido viendo cómo su mujer bregaba con el ropaje. Rosalía, aprovechando la situación, se acostó muy despacito a su lado sin hacer un solo ruido para no despertarlo.

Entrada la noche sintió las manos de su marido en su cuerpo. La primera sensación fue salir corriendo pero se quedó allí quietita, debía responder a su esposo, era una parte más del matrimonio, así que solo pidió en su mente que fuera rápido. Jacob se quedó dormido nuevamente a medio camino. Con mucho aplomo sacó la mano de sus pechos, se dio vuelta hecha un bollito y cerró sus ojos. Ante el primer rayo de sol saltó de la cama y rápidamente salió de la habitación. Por la noche, ya vería.

Jacob se levantó y saludó a la peonada, tomó unos mates y se marchó enseguida a atender sus negocios. Avisó a Rosalía que pronto tendría que viajar a Buenos Aires a recibir un barco que traía mercadería suya; Juana también había salido tempranito. Rosalía, sentada en la galería, pidió la bandeja con el mate, añorando estar en el campo. Mailén trajo pan casero y mermelada de

durazno hecha por Arusi. Esta niña debía alimentarse. “Se la veía muy debilucha”, pensaba.

Charlaron animadamente, como siempre, se sentían bien juntas.

—¿Qué tal la noche de bodas? —preguntó Mailén tímidamente.

—Nada.

—¿Nada qué?

—Jacob se quedó dormido.

—No te creo. Ay, esto está muy mal. Muy mal —dijo Mailén preocupada, otro pésimo indicio de ese hombre.

—No, a mí me parece que está muy bien.

—Querida, un casamiento sin amor es una desgracia casi parecida a la que vivimos nosotras.

El comentario de Mailén le horadó el alma. Prefirió no contestar nada. Ella tenía razón. Pero alguien debía salvarlas, sobre todo a Juana que estaba yendo por el camino equivocado.

—¿Dónde está Juana? —preguntó Rosalía.

—No sé.

—Hay que pedirle a Eliseo que la busque, que la encuentre y que la traiga. Hoy voy a arreglar las cosas con ella.

A pesar de que Eliseo la buscó en todos los lugares posibles, no la encontró. Así que regresó sin Juana a la casa dejando muy enojada a Rosalía.

Esa noche se hizo tarde, Rosalía se había entretenido ayudando a Mailén con los papeles que le había mandado el abogado para la firma. Cuando terminaron, se despidió de ella con un beso, cruzó a oscuras el patio y entró a la sala con el resplandor de la luna que le regalaba luz. Ya encaminada hacia su cuarto, sintió un ruido que provenía de la habitación de Juana. Una sonrisa se dibujó en su rostro, al fin podría hablar con ella, no perdería un segundo. Pero cuando estaba por llegar vio la puerta entreabierta, se acercó despacio porque se dio cuenta de que no estaba sola.

“¿Con quién estará Juana?”, pensó. Se asomó sin hacer ruido y vio a Jacob, su flamante esposo, cabalgando a su hermana que estaba tirada en la cama con el vestido sobre la cabeza. Estupefacta, caminó hacia atrás pero regresó a mirar; quería corroborar lo que había visto, no podía ser real... Pero lo era, allí estaban ambos, él peleando con el vestido de Juana para llegar a sus pechos y sumiéndola en golpeteos rápidos y firmes. Ella estaba inerte mirando el techo y él gozoso cabalgando sobre el cuerpo de la joven. Caminó nuevamente para atrás y cayó de espaldas en los brazos de Mailén que en silencio la llevó hasta la cocina, pidió una botella de brandy y echó a toda la servidumbre para quedar las dos solas.

—No puedo creer lo que acabo de ver —dijo Rosalía con un hilo de voz.

—Es verdad. Yo tampoco lo puedo creer... —afirmó Mailén.

—Estoy maldecida.

—Nada de eso. No es tu culpa.

Esas palabras retumbaron dentro de la mente de Rosalía que se estaba cansando de no vengar ninguno de sus dolores, bebió sin respirar la copa de brandy y se sirvió la segunda, quedó con la mirada fija en el vacío mientras Mailén la miraba preocupada.

Esperó un par de horas a que su marido estuviera dormido y luego se recostó al lado sin hacer ruido. Se levantó a la madrugada, tomó mates sola, y enseguida salió sin decir adónde iba. Regresó al mediodía.

Fue hacia la cocina y preparó un mate ella misma, luego se tendió en un sillón en la galería

dejando sus pies libres al sol.

El día sucedió tranquilo, sin sobresaltos. Como de costumbre, durante la cena, Juana estaba ausente. Esa noche Jacob anunció su pronto viaje a Buenos Aires por unos asuntos de negocios pero nadie en la mesa prestó atención. Rosalía hizo caso omiso al tema y asintió con la cabeza. Era mejor si ese hombre desaparecía enseguida, al final todo había salido al revés. Y Juana... tenía sentimientos encontrados con respecto a su hermana. Rosalía había entregado su vida a Jacob para, en parte, salvar la reputación de las Ramírez que quedaban y Juana... No podía juzgar a su hermana, vivía borracha. Seguro Jacob se había aprovechado de ella. No le encontraba vuelta al asunto que le carcomía el corazón. ¿Por qué no le había hecho caso a Mailén? Ella tenía toda la razón. Hasta los caracoles de Arusi habían dicho que ese matrimonio no era bueno. Rosalía se había enterado escuchando detrás de la puerta, porque nadie se había animado a decírselo a ella directamente. No podía borrar esas imágenes de su cabeza... no podía soportar la presencia de Jacob, pero debía fingir que no sabía nada. Hasta saber qué iba a hacer.

La semana siguiente siguió todo igual. Jacob había tratado en varias oportunidades de intimar con Rosalía y ella siempre lo evadía.

Esa noche Jacob estaba próximo a viajar, pero antes quería consumar el matrimonio con su esposa. Ya no era el hombre dulce y cariñoso que estaba pendiente de las necesidades de Rosalía; ahora solo bregaba en su beneficio.

Ingresó al cuarto bien entrada la noche y con un fuerte olor a alcohol. Rosalía ya estaba dormida cuando sintió el cuerpo de Jacob encima de ella. Trató de correrlo a un costado, pero Jacob, falto de paciencia, le presionó el cuello con el antebrazo dejándola inmóvil debajo suyo.

—Tranquila, Rosalía, ya vas a encontrar el amor por mí. Voy a esperarlo, pero mientras tanto vas a tener que cumplir con tus deberes de esposa —le dijo mirándola fijo a los ojos, bajo la tenue luz de la vela.

Ella se quedó dura, expectante... Jacob sacó su antebrazo del cuello de Rosalía y comenzó a beber todo el sudor de la joven mientras la dejaba desnuda. Rosalía recordaba la escena de él y su hermana y le daba asco. Sintió la rigidez del pene entre sus piernas. Ya llegaba lo inevitable, cerró los ojos y trató de no pensar en nada mientras sentía cómo Jacob la penetraba hasta el fondo de su vagina. Los embates le dolían al mismo tiempo que le aceleraban la excitación a él. Rosalía solo quería que terminara y listo. Pero Jacob sacaba su miembro, tomaba un poco de aire y seguía. No podía soportar la indiferencia de su esposa. Tomó su pene con la mano y empezó a jugar en la entrada de la vagina de Rosalía. Lo frotaba sobre su clítoris, le metía la punta y la sacaba, y luego lo mismo. Pero ella... nada. Se enfureció, la tomó de las caderas y comenzó a cabalgarla con fuerza hasta llenarla de su semen. La dejó a un costado y se desplomó a dormir en el medio de la cama.

Rosalía se acurrucó y se quedó en un rincón, llorando en silencio. Tenía el impulso de ir hasta la cocina, buscar un cuchillo y enterrarlo en el corazón de su marido.

Jacob terminó de preparar su viaje, con la promesa de arreglar rápidamente sus asuntos y regresar lo antes posible, se despidió de todos. Llevaba consigo todos los contactos que tenía don Julio para hacer negocios. La expectativa era baja dado que el comercio en ese momento estaba bastante estancado, pero él insistió mencionando que sus propios amigos le habían mandado cartas esperándolo con buenas novedades.

Rosalía hizo caso omiso al parloteo, ella mantenía su casa con el dinero que don Julio les

había dejado; gracias a Dios no tenían que mandar a las sirvientas a vender nada para poder sobrevivir. De todas maneras, la familia directa de doña Ana estaba pendiente de las niñas, y además estaba la fortuna de Mailén a disposición de ella. Eso la tranquilizaba un poco ahora que su matrimonio no parecía ser lo que ella había deseado.

La casa había retomado sus hábitos sin la presencia de Jacob. Y los días continuaban pasando. La comunicación entre las hermanas se había cortado casi por completo. Juana estaba cada vez peor y deambulaba por la casa cuando estaba segura de que Rosalía había salido. Cada vez que su hermana trataba de buscarla para el diálogo, se escurría. Mailén había tratado por todos los medios de conversar con Juana, pero tampoco lo había conseguido.

Rosalía le pidió ayuda a Mailén. ¿Qué hacer? La solución sería que Jacob desapareciera de la vida de las Ramírez. Pero todo el poblado estaba hablando de la flamante pareja.

Por las noches, Rosalía la esperaba a escondidas a Juana. La veía venir tomándose de las paredes para no caer al piso. Algunas veces, con el vestido lleno de barro, siempre borracha. Cuando la muchacha llegaba a su cama y se acostaba como estaba, entraba ella y con todo el amor y lágrimas en sus mejillas, la desvestía y le ponía la ropa para dormir. Muchas veces se quedaba dormida a su lado. Rezaba, le pedía a doña Ana que desde el cielo la ayudara, le indicara qué hacer, cómo ayudar a su hermanita. A veces se enojaba con la Virgen. Tanta desgracia, tanto dolor. ¿Hasta cuándo podría soportarlo? ¿Acaso Dios se había olvidado de ella?

CAPÍTULO 21

MALAS ELECCIONES



Los días caminaban con tristeza. Rosalía tenía toda su atención puesta en Juana. Era la única familia que le quedaba. Jacob no había regresado, ni siquiera había enviado una carta... Situación que no alertaba para nada a Rosalía, si no regresaba era mejor.

Mailén conversaba con Rosalía sobre qué hacer con Juana, incluso habían pensado en encerrarla en una habitación y hacerla revisar por un médico. Pero Rosalía desistió de la idea, Juana tenía que estar de acuerdo en querer dejar de vivir como lo hacía. Otra vez las Ramírez estaban en boca de todos.

Era una tarde calurosa. Estaban tomando aguadulce en la galería cuando apareció Blanca.

—Mi niña, un *sinior* la busca. Dice que es de parte del *sinior* Jacob.

—Gracias, Blanca, que pase a la sala, enseguida estoy allí —contestó Rosalía.

Ingresó altiva y lista a escuchar las noticias, ya nada la sorprendía. Un caballero de aspecto contable, con anteojos pequeños y de mucho aumento la esperaba.

—Disculpe las molestias, mi nombre es Álvaro Rodríguez y el señor Jacob Bennington dejó esta dirección para sus asuntos.

—Sí, claro. Soy su esposa —contestó Rosalía pensando que se había acabado su tranquilidad y que su esposo anunciaba su regreso.

—Señora, lo lamento mucho... no sé cómo decirle que... hace unos días él falleció de viruela en Buenos Aires.

—¿Qué? —preguntó confundida.

—Sí, la enfermedad lo atacó muy fuerte y no se pudo hacer nada. Lamentablemente tampoco se puede trasladar su cuerpo por temor al contagio.

Rosalía, incrédula, se sentó al frente del caballero, su esposo se había ido y no había tenido más noticias de él hasta este momento y ahora estaba muerto... De todas maneras no le importó demasiado, la vida de las mujeres transcurría muy tranquila sin él dando vueltas por la casa. Tal vez esta era una buena noticia.

—Tenemos algunos papeles que firmar y tengo algo más que comentarle...

—Sí, sí, claro —contestó con sus pensamientos muy lejos de la conversación.

Pasaban las horas y Rosalía seguía encerrada con el desconocido, Mailén comenzaba a inquietarse.

Finalmente, el caballero se retiró.

La muchacha se dirigió directamente a su cuarto sacando del medio a Blanca y a Mailén que la perseguían por todos lados.

Las lágrimas comenzaron a descender sin permiso por sus mejillas, estaba indignada, enojada. ¿Qué más...?

—¡Quiero estar sola! —lanzó el grito cuando sintió que estaban entrando a su cuarto. Enseguida se hizo el silencio.

Pasaron varias horas hasta que reapareció Rosalía. Tenía los ojos rojos de tanto llorar. Y se la veía enojada. Impotente. Indignada.

—¿Qué pasó? —preguntó Mailén con miedo de escuchar la respuesta.

Justo en ese momento se sumó Blanca y Arusi escondida detrás...

—Jacob falleció en Buenos Aires.

—¿Y eso te tiene tan triste? —preguntó Mailén que no entendía mucho lo que estaba pasando.

—Claro que no, es que el muy desgraciado tenía esposa en Inglaterra. Y eso no es nada. Era un sinvergüenza que se casó conmigo solamente por los negocios y el dinero de papá.

—Yo sabía que era un mal bicho —agregó Mailén.

—Bueno, la mejor noticia es que ahora voy a poder pedir la nulidad del matrimonio. ¡Qué desgraciado! Yo le creí.

—Es lo mejor que nos pudo pasar. Que este infeliz salga de nuestras vidas. Debemos agradecer. Ahora podemos reconstruirnos de nuevo. Ahora solo importa Juana —dijo Mailén acariciando la cabellera de Rosalía.

La joven le regaló una sonrisa. Tenía razón, a pesar de la impotencia que sentía ante la situación de engaño, era lo mejor que les podía pasar. Se quedó allí disfrutando de las caricias de Mailén en su cabeza. Eso era lo único que lograba relajarla un poco. Ahora tenía que concentrar todas sus energías en su pequeña hermana. No iba a perder lo único que le quedaba... Juana. Juanita.

CAPÍTULO 22

LA VIDA DESPUÉS DE LA MUERTE



Luego de la noticia de la muerte de Jacob, Juana se quedaba más en la casa y ya no se la veía llegar borracha. Rosalía, aprovechando la situación, trató de acercarse más a ella.

La muchacha solía sentarse en la galería a beber refrescos, casi siempre en silencio. Solo contestaba las preguntas de Rosalía. Nada más.

—¿Podemos conversar un momento...? —preguntó Juana.

—Sí, claro —contestó Rosalía entusiasmada. Si lo pedía Juana, se trataba de un indicio excelente.

—Tengo que decirte algo que es muy difícil... —empezó diciendo Juana, mirando el piso. No podía mirarla a los ojos.

Rosalía pensó que sería sobre la muerte de Jacob, no habían conversado sobre el tema.

—Estoy perdida desde hace tiempo y he hecho cosas que ni siquiera puedo repetir —hablaba pausado y casi en voz baja. Su voz se escuchaba entrecortada—. Entre ellas, la peor de todas, es que estuve... teniendo relaciones con tu... marido —dijo, se tapó la cara y comenzó a llorar.

—Ya lo sabía.

—¿Qué? —sacó las manos de su rostro y sus ojos se abrieron grandes.

—Ya lo sabía.

—Y, ¿por qué no me dijiste nada?

—¿Querías una carta de felicitaciones?

—No, no, pero...

—Juana, una noche fui a buscarte y te vi con él. Mejor no quiero recordar esa escena.

—Perdón, hermanita, estaba tan borracha y el infeliz se aprovechó de eso —contestó Juana sin levantar la vista del piso, llorando.

—Sí, claro, pobre, y las noches siguientes... también estabas tan borracha. ¡Vamos!—contestó Rosalía, desconociendo su furia.

—No podía sacármelo de encima, se me metía en la cama y cuando reaccionaba ya estaba... bueno... Y me amenazaba diciéndome que si no accedía te contaría todo a vos y te diría que todo había sido idea mía, que yo lo buscaba por todos lados.

—Sin detalles, hermana, por favor.

—Sí, perdón, Rosalía. Creo que me pasé, en todo. Tal vez yo debería haber muerto en el lugar de mamá. Lo que tengo que decirte es peor aún, y luego de que te lo diga estoy dispuesta a irme de esta casa para siempre, y tampoco quiero tu perdón, sé que no tengo perdón de nadie. Voy a llevar mi cruz dignamente hasta donde tenga que ser.

—¿Qué pasa, Juana?, no me asustes —preguntó Rosalía, preocupada.

—Estoy embarazada.

Se hizo un silencio interminable. Rosalía no esperaba semejante noticia. Ni siquiera se la imaginaba. Embarazada del desgraciado de Jacob... Juana rompió en llanto escondiendo su cabeza entre sus rodillas.

—Tranquila, hermana, el infeliz está muerto.

—Sí, pero dejó su semilla. ¿Y ahora, qué voy a hacer?

—Solo le interesaban los campos y las propiedades de papá. Ahora tenemos que ocuparnos de lo importante, veamos el asunto de tu embarazo, al fin y al cabo una vida, entre tanta muerte...

—¿No me vas a echar de casa...? —preguntó Juana expectante.

—¿Cómo podés pensar que te voy a echar? Sos mi única familia. Y además vas a tener un bebé.

A Rosalía se le mezclaban las emociones. Era muy lindo que Juana esperara un hijo, pero tan joven, sola y de ese desgraciado...

Juana se levantó y corrió a abrazar a su hermana y lloró, lloró la muerte de sus padres, descargó todo su dolor, nunca había querido hacerle daño a Rosalía.

La joven la tuvo sobre su regazo como cuando eran pequeñas, acarició su cabello como lo hacía doña Ana. Mailén, que había estado siguiendo la situación desde un rincón, enjugó una lágrima con su mano y se retiró sonriendo.

Cuando Blanca las vio:

—Diosito *miscuchaste*, ahhh... Ya *mesmo* les traigo algo *pa'l* buche —salió corriendo sin esperar comentarios.

Mailén cruzó mirada y sonrisa con Rosalía. Las hermanas quedaron en silencio el resto de la tarde, con caricias, recuerdos y proyectos para el bebé que venía a bendecirlas.

Esa noche en la cena hubo festejos, “la vida que trae Juana en su vientre segurito es para enfriar la desgracia”, pensaba Blanca, siempre pendiente.

Eliseo había puesto carnes al fuego y Arusi acompañó con papas dulces, hojas verdes y frescas decoradas con finas rodajas de tomates, pimientos y verduras secas.

Estaban todos juntos, peones y amos, en la mesa de la sala, con la vajilla especial de doña Ana. Arusi estaba tan nerviosa que hablaba y hablaba rápido y nadie le entendía. Eliseo y Blanca la retaban a cada rato. Las puertas abiertas daban lugar a una pequeña brisa que calmaba el calor.

Otra vez la sonrisa fue la protagonista de la mesa. Hubo lágrimas, risas y abrazos. Al fin un rato de felicidad... Otra vez las Ramírez habían burlado la adversidad, allí estaban, juntas.

Mailén tenía a Juana de un lado y del otro a Rosalía. Sus hijas del corazón.

CAPÍTULO 23

ESE MALDITO DÍA



Lejos de todas las calumnias que se comentaban alrededor de la infausta vida de las Ramírez, ellas seguían adelante como podían.

Ya no eran invitadas a las tertulias más importantes, ni codiciadas por los caballeros del lugar, pero a ellas poco les importaba. Estaban esperando que las cosas se acomodaran un poco para regresar al campo y allí estar felices con el nuevo bebé que ya tenía nombre, si era mujer se llamaría Ana y si era varón, Julio, en homenaje a sus abuelos maternos.

Mailén se había convertido en la madraza de las hermanas, estaba pendiente de cada suceso. Juana llevaba su embarazo con la mayor entereza. Rosalía seguía pensando en su gran amor, Alfonso, aunque nunca se lo comentaba a nadie.

El médico que siempre había atendido a la familia llevaba de muy buen gusto el embarazo de Juana, por supuesto muy mal visto entre las amistades y parientes, ya que se trataba de un hijo sin padre declarado, ni matrimonio por realizarse. Mailén seguía con su abogado tramitando su herencia.

Cuando estaba próxima la fecha del parto, todos en la casa mimaban y cuidaban a la futura madre. Tejían ropita para el bebé o la bebé, buscaban colores blancos y neutros por las dudas. Hacían apuestas acerca de si sería mujer o varón. Estaban contentas, hasta ese día, ese maldito día... Rosalía la vio llegar y algo no estaba en su lugar.

—¿Qué te pasa, Juana?, no te ves bien hoy —dijo.

—Me siento un poco indispuesta, desde anoche, tal vez me haya caído pesado el loco, es que Arusi lo preparó tan rico que no pude parar de comer.

Rosalía se acercó y tomó sus manos.

—¡Juana, estás hirviendo!, tenés fiebre. ¡Blanca, pronto, mandá a buscar al doctor!

Enseguida la llevaron hasta la cama, y Mailén, con trapos húmedos bien fríos, trataba de bajar la temperatura.

Rosalía se fue a buscar a Arusi casi corriendo...

—¡Tirá los caracoles! ¿Qué dicen? ¡Dale! ¡Ahora!

—Mi niña, no están, los tiré a la basura...

—¡Mentís! ¡Dale, negra! —le imploraba, llorando.

—Los tiré a la basura, *is* que no *mi* gustó lo que dijeron, los tiré, los tiré... —decía la criada conteniendo las lágrimas y tomándose la cabeza con ambas manos.

Rosalía, tomada por el pánico, salió de la casa tan apurada que casi la atropella un grupo de militares que cruzaba por la calle en ese momento. Corrió hasta la iglesia adonde solía rezar y fue derecho hasta la imagen de la virgen María. Se arrodilló a sus pies y comenzó a decirle:

—¿Qué pasa conmigo, virgencita? ¿Por qué me sacás a todos los seres que amo?, ¿qué estoy haciendo mal? Te pido por mi hermana y mi sobrino, es lo único que queda de mi familia, no te metas con ellos, estoy aquí en paz, si todo esto es porque estuve inapropiadamente con un cura, yo no lo sabía y te pedí perdón muchas veces y también creo que ya sufrí lo suficiente como para pagar la pena. Dios te salve María, llena eres de gracia... por favor, con mi hermana y mi sobrino no...

Quedó parada al frente de la virgen como tomada por la locura, con el dedo la señaló y sentenció:

—Si algo le pasa a lo único que dejaste de mi familia, jamás volveré a entrar aquí.

Acomodó su vestido, dio la vuelta y bajo la mirada triste del padre Pedro, salió de vuelta a su casa.

Cuando Rosalía ingresó, ya estaba el doctor con Juana. Había pedido quedarse a solas con ella para revisarla. Rosalía se quedó a la espera y Mailén le dio la bienvenida al padre Pedro que había seguido a la muchacha y que llegaba justo unos minutos detrás de ella.

Otra vez el ambiente atribulado mandaba en la casa. Cuando el doctor asomó por la puerta, Rosalía y Mailén casi le cayeron encima.

—Juana está complicada, hay que ver en qué desencadena la fiebre, deberíamos esperar, mientras tanto veremos cómo hacemos para adelantar el nacimiento del bebé.

El doctor, instalado en la casa, comenzó a dar instrucciones a Blanca para que le acercara agua caliente y trapos limpios.

Las Ramírez otra vez estaban pugnando con la muerte. El médico trataba por todos los medios de que el niño naciera. Y afuera la espera se hacía eterna.

Así pasó todo un día...

Al fin la puerta se abrió. Rosalía ingresó a la habitación como pudo, allí vio a Blanca con el bebé enrollado entre sus brazos y el cuerpo de Juana agonizando sobre la cama.

—Hermanita, no te mueras por favor, tuviste un hermoso varón, un varón... apenas baje la fiebre vas a poder tenerlo con vos —repetía acariciando la frente de su hermana con paños fríos mientras le daba en cucharaditas la tisana que había preparado Arusi.

El estado de Juana empeoraba, el médico no se movía de su lado ni para beber un vaso de agua.

Pasaron muchas horas o ninguna, el tiempo parecía detenido, la imagen fija. El médico se incorporó, tomó suavemente la mano de Juana, y luego de examinarla, la acomodó sobre el costado de la cama. Se había ido.

Rosalía cayó de rodillas a su lado, con la mirada perdida, era demasiado. Ya no quedaba más espacio para el dolor. Mailén la tomó de los hombros y trató de levantarla. El llanto silencioso se apoderó del ambiente, Rosalía escapó de los brazos de Mailén y se estrujó junto a su hermana. Otra pintura horrible del álbum familiar de los Ramírez.

El médico, con la ayuda de las sirvientas, comenzó a acomodar todo mientras el padre Pedro le daba la extremaunción a Juana. Eliseo ya sabía lo que seguía, la muerte era la visita segura en esta familia, así que enseguida y muy acongojado comenzó con todos los trámites para el velatorio y posterior entierro de Juana.

Amigos y familiares comenzaron a llegar a la casa ante la noticia. El bebé era un hermoso varoncito, ya estaba cambiado y listo para que alguien oficiara de madre. El padre Pedro le había dado tantas bendiciones... ya no querían más muertes en la familia Ramírez.

Blanca no lo soltaba ni un segundo, y junto con Arusi le habían provisto tantas otras bendiciones. Se peleaban para tener al bebé en brazos.

Las horas pasaban y la criatura comenzó a reclamar la comida a los gritos, así que Arusi calentó un poco de leche de cabra con agua tibia y se la ofreció, con eso pudieron calmarlo.

Rosalía no emitía palabras, Mailén la había retirado de la habitación, estaba como perdida, la llevó a la rastras a la cocina, le sirvió una copa con brandy y la obligó a tomarla toda. Luego ingresó Blanca con el bebé y sin esperar órdenes se lo puso en los brazos a Rosalía.

La muchacha lo tomó con ambas manos, y lloró, lloró, lloró... lo miró fijamente y con voz entrecortada dijo:

—Se va a llamar Julio como papá, él va a comenzar a armar nuestra familia de nuevo —luego lo apoyó sobre su pecho y comenzó a mecerse con su sobrinito recién nacido en brazos. Balbuceaba y lloraba.

Ante estas palabras la negra Arusi rompió en llanto mientras Blanca la pateaba por debajo de la mesa para que se callara.

Mailén sonrió entre lágrimas contenidas; ante la adversidad, otra vez la luz aparecía para la familia.

En la ciudad, el linaje Ramírez ya no contaba con el copete social que solía tener, más bien ahora era una familia que acarreaba la mala suerte. La desgracia la visitaba seguido, así que las amistades se fueron alejando de a poco, quedando solamente algunos parientes.

Así fue el velatorio seguido del entierro de Juana, austero y rápido, ella ya no tenía amigas, la última etapa de su vida no había sido exactamente la de una señorita de la sociedad.

Rosalía se sentía agobiada. Hacía mucho esfuerzo por sacar fuerzas para seguir adelante. Muchas noches se preguntaba por qué le había tocado a ella todas estas desgracias. No encontraba respuestas. No encontraba consuelo. Tenía miedo de despertar al otro día y que le dieran otra noticia terrible. Mailén la acompañaba y contenía permanentemente. No la dejaba sola ni un solo minuto. Y Julito era la luz de sus días. Había que empezar de nuevo. ¿Tendría las fuerzas necesarias?

CAPÍTULO 24

UN LUGAR EN EL MUNDO



Rosalía y Mailén conversaron mucho acerca de cómo organizarían sus vidas a partir del nacimiento del bebé y la muerte de Juana. Ambas mujeres coincidieron en que criarlo en el campo, con libertad, era lo mejor.

Mailén terminó de organizar todos los papeles con el abogado de la familia y se pusieron en marcha para viajar antes de que llegaran los fríos intensos.

No podían dejar de sacar las cuentas de que la desgracia siempre los encontraba en Córdoba, así que luego de que el médico autorizara a viajar a Julito, partieron hacia Villa de Tulumba.

A Mailén y a Rosalía los viajes las ponían nerviosas, pero ambas mujeres callaban, solo cruzaban miradas. Esta expedición había estado muy organizada, no solamente se trasladaban otras familias, sino que también había jinetes contratados para resguardar la seguridad.

Julito estuvo muy tranquilo durante el viaje, y apenas llegados al campo festejaron y se relajaron. Miguel y Lucía, junto al resto de los peones, los esperaban conmovidos, habían acondicionado todo para recibir al bebé.

Cuando Eliseo vio el trabajo que habían hecho en el campo y la forma en que habían cuidado los animales, se emocionó mucho y recordó a su querido patrón. “Si lo viera”, pensó, “a esta gente me la mandaron del cielo”.

—Madre santa, si mi amo viera esto, se doblaría *emocionao*... *Anque* en el cielo don Julio debe estar riendo —agregó Blanca.

El campo estaba sembrado y los corrales llenos de animales, era el mejor augurio de felicidad.

Lucía también se destacó... Había estado en cada detalle cuando organizó el cuarto de Juana para el bebé.

La paz debía llegar a esta familia, así que se organizaron para prevenirse de posibles ataques de malones, inclusive Lorenza había colaborado con ello, sumando guardias.

Los días comenzaron a transcurrir con tranquilidad, Rosalía había tomado el mando del campo junto a Eliseo, y Mailén de la casa, haciendo buenas migas con el resto de las criadas.

Una tarde, Mailén estaba mateando en la galería y se acercó Blanca con cara de misterio, ese

rostro que enseguida preocupaba a cualquiera porque era portador de alguna mala noticia.

—Y ahora qué...

—No, no... nada. Es que la Lucía me contó que antes *mesmo*, su hermana mayor encontró un niño de una cautiva y lo llevó *pa'l* pueblo.

—¿Qué?

Justo en ese momento irrumpió Rosalía que alcanzó a escuchar la última parte.

—Sí, querida. Es que esta bocona no sabe guardar un secreto —agregó Rosalía dirigiéndose a Blanca.

—Justito ya *miba*.

—Sí... mudá esas caderas gordas ahora mismo.

Blanca salió echando humo y protestando por lo bajo por haber metido la pata.

—Yo quería contarte esto, pero no es para que te ilusiones, es solo algo que aconteció hace mucho tiempo... nada más.

—¿Qué pasó? —preguntó Mailén.

—Cuando Lucía se enteró de tu historia, le contó a Blanca que hace tantos años como los que vos dijiste, su hermana mayor había recogido el bebé de una cautiva.

—No entiendo —dijo Mailén completamente pálida.

—La hermana de Lucía encontró un niño tirado por una india o cautiva y ella recogió al niño.

—Y la hermana de Lucía...

—Murió en un entrevero con una lanza en la espalda. Pero dice Lucía que al bebé lo llevó hasta el pueblo y lo dejó allí. No sabe si sobrevivió. De todas maneras, ya le dije a Eliseo que se ponga a averiguar todo a ver si podemos encontrar más información sobre ese niño.

Ambas mujeres quedaron en silencio.

—Mailén, ¿cómo es tu verdadero nombre? Nunca antes te pregunté porque pensé esperar a que lo dijeras vos, cuando vino el abogado, digo... pero me cansé de esperar... bueno, digo... No quise leer sin tu autorización.

—María Luz López Azcárraga y ese niño era mi hijo —dijo la mujer antes de desvanecerse en la silla.

Enseguida Rosalía se levantó y se sentó a su lado tomándola por los hombros.

—Tal vez sí, tal vez esté vivo, tal vez te busque, tal vez lo encuentre...

—Si su muerte fue para salvarlo del sufrimiento que así sea.

Conmovida y entre lágrimas miró a Rosalía y le dijo:

—Saber que está vivo es la mayor felicidad que puedo desear, aunque solo sea una suposición —estaba tan confundida que contradecía sus propios dichos.

Las mujeres quedaron abrazadas mirando como el sol acariciaba el horizonte ondulado hasta que Julito con su llanto las llamó a la realidad y ambas corrieron en su búsqueda.

CAPÍTULO 25

¿LA PATRIA O EL AMOR?



Luego de la repentina muerte de doña Inés, afectada por una nueva fiebre en Europa, Alfonso, muy aturdido, decidió retornar a la Argentina en compañía de su entrañable amigo Augusto. Ya no había nada que lo retuviera en España. Organizó todos los papeles y se dispuso el regreso. Al final, él no pertenecía a ese lugar. Aún le quedaba la esperanza de encontrar a su verdadera madre... Necesitaba completar la misión del viaje y nada lo detenía allí, él era argentino y al menos algún pariente debía encontrar. Apenas terminado el papelerío, adolorido y junto a Augusto, emprendió el viaje de regreso, dejando un apoderado para lo que faltaba resolver.

Habían muerto su madre y su amada. ¿Qué más?

El trayecto de regreso se hizo largo, las tardes en la proa, sumido en el silencio, eran interminables. Augusto, con sus oraciones, pedía por su amigo. Lo observaba pasarse horas mirando el mar, no aceptaba ningún tipo de entretenimiento.

Ya instalados en Buenos Aires, donde descansarían un par de días antes de emprender el viaje al interior, Augusto había intentado corroborar una información que le habían acercado sobre la madre de Alfonso, quien aparentemente había muerto en cautiverio. La información era muy vaga. Se hacía muy difícil investigar con los pocos datos que tenían.

Augusto animó a su amigo a que lo acompañara a hacer compras para llevar a Córdoba. Había cosas que solo se conseguían allí, así que aprovecharía, pero Alfonso alegó cansancio y se quedó.

Llegó el día de partir, previamente Augusto le había preguntado a Alfonso si prefería quedarse a descansar en Buenos Aires unos días más. Pero el joven le dijo a su amigo que solo quería estar en su casa... en el campo. Eso animó mucho al cura, saber que había consagrado su casa como propia.

El viaje transcurrió casi en silencio, solo se conversaba lo necesario. Ambos estaban inmersos en sus pensamientos.

Alfonso había pensado mucho en su futuro. Había decidido volver para poder encontrar a su madre o a su familia. Pero también había decidido quedarse y servir a esta patria que tanto lo necesitaba. Llegados e instalados en Tulumba, cada uno retomó sus tareas.

A los pocos días de llegar, Augusto supo que las Ramírez habían regresado y se enteró de toda

la tragedia familiar.

Le contaron que Rosalía había regresado sana y salva de su cautiverio, la muerte de las hermanas, el nacimiento del niño. No sabían de quién era el niño... Tenía que decírselo a Alfonso.

Esa tarde estaba bien fría, Augusto ingresó a la cocina y se arrimó al fuego, poniendo las manos cerca para calentarlas.

—Ramona, traeme mate y tortas fritas.

—Enseguida, mi curita.

Mientras Ramona preparaba la merienda, Alfonso ingresó también engarrotado del frío.

—Para mí tu chocolate caliente, nadie lo hace más rico...

—Alfonso, tenemos que conversar.

—¿Qué pasa? —preguntó el joven, preocupado.

Augusto había ensayado en su mente varias frases para decírselo despacio. Pero fue en vano:

—Rosalía está viva —le dijo.

Alfonso quedó parado delante de la mesa con los puños apretados.

—¿Qué estás diciendo, amigo? —le dijo.

—Sí, Ramona me contó apenas llegamos, esperaba el momento para decírtelo, pero bueno, es ahora. Igual te tengo que decir algo más...

—¡Que sea ahora, ya!

—Rosalía estuvo cautiva y logró escapar, cuando regresó se casó con un inglés y de ese matrimonio hay un hijo.

Alfonso se sentó nuevamente.

No entendía muy bien. Luego de lo que había pasado, había regresado y así sin más se había casado. Él, a pesar de lo poco que había visto a Rosalía, creía conocerla bien. Algo había pasado allí. Y él lo averiguaría.

—Cuentame, ¿qué más? ¿Cómo fue lo de las hermanas? Pobre gente, cuanta desgracia.

Augusto y Ramona, sentados frente a él le contaron todo lo que sabían. Alfonso escuchaba atentamente. Cada tanto pegaba un puñetazo sobre la mesa. Estaba tan enojado con todo lo que le había pasado a la familia Ramírez, pero al mismo tiempo tan feliz de saber que Rosalía estaba viva...

Alfonso salió a la galería y se reclinó en un sillón observando el paisaje, definitivamente ese sitio era su lugar en el mundo. Por su cabeza rondaban mil preguntas: ¿Qué había pasado? ¿Por qué no había esperado que él regresara? Lo había engañado brutalmente, pero, ¿por qué? De todas maneras, era fabuloso que estuviera viva, ¡era grandioso! Se la imaginaba cabalgando y la sonrisa se posaba en su rostro. No podía evitarlo.

La noticia del casamiento de Rosalía lo indignaba, pero cuando la recordaba viva, sonreía. Estaba muy celoso. Eso era. Debía aceptar que lo enfurecía pensar que otro hombre podía poner las manos sobre Rosalía, ¿Y habían tenido un hijo? Pero estaba viva, allí. Un estremecimiento recorría su espalda cada vez que se repetía: “¡Está viva! ¡Está viva!”. Se levantó del sillón y se fue a su cuarto. Buscó entre sus cosas y allí la encontró, la medallita. Le dio un beso a la imagen, y luego la guardó en su bolsillo.

Era temprano cuando el sol apareció, se podía observar la fuerza de la helada que había caído la noche anterior.

El frío no lo detuvo, Alfonso salió en su caballo directo a la estancia de los Ramírez. Cuando

estaba llegando, pudo ver la cantidad de guardias que había, así que se quedó a un costado, observando... Esperó verla, pero ese no era su día de suerte. No quiso ingresar. No estaba preparado para el encuentro.

Ramona mimaba a Alfonso con las comidas que más le gustaban. Las empanadas eran sus preferidas. Mientras las saboreaba, la mujer lo miraba fijo. Hasta que no aguantó más y soltó:

—Tiene que entenderla, Alfonsito, ella perdió a toda su familia, tal vez el casamiento era una solución, usted sabe como tratan a las cautivas aquí...

—Cállate, Ramona.

—Dele, ¿por qué no habla con la doñita y aclara todo? Mis santitos están al revés y si me descubre Augusto me va a retar de lo lindo...

—Cállate, Ramona.

—¡Español tenía que ser! ¡Terco como una mula!

—¿Qué dices?

—Nada *m'hijito*, nada... —Ramona no insistió más y se fue refunfuñando, era duro el muchacho.

Era orgulloso, no podía pensar que Rosalía estuviera casada con otro hombre y menos aún que tuviera un hijo de él. No podía... cuando este pensamiento invadía su mente, la sangre bramaba en sus venas y su rostro se ponía rígido.

Rosalía trabajaba en el campo al lado de Eliseo a pesar de que Mailén le había pedido que no lo hiciera ya que no había necesidad, pero ella insistía, de esa manera se sentía despejada, viva.

Después del almuerzo, llegó Eliseo y le preguntó a Mailén dónde estaba Rosalía, había un joven que preguntaba por ella en la entrada.

—¿Lo conocés? —preguntó Mailén.

—Creo que es un vecino. Me parece cara conocida —contestó el capataz.

—Bueno, que pase a la sala, que la espere allí, yo la busco a Rosalía. ¿Cómo se llama?

—Alfonso Cornejo.

—Bueno, yo le aviso —dijo Mailén.

Eliseo acompañó a Alfonso hasta la estancia, y lo hizo ingresar a la sala cumpliendo las instrucciones dadas por Mailén.

—Espere aquí, amigo. Enseguida lo atienden —le dijo.

Alfonso recorría con su mirada todos los rincones, allí vivía su amada. ¿Y si lo sacaba a los gritos? Después de todo ella ya había formado una familia, tenía a su hijo.

Cuando Mailén llegó a la sala, vio a un caballero parado de espaldas. Se detuvo en el quicio de la puerta, Alfonso se dio vuelta y la miró con una sonrisa.

—Señora, ¿está usted bien? —le preguntó al ver que Mailén se tomaba de la pared para no caer al piso.

—Sí, sí, perdón... es que lo confundí con otra persona —dijo Mailén, pálida.

—Estoy esperando a Rosalía —dijo Alfonso, ya no le parecía tan buena idea haber ido a la estancia a buscarla.

—Ah, y usted es...

—Alfonso Cornejo.

—Enseguida llega, ya le traigo algo para beber.

Mailén salió de la sala y caminó hasta la cocina, abrió un aparador y sacó una botella de

brandy, la destapó y tomó del pico varios sorbos seguidos, bajo la mirada estupefacta de Blanca y Arusi que estaban chismorreando.

—Doña Mailén, Rosalía se va *mori* cuando llegue, este es el mocito curita que le partió el corazón —dijo Blanca.

Mailén se sentó y tomó aire, acababa de ver un vivo retrato de su esposo, allí parado frente a ella, con la misma sonrisa, y ahora las criadas le contaban de un amor de Rosalía que ella desconocía totalmente.

—Hay que avisarle, que no me la tome de sorpresa —decía Blanca totalmente entusiasmada por la situación.

Recuperada, Mailén salió de la cocina en búsqueda de Rosalía junto a Blanca, entonces la vieron dirigirse a la sala...

—Ay mi *Dio* —dijo Blanca retrocediendo para la cocina.

Rosalía ingresó a la sala como un torrente y con sus puños apretados directamente al pecho de Alfonso:

—¡Desgraciado! ¿Cómo te atreves a venir a verme a mi propia casa? ¡Pecador!

Alfonso la miraba desorientando, no era ese justamente el recibimiento que había ensayado en su mente.

—¿Qué pasa?, ¿por qué me insultas de esa forma?

—Porque me ocultaste que eras cura, ¿por qué me hiciste pecar de esa forma?

—Rosalía, no soy cura...

Rosalía quedó azorada, sin palabras.

—No soy cura, mi amigo Augusto sí... yo colaboro con él en las misiones, no sé por qué pensaste que yo era cura, yo soy médico.

Rosalía, un poco más tranquila, se sentó despacio en el sillón. Alfonso la miró, y se acomodó justo frente a ella.

—Cuando me enteré de que se habían ido a Córdoba, corrí a buscarte, pero cuando llegue ya no estabas.

Alfonso se paró y sacó de su bolsillo la virgencita. La miró y se la extendió a Rosalía.

—La medallita de la virgen que me regaló mamá. ¿De dónde la sacaste?

—La encontré tirada al costado del coche que te trasladaba hasta aquí.

—Fue un infierno, del cual creí que no saldría con vida —agregó Rosalía sosteniendo la medalla con ambas manos.

—Luego regresé con el alma muerta... y tuve que viajar a España porque mi madre agonizaba, y luego falleció.

—Cuanto lo siento... —dijo Rosalía sin mirarlo a los ojos.

—Te casaste —afirmó Alfonso irónicamente.

—Un matrimonio desencontrado y el mal nacido se murió.

—Ahora eres viuda.

—Eso parece.

—Tienes un hijo.

—Es de mi hermana y de mi marido.

—¡¿Qué?!

—Sí, un matrimonio desencontrado —Rosalía no quería contarle esa parte de la historia.

Alfonso no aguantó más. Se levantó y se sentó justo a su lado tomando su mano... En realidad quería abrazarla, besarla.

—Querida, cuando me dijeron que habías muerto, morí contigo, de la misma forma que renací cuando Augusto y Ramona me contaron que estabas viva.

Rosalía lo escuchaba y lo observaba, no se animaba a recibir tanta felicidad toda junta, sabía, aunque no reaccionaba que estaba allí, en su sala, conversando con el gran amor de su vida, que había regresado de España y que moría de amor por ella. ¿Sería todo verdad? ¿O era otra burla del destino?

—¿Me escuchas? —preguntó Alfonso al ver a su amada con la mirada perdida—. ¿Me voy?

—¡No! Por Dios, es que no puedo creer que estés aquí conmigo. Cuando terminó de decir esas palabras, comenzaron a rodar lágrimas en su rostro y Alfonso, compungido, la abrazó, apoyando la cabeza de Rosalía en su pecho, acariciando sus rulos, descansando su amor. Rosalía desahogaba su corazón. Tenía tantas lágrimas para derramar...

Mailén no aguantaba más la curiosidad, así que se asomó por la ventana a espiar. Los vio sentados uno al lado del otro. Alfonso la tenía abrazada sobre su pecho. Mientras la acariciaba, besaba su cabeza. Sonrió y se retiró tranquila.

Pasadas varias horas, salieron ambos amantes tomados de la mano... Sonriendo. Ambos tenían los ojos rojos por haber llorado.

—Mailén, te quiero presentar a alguien —dijo Rosalía, feliz.

—Sí, ya lo conocí, me apena que nunca me hayas hablado de tu gran amor. Es muy buen mozo —dijo mientras lo saludaba cálidamente.

—Una larga historia que luego te contaré —dijo Rosalía.

—Mucho gusto, señora —dijo Alfonso respondiendo al saludo de Mailén.

—Mailén es mi mamá del corazón, mi amiga, mi hermana —agregó Rosalía.

—Bueno, bueno —dijo Mailén que ya estaba al borde de las lágrimas, escurriéndose hacia la cocina y conmovida por el parecido de Alfonso con su amado Federico.

Alfonso y Rosalía salieron caminando juntos cruzando la galería, hacia el jardín, había tanto para conversar. Hacían una hermosa pareja.

Rosalía le contó, con detalles, todo lo acontecido a Alfonso, quien no podía creer que toda esa desgracia había caído junta sobre una misma familia. Se desesperaba por contenerla sobre hechos que ya habían sucedido, se maldecía por no haber estado con ella. ¡Qué diferente hubiera sido todo!

—Nos casamos, así le podemos ofrecer una familia a Julito —dijo totalmente decidido.

—Sí, mi amor...

—Augusto nos puede casar mañana mismo en la capilla.

—Alfonso, ya me casé una vez, esta quiero que sea especial, como el amor que siento por vos. Podríamos hablar con tu amigo Augusto para hacer traer a mi familia al cementerio detrás de la capilla, es algo que tengo pendiente y luego nos casamos.

—Sí... hoy mismo hablo con él y hacemos los arreglos —dijo Alfonso, pensativo.

—¿Qué pasa? —preguntó Rosalía, preocupada.

—Nada, nada... Estaba imaginando que luego nos vamos todos a España hasta que esto aclare.

—¿España? —dijo la muchacha brillando como un diamante.

—¿No querías viajar?

—¡Sí!, es que...

—No empecemos con el claro... claro... —rieron con ganas.

Siguieron conversando, el tiempo se había convertido en eterno para ambos.

No había día que no estuvieran juntos, esa tardecita, mientras la pareja de enamorados gozaba de una hermosa cabalgata por el campo, Mailén, ayudada por sus fieles cómplices Blanca, Arusi y la última agregada al clan, Lucía, acondicionaron la habitación matrimonial que había pertenecido a don Julio y doña Ana, con sábanas del ajuar bordadas por la propia doña Ana, flores frescas y perfumadas.

La tina rebosaba de agua perfumada con lavanda y rosas.

Las mujeres salieron de la habitación con la frente alta y el corazón contento. Arusi había enterrado sus caracoles, sin decirle a nadie adónde. Pero sí aclaró que los había enterrado con la muerte, para que ahora solo vida y alegría llegaran a esta castigada familia.

Esa noche hubo fiesta en la casa de las Ramírez, un lechón y un buen costillar trinando a las llamas, las papas dulces de Arusi y las populares empanadas de Ramona, la peonada mezclada con la familia, Julio que rodaba de brazo en brazo. Las sonrisas habían regresado a casa, Augusto y su gente como invitados de Alfonso. Eran veinte personas festejando la vida, el amor, el encuentro.

Juntaron mesas en la galería. La vistieron con la mayor elegancia. Siempre en esos detalles seguía estando la impronta de doña Ana con Mailén supervisando todo.

Tarde, con un poco de alcohol y mucha felicidad, Alfonso le dijo a Rosalía:

—Mi amor, esta noche quiero que seas mía, solo mía... para siempre.

Ella le contestó con una sonrisa. Luego se levantó sin soltar su mano, obligándolo a seguirla. Caminó derecho a su cuarto. Sin mirar a nadie.

Cuando estaban por llegar, se les cruzó Arusi:

—Se van *pa'l* otro *lao*, se van *pa'l* otro *lao* —repetía Arusi al ver que los enamorados no se dirigían al nido de amor que les habían preparado.

Mailén salió corriendo al encuentro y la tomó de un brazo a Rosalía...

—Querida, la habitación principal los está esperando —le dijo al oído y siguió su camino.

Rosalía sin entender mucho, se volvió sobre sus pasos y lo guió rumbo a la habitación de don Julio.

Detrás, las tres chusmas se chocaban para espiar.

Cuando abrieron la puerta, la primera emanación de aromas encantados los envolvió. Rosalía volvió su rostro y las vio: estaban las tres husmeando con Lucía saltando por detrás, les guiñó un ojo y cerró la puerta.

Alfonso la miró. Era increíble que estuviera allí, justo delante de él. Tan hermosa... tan suave. Se acercó a ella y la abrazó. La besó en la boca durante un largo rato. Luego con movimientos muy cuidadosos comenzó a despojarla de su ropa, con cada prenda que sacaba, inmediatamente la llenaba de besos. La tomó con sus brazos y la recostó en la cama sin dejar de mirarla a los ojos. Luego, con movimientos rápidos, se deshizo de su vestimenta. Alfonso solo quería complacerla, recompensarla por todo lo sufrido. Besó cada parte de su cuerpo con dedicación y suavidad. La abrazó apretando su pene erecto contra el cuerpo de ella. Quería que lo sintiera. Que supiera cuánto la quería, cuánto la deseaba...

Luego comenzó a disfrutar de sus pechos firmes, hermosos, rozó sus pezones hacia arriba y

hacia abajo hasta que se pusieron duros de placer. Siguió besando su vientre y llegó a su intimidad, lamió su clítoris y jugó con su lengua en su vagina. Cuando sintió los gemidos de Rosalía, supo que estaba lista. Con mucho cuidado de no aplastarla, se acomodó sobre ella. Tomó su pene para guiarlo y la penetró suave y lento. La miraba a los ojos, era tan hermosa, la sentía. Rosalía lo abrazó. Apretó con sus manos los glúteos de Alfonso, levantó sus caderas hasta sentirse llena de él. Un orgasmo hizo vibrar su columna de placer. Alfonso la besaba en la boca mientras la penetraba ahora con más ritmo. Rosalía gemía mientras recibía su lengua y su pene. Placer eterno.

—Te amo, te amo... —repetía Alfonso y luego la seguía besando.

Ella no podía hablar, el goce de su cuerpo era completo, tomaba todos sus sentidos, sus palabras, sus pensamientos. Solo eran ella y él.

Alfonso se sentó en la cama sin sacar su pene del interior de Rosalía. La acomodó a horcajadas sobre su cuerpo, aplastó las dos palmas de sus manos contra la cama y levantó sus rodillas, dejando justo en el medio a Rosalía. Comenzó a mover sus caderas para arriba y para abajo, Rosalía quedó allí, presa del placer, saltando al ritmo del amor. Lo abrazó fuerte, se introdujo en su boca. Se acunó a su ritmo. Juntos. Para siempre.

CAPÍTULO 26

LA FAMILIA UNIDA



Finalmente la paz, la tranquilidad y la felicidad habían llegado a la castigada familia Ramírez.

El padre Pedro viajó especialmente a Villa de Tulumba y junto con Augusto coordinaron el traslado de los cuerpos de la familia al cementerio que ya estaba listo detrás de la capilla. Allí oficiaron una ceremonia especial para la familia.

Todo el poblado estuvo presente, luego de muchas lágrimas, compartieron un banquete ofrecido por Rosalía en agradecimiento. La familia Ramírez en Tulumba seguía siendo muy reconocida gracias a la trayectoria de don Julio y su padre. Rosalía estuvo muy contenida por todos, eso la animó un poco. Extrañaba a sus hermanas y se sintió muy sola a pesar de la compañía de Mailén y de Alfonso. Ahora tenía toda su familia tan cerca... Verlos a todos juntos y luego bajo tierra le quitó la respiración por un momento, de todas maneras, ella había aprendido a sobreponerse a la adversidad y tenía la capacidad de recobrar las fuerzas en un instante.

Además, al tenerlos allí, podría pasar todas las tardes a rezar por ellos. Por sus almas.

Mailén no le había comentado a nadie su inquietud, así que por sus propios medios se había encargado de averiguar quién era el famoso Alfonso, vivo retrato de su esposo. Pero se enteró de que era español, había venido desde lejos, así que la pregunta que le rondaba su mente no tenía lugar, no había posibilidad. Solo sería una casualidad, sí, eso era. Solo una casualidad.

Los preparativos de la boda seguían su marcha. Todos estaban involucrados, todos querían ser parte importante en la organización. Por supuesto, y sin discusión, Mailén se puso al frente del gran evento.

Julio seguía creciendo fuerte y sano, “mandón como el patrón”, decía Blanca, porque la tenía de un lado para el otro. Ella protestaba pero le daba todos los gustos. Eliseo ya le había construido un caballito de madera. Julito era la voz de la alegría.

En el poblado todos hablaban de la boda del español y la Ramírez.

Rosalía era feliz en el campo. Ese mediodía estaba sentada en la galería, sola hasta que el llanto de Julito la sacó de sus pensamientos. Venía llorando hacia ella. Lo abrazó. Sintió sus bracitos rodear su cuerpo y el latido de su corazón. Fue como abrazar a su hermana Juana. Lo alejó unos centímetros para poder ver su carita, las lágrimas habían humedecido la tierra de su

rostro, era un enchastre su cara perfecta, los ojos de Juana. Lo llenó de besos, lo consoló y se sintió agradecida por tenerlo. Se quedó jugando con él hasta que los vio ingresar.

Alfonso y Augusto venían al galope en sus potros. Entregó al niño en los brazos de Blanca y se deleitó con la escena. Su mirada quedó prendada en Alfonso. Eran uno con su caballo. Sus codos se elevaban al cielo al tiempo que su cabello se destacaba rubio como el marco de rostro bronceado. Podía imaginar su boca carnosa y de ancha sonrisa, la podía ver. Sintió una cosquilla que subía en su estómago y disparó una sonrisa. Quería abrazarlo ya mismo.

Llegaron, frenaron al frente de la galería. Ambos jóvenes saltaron de sus caballos y los ataron al palenque. Alfonso enseguida abrazó a Rosalía.

—¿Puedo saludar a Rosalía... y luego siguen? —preguntó Augusto luego de esperar unos segundos con sus brazos cruzados viendo como se abrazaban. Rieron los tres.

Entrada la tarde Alfonso le dijo a Rosalía:

—Querida, Augusto te está esperando en el escritorio, quiere conversar un momento contigo, no te entusiasmes con las misiones, ya le aclaré que tú no estás disponible para sus locuras.

Rosalía ingresó al escritorio. Allí estaba Augusto y apenas la muchacha vio su cara, un mal presagio la asaltó. El cura se dio cuenta: claro, esta mujer solo había recibido malas noticias en el último tiempo de su vida así que se incorporó y le dijo:

—Tranquila, Rosalía, todo está bien.

El rostro de la joven retomó su color normal.

—Tengo una inquietud importante, y antes de conversarla con nadie me pareció lo más atinado conversar con vos —le dijo a la joven invitándola a sentarse.

—¿Qué pasa, Augusto? —preguntó Rosalía, pensando que había pasado algo con Alfonso. — Es que... quiero conversar de algo con vos. Es bastante delicado. Pero si es así como yo pienso...

—¡Ya, habla ya!

—Es que es solo una suposición mía. ¿Y si estoy equivocado?

—¡Vamos, Augusto!, me estoy muriendo de ansiedad. Ya no sé qué pensar, por favor desembuchá, ¡ahora!

—Creo que Alfonso es el hijo de Mailén —dijo sin mucho preámbulo.

Rosalía no se esperaba esa noticia. Quedó callada mirando fijo a Augusto.

—No —fue la única palabra que pudo salir de su boca.

—Sí.

—¿Sí?, bueno, dale, contame todo... ¡dale! —dijo ansiosamente la muchacha.

—Mailén dejó su hijo y una mujer lo tomó en sus brazos, creemos que esa mujer es la hermana de Lucía quien lo llevó al poblado, y de allí no sabemos nada más. ¿Cómo llegó hasta la ensenada? Estamos averiguando por la familia que lo recibió luego.

Rosalía, dejando de lado las costumbres, se levantó, lo abrazó y comenzó a llorar.

—Por favor, Augusto, confirmá esto, necesito saber si es así para contarle a Mailén, mi mamá, mi suegra, mi hermana, mi amiga... Imaginate si esto fuera realidad... Sería justicia para la pobre Mailén. Averiguá por favor.

—Bien, bien, no llores que no sé qué hacer —decía Augusto poniéndose nervioso.

—Augusto, esta es la noticia más hermosa que he recibido en mucho tiempo. Ahh, un momento... cuando Mailén vio a Alfonso la primera vez casi se desmaya, porque se le apareció la imagen de su esposo, le contó a Blanca que es un vivo retrato de su esposo, dice que no lo puede

mirar mucho porque piensa que es un fantasma que la persigue. ¡Sí!

Rosalía comenzó a saltar abrazada a Augusto que no sabía qué hacer. El joven cura se sentía muy incómodo con Rosalía colgada de su cuello.

—Por favor, por favor, necesito compartir esto con mis amados —repetía Rosalía.

—También son mis amados, y no quiero hacerles daño, dame unos días que termino de averiguar algunos detalles y vemos. No lo compartas con nadie, hasta que yo no te lo confirme. ¿Me lo prometés?

—¡Te lo prometo, curita! —le dijo cariñosamente.

Rosalía le dio un beso en la frente y un fuerte abrazo.

—Te quiero, curita —diciendo esto, salió a los saltos como una niña.

Augusto la siguió con la mirada, feliz por su amigo. Era la mujer para él, no había dudas. Miró hacia arriba cruzó sus manos y en voz muy bajita dijo:

—¡Gracias!

CAPÍTULO 27

LOS MILAGROS EXISTEN



Se aproximaba el día de la boda de Rosalía y Alfonso. Hacía semanas que Celia correteaba por la casa; luego de muchas cavilaciones, eligieron, entre todos los lienzos, un delicado encaje francés para confeccionar el vestido de novia.

El padre Pedro había viajado especialmente, unos días antes de la ceremonia, para acompañar a Rosalía. Junto con él habían llegado algunos parientes de Córdoba.

Alfonso estaba feliz, otra vez se lo veía cabalgar despojado del dolor que tanto lo había acongojado. Llegaba temprano a la estancia de los Ramírez, Julito lo esperaba paradito en la galería. Cuando lo divisaba empezaba a los saltos y a los gritos hasta que llegaba, lo cargaba sobre su caballo y se lo llevaba, regresando recién al mediodía.

Rosalía lo observaba cuando se marchaba con el niño sentado en la grupa y rebosaba de amor por ese hombre; cuando ambos pasaban frente a ella y le tiraban besos con sus manos, se le doblaban las rodillas de la emoción, el brillo de los ojos de Julito era como ver a Juana con la picardía siempre presente.

Los preparativos de la boda los tenían a todos de acá para allá. El vino que habían encargado al fin había llegado. Arusi, que según Blanca estaba insoportable, se había hecho cargo de la cocina junto con Ramona que había venido gentilmente a ayudar. Rosalía disfrutaba ver cómo todos estaban ocupados en el evento más feliz de su vida.

Eliseo se pasaba todo el tiempo mirando el cielo. Sabía que en cualquier momento caía el chaparrón. No lo podía permitir. Sin pensarlo mucho y siguiendo las tradiciones del lugar fue en busca del hacha. Luego pasó por la cocina y tomó un poco de sal gruesa y cenizas del fogón. Esquivando las miradas caminó hacia la parte de atrás. Eligió un lugar apartado. Se detuvo y miró el cielo por un momento. Luego tomó la sal y la ceniza, las vertió en el piso en forma de cruz, con la cabeza mirando hacia la tormenta. Clavó el hacha en el medio de la cruz. Se santiguó y luego se fue. Mailén, como siempre, se ocupaba de todos los detalles. Estaba muy feliz. Cuando tenía unos minutos libres se encargaba de llenar de mimos a Julito.

Rosalía tenía la suposición de Augusto encallada en su garganta, pero no podía decir nada. Lo había prometido. Y a pesar del tiempo que había pasado, seguía sin novedades del cura.

Llegó el día, la ceremonia estaría oficiada por el padre Pedro que estaba almidonado dentro de su sotana negra con cuello clerical y por el padre Augusto que se lo veía más relajado con la sotana marrón asida con un cordón blanco y sandalias de cuero.

La capilla familiar estaba soberbia y ya cerca de media mañana todos correteaban.

Mailén, luego de haber emperejilado a las criadas, se había encerrado para acicalarse tranquila, las ayudantes de Celia colaboraban con los vestidos. Era todo un caos. Todos gritaban, ordenaban... pero nadie dejaba de sonreír.

Rosalía estaba lista, majestuosa; el corsé seguía su lineamiento perfecto dejando sus redondos pechos sobresalir, la tiara con pequeños diamantes que había usado doña Ana en su boda, oficiaba como bendición sobre su cabeza.

Se miraba al espejo y se sonreía, lo había logrado, primero sobrevivir y luego casarse con su amado, con su Alfonso... pensó en Juana que a diario la veía en los ojos brillantes de Julito, en Teresa, siempre atenta a todos los detalles. Llevaba una delicada pulsera de plata de su hermana mayor en su mano izquierda, pensó en los nervios que tendría don Julio entregando en matrimonio a su querida hija. Los sintió a todos en su corazón, allí, con ella, en el momento más importante de su vida.

—Es hora —dijo Mailén asomando por la puerta. Estaba irreconocible, el cabello recogido en un peinetón tomando una fina mantilla, despejaba sus rasgos finamente declarados, el corsé definía una mujer esbelta y de aspecto muy fino.

—Estás hermosísima —le dijo Rosalía al verla.

—Mi princesa, vos estás hermosa —tomando de las manos a su hija del corazón le dijo—: te deseo la mayor felicidad que Dios te pueda ofrecer, no dudo que al lado de Alfonso vas a ser muy dichosa, es un excelente hombre.

—Gracias, gracias. Te quiero mucho.

—Yo también, hijita, siempre voy a estar a tu lado.

—¿Hasta que la muerte nos separe? —preguntó Rosalía con los ojos empañados de emoción recordando los días en la toltería. Allí, las dos cautivas.

—Hasta que la muerte nos separe —respondió Mailén tomando sus mejillas con ambas manos y sellando el pacto con un dulce beso en la frente.

—Por favor, Mailén decile a Augusto que venga un minuto, tengo que hablar con él urgente.

A los pocos minutos ingresó el cura con cara de preocupado... Pero cuando la vio exclamó:

—Sos la novia más linda que he visto, estás muy hermosa Rosalía —le dijo, y sin perder un minuto, la bendijo.

—Y vos el curita más atrevido que he conocido.

Ambos se fundieron en un abrazo y luego cruzaron una mirada cómplice.

—¿Antes de entrar? —preguntó Rosalía, feliz.

—Sí, antes de entrar. Espero que todo salga bien. Me muero por ver la cara de ambos. Que Dios nos bendiga... —dijo Augusto.

—Listo, nos vemos en un momento —terminó Rosalía cómplice y misteriosa.

Alfonso estaba muy nervioso, Augusto lo había ayudado con el traje, se sentía apretado con toda la ropa que llevaba puesta. Se veía elegante, el sol había bronceado su tez y aclarado sus ojos, el pelo tirante para atrás dejaba despejado el rostro y a pesar de que sus rasgos estaban un poco tensos, no pasó desapercibido para las mujeres del lugar que lo miraban embobadas. Era

todo un caballero y muy buen mozo.

Alfonso no pudo dejar de pensar en sus madres, las dos. Una que lo puso en manos de la otra. Ninguna estaba allí, con él. Un dejo de emoción lo envolvió, seguro desde el cielo su madre del corazón estaba compartiendo este momento de felicidad con él. ¿Y su madre verdadera?, el origen de su viaje a Argentina, tal vez debería olvidarse de eso, tal vez él había llegado a esas tierras, no para encontrar a su madre, sino para conocer a Rosalía, la dueña de su corazón, tal vez luego de la boda tendría que irse a España y olvidar el resto.

Al menos Rosalía estaba allí, esperándolo, solo para él. Le parecía un milagro estar a punto de casarse con la mujer de sus sueños.

Llegó el momento, la capilla estaba repleta de gente, los novios habían acordado entrar juntos y sin cortejo. Alfonso estaba próximo a Mailén esperando a Rosalía en la puerta, sin poder evitar todas las miradas y comentarios que los invitados hacían sobre él.

Rosalía se demoraba, no llegaba... estaban todos un poco impacientes, Mailén trataba de calmarlo mientras Augusto decidió ir en busca de la joven. El padre Pedro los esperaba del otro lado, detrás del altar, estaba impaciente. ¿Qué había pasado con Rosalía? ¿Por qué no llegaba?

Luego de unos minutos, que parecieron horas, Alfonso levantó la vista y la vio venir cruzando el jardín tomada del brazo de Augusto, quedó sin aliento, estaba hermosa, bellísima. “¿Para mí?”, pensaba. Espontáneamente toda la gente comenzó a aplaudir, a aplaudir el amor, la belleza, la heroína, la felicidad, algunas lágrimas de los presentes escaparon de sus escondites.

Rosalía lucía soberbia, su rostro era luz, caminaba lentamente hacia su amado Alfonso.

Ya los cuatro en la entrada, Mailén se corrió para dejar paso a la pareja para que ingresaran a la iglesia, ella iría detrás con Augusto.

—Yo voy a entrar con Augusto, porque mi papá no está —dijo Rosalía obviando la mirada perdida de Alfonso.

—Pero, mi amor, dijimos que entrábamos juntos, yo tampoco tengo... con quién entrar, digo...

—Sí —dijo Augusto tomando la mano de Mailén y uniéndola con la de Alfonso, y continuó diciendo—: Alfonso, Mailén es tu mamá... ella es tu mamá de sangre, la que tanto buscaste, la que cuando te vio casi se desmaya porque sos un vivo retrato de tu papá.

Luego miró a Mailén y le dijo:

—Mailén, es tu hijo querido. El que dejaste para salvarle la vida. El que siempre sentiste que estaba vivo, es él, Alfonso.

Mailén miró a Alfonso con el ceño fruncido y vencida ante la duda que le carcomía el corazón y que no se había animado a conversar con nadie. Ella supo, desde el momento que lo había visto, que Alfonso era su hijo... Se sintió vulnerable, bendecida, no pudo contener las lágrimas que enrojecían sus ojos. Besó la mano de Alfonso que la recorría con la mirada. Estaba estupefacto y conmovido por la noticia.

—Mi hijo... mi hijito, el que dejé tirado en el pasto apenas nacido —dijo extendiendo sus brazos alrededor de Alfonso.

—Mi mamá, la que me mandó lejos para salvarme... ¿Eres tú, Mailén?

El abrazo no se hizo esperar, fue largo, largo y mojado. Del otro lado, el padre Pedro no entendía por qué los novios no entraban, estaba poniéndose un poco nervioso. La gente veía que todos se abrazaban y lloraban... y bueno con las tragedias que habían caído sobre la familia. “¿Qué estaba pasando ahora?”, se preguntaban todos.

—Cuando te vi ese día que llegaste, cuando te conocí, casi me muero, porque sos igual a tu padre, mi amado marido, Federico, sos idéntico... y así vestido lo recuerdo cuando nos casamos nosotros. Es la imagen que tengo de él. Y ahora vos, aquí.

—Sí, noté que estabas pálida, no sabía qué te había pasado —le contestó Alfonso sin dejar de abrazarla.

Cuantas cosas tenían para conversar, al fin todos eran familia.

Ingresaron a la capillita los cuatro juntos con los ojos abotargados del llanto y la sonrisa dispuesta.

La ceremonia fue emotiva, y bien larga, el padre Pedro estaba emocionado de ver que al menos alguien de la familia podía contar la historia feliz. Los evocó y bendijo a todos. Los muertos y los vivos.

Cuando terminó la ceremonia la música era el llanto y la congoja de todos. Lloraban de felicidad, de ver a esa pequeña niña convertida en una mujer que había sabido poner su corazón a la adversidad y sobreponerse a las peores pruebas de la vida.

Ya en la casa y con toda la elegancia de los manjares de Arusi y las criadas, el festejo comenzó. Lorenza estuvo presente, conversó y lloró con la novia recordando a su amiga Teresa.

Hubo baile, apenas sonó el minué, la danza comenzó. Las criadas bailaban en la cocina, los invitados en la galería y en el jardín.

La fiesta duró todo el día. Rosalía bailaba como una niña, estaba feliz.

Alfonso se había ausentado un rato. Salió sin decir nada y regresó con un paquete en sus manos. Y la buscó. La vio y comenzó a caminar hacia ella, era hermosa, le temblaban las piernas y se sentía muy nervioso. Dios se llevó una, pero el muy justito le dejó la otra. Su madre biológica, su origen, su historia, lo que él había venido a buscar, todo estaba allí, frente a él, envuelto en esa elegante mujer. Cuando llegó justo al frente de ella, Mailén se paró, él extendió sus manos y le entregó el paquete envuelto en un lienzo blanco. Sin palabras, solo miradas. Con mucho cuidado lo desenvolvió, lo miró y cayó sentada en la silla... estuvieron segundos uno frente al otro. Tomó aire, se paró nuevamente y desenrolló el poncho, el mismo poncho con el que había envuelto a su hijito cuando nació. Mailén lo observaba y sus pensamientos se confundían, allí estaba la figura de su esposo muerto, que la había esperado siempre, y su hijo, su hijito que durante todas las noches de su vida había rezado y pedido para que estuviera vivo y bien. Y allí, frente a ella, estaban ambos en uno.

El amor.

Tomó el poncho y se lo extendió sobre sus hombros, Alfonso la abrazó con todo su corazón... Luego de un momento tomó delicadamente las manos de su madre y se sentaron... había tanto de que hablar.

Mailén no quería que la llamaran por su nombre verdadero, decía que con ese nombre podía entender quién era.

—Gracias por venir a buscarme... —dijo Mailén.

—Gracias por mantenerte viva y gracias por cuidar al amor de mi vida —contestó Alfonso.

Cuando los invitados comenzaron a retirarse, la fiesta continuó en el seno familiar. Arusi y Blanca lo tenían loco a Eliseo haciéndolo bailar y tironeándolo de un lado para el otro. Mailén, el padre Pedro, Augusto, Alfonso y Rosalía conversaron hasta bien entrada la noche. Julito cayó rendido en brazos de Ramona que no lo perdió de vista ni un segundo.

Luego de ver los ramalazos de sol en el horizonte, se fueron a su cuarto. Alfonso ayudó a Rosalía con su vestido atesorando cada imagen de su mujer a medida que la desvestía. Rosalía, con la misma delicadeza, le ayudó a despojar su atuendo. Estaba tan hermoso con el pelo estirado aún para atrás. Su ancha boca era la protagonista en su cara. Era perfecta. Sintió un cosquilleo entre sus piernas. Cómo lo deseaba, lo amaba tanto...

Alfonso la tomó en sus brazos y la recostó en la cama completamente desnuda, lejos de cumplir con las costumbres de la época. La besó completamente, la disfrutó, la bebió completa.

Rosalía, animada, hizo lo mismo con él. Besó su pecho. Besó su vientre y mientras bajaba con sus labios pegados en su cuerpo, su cabellera venía detrás, haciendo estremecer de placer a Alfonso. Acarició su pene, lo besó y luego besó sus piernas, musculosas, sensuales. Luego con sutileza y seguridad, lo miró, lo besó en la boca y se colocó a horcajadas sobre su flamante esposo. Con un par de movimientos hizo que Alfonso acostado debajo de ella la penetrara. Apoyó las manos al costado de su cabeza. Y empezó a cabalgarlo, mientras rozaba sus pechos en los labios de Alfonso. Luego se retiraba y lo besaba. Alfonso la disfrutaba, la pasión de su esposa lo elevó a placeres que no había sentido antes con ninguna mujer. ¡Cómo la amaba! La tomó de la cintura, la dio vuelta y la dejó acostada boca arriba, la besó hasta que Rosalía le dijo al oído:

—Te quiero tanto... Mi amor...

CAPÍTULO 28

UNA NUEVA AVENTURA



Los días siguientes fueron de pura conversación. Alfonso con su esposa y su madre trataban de elegir lo mejor para el futuro de todos.

Luego de muchas mateadas con pastelitos, acuerdos y discusiones concluyeron en irse a vivir a España un tiempo.

Alfonso les dijo:

—Mientras este país se acomoda, las voy a llevar a conocer de dónde vengo. ¿No les gustaría viajar a España?

Rosalía soñaba con conocer Europa, pero ahora que era una posibilidad real, la abrumaba la idea de irse y dejar a sus afectos. Lo conversó con el padre Augusto quien la apoyó en la idea de realizar el viaje, era la oportunidad que tenían de vivir tranquilos, se lo merecían.

Finalmente, Rosalía aceptó irse, pero con una condición. Se llevaría a su familia completa.

Los abogados y contadores de la familia se habían encargado de todo; Rosalía y Alfonso habían adoptado legalmente a Julito.

Mailén vendió todo lo que su marido había dejado, Rosalía encomendó su estancia y el campo, como así también la casona de Córdoba, a la orden del padre Augusto para que pudiera continuar con su misión, y la peonada quedaría en la estancia bajo la mirada de Augusto.

Por supuesto que nunca se discutió el destino de Blanca, Arusi y Eliseo. Era la condición de Rosalía, “la familia completa”.

Miguel y Lucía quedaban encargados del campo trabajando al lado de Augusto, ellos estaban felices.

Lo que más había demorado eran los documentos de Blanca, Arusi y Eliseo, que en principio viajaban como criados de la familia.

Luego de la triste despedida de Augusto y Ramona, y con una caravana importante de guardias, la familia partió.

Alfonso y Eliseo iban a caballo al costado del coche, Rosalía miraba por la ventanilla pequeña cada espinillo que ya no vería más. Tenía sentimientos encontrados, se despedía de los viajes con su padre y sus hermanas como así también de las corridas arrastradas por un caballo...

Cada lágrima caía con una emoción que ella quería dejar allí para empezar una nueva vida con sus amores. Cruzó su mirada con Mailén, quien también limpiaba su corazón con lágrimas espesas, lentas... Ambas mujeres se tomaron de la mano en comunión. Ellas, solo ellas llevaban esos recuerdos en sus corazones.

El trayecto fue largo y pesado, Julito había estado muy inquieto y ya estaban todos un poco cansados. Cada parada para pasar la noche era una sola queja entre los viajeros.

Llegaron a Buenos Aires unos días antes de que el barco partiera. Aprovecharon para descansar, recorrer y comprar algunos artículos para el viaje. Blanca, Arusi y Eliseo estaban muy entusiasmados preguntando todo. Hasta que llegó el gran día, el día de la partida.

A pesar de que Alfonso, que era el único que tenía alguna experiencia en el embarque y el viaje, y se los había explicado muchas veces, la experiencia fue un caos.

Les tocó una carretilla de ruedas muy grandes y de tablones viejos con los agujeros agrandados por el desgaste. Estaban todos parados tomados de los barrotes cuando se escuchó el llamado y salieron hacia el barco. Arusi y Blanca no podía retener los gritos de espanto cada vez que el carro agarraba algún pozo y se hundía. Mailén y Rosalía se mantenían calladas, expectantes. Eliseo observaba todo y Alfonso llevaba en sus brazos a Julito que estaba emocionadísimo con la aventura.

Estaban ya dispuestos en el barco, despidiendo ese Buenos Aires maltrecho por la mano de su propia gente y con ilusiones acerca del futuro.

Al fin eran un cuadro feliz, Alfonso con Julito sobre sus hombros, a un lado Rosalía colgada de su brazo y al otro, Mailén. Al costado de Rosalía estaba Blanca enganchada del brazo de Eliseo y éste de Arusi que tenía una importante cara de susto que provocaba la risa de los viajeros.

Agradecidos de poder salir de allí, de las penas, de las muertes, de las injusticias, de los fusilamientos sin consideración.

Rosalía tomó un pañuelito blanco, secó con disimulo la última lágrima que dejaba en su ambiguo y querido país y se lo dio a Julito, quien empezó a menearlo, contestando a la gente que los saludaba. A ellos los despedían las sonrisas de doña Ana y don Julio junto a sus queridas hijas, Teresa y Juana, allí en el cielo...

Se iban, se iban de su propia patria, de su país. Se iban para salvar sus vidas, sobrevivir. Se iban a ser felices...

Sobre la familia Ramírez había pasado un malón de amor y muerte.

FIN





© Cecilia Casenave

Graciela Ramos

Nació en Devoto, provincia de Córdoba. Egresada de la Universidad Católica de Córdoba con un título en Gestión Gerencial, ocupó distintos cargos gerenciales en el área de Marketing y Ventas durante muchos años, hasta que decidió que era hora de darle lugar a su siempre postergado deseo de escribir. Autora del libro para chicos *El juego de la conciencia* y de la novela histórico romántica *Lágrimas de la Revolución* (Suma de Letras, 2013), Graciela Ramos, con una infancia viajera, ha terminado por establecerse en Villa Allende, en plena sierra cordobesa, donde vive con su marido y sus hijos. Allí, con una huerta suculenta, se dedica a lo que más le gusta: cocinar, leer y escribir maravillosas historias. *Malón de amor y muerte* es su primera novela, que publicamos ahora en versión revisada por la autora.

gra_amos@hotmail.com

© Graciela Ramos, 2014

© De esta edición:

Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S. A. de Ediciones, 2014
Av. Leandro N. Alem 720 (1001) Ciudad Autónoma de Buenos Aires

eISBN: 978-987-04-3652-2

Diseño de cubierta: Eduardo Ruiz

Imagen de cubierta: Getty Images

Fotografía de la autora: Cecilia Casenave

Primera edición digital: septiembre de 2014

Conversión a formato digital: CE

Ramos, Graciela

Malón. — 1a ed. — Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, 2014.

EBook

eISBN 978-987-04-3652-2

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título
CDD A863

Este archivo es una corrección, a partir de otro encontrado en la red, para compartirlo con un grupo reducido de amigos, por medios privados. Si llega a tus manos debes saber que no deberás colgarlo en webs o redes públicas, ni hacer uso comercial del mismo. Que una vez leído debe ser archivado o destruido. En caso de incumplimiento de dicha advertencia, derivamos cualquier responsabilidad o acción legal a quienes la incumplieran.